MUNDO HISPÁNICO



1713 - 1963

EXTRAORDINARIO DEDICADO A FRAY JUNIPERO SERRA

15 PTS.



Enamórese de España

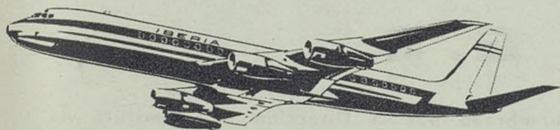
España es un país de contrastes, donde hay toreros, bailaores de flamenco, festivales y fiestas. Posee magníficas catedrales, curiosos pueblecitos pesqueros, castillos medievales y magníficas playas mediterráneas rodeadas de palmeras. Todo esto, a muy pocas horas de vuelo cómodo en Iberia, una de las compañías aéreas más confortables del mundo. Lea usted lo que puede ver y hacer en España por una cantidad tan módica como el equivalente a 50 dólares semanales.

EL moderno sistema de viaje en reactor ha hecho posible que millones de personas puedan disfrutar de la belleza, precios y clima únicos de España.

La variedad de color y escenarios no tiene rival en ningún punto de Europa. Encontrará aquí montañas cubiertas de nieve, frescas arboledas de olivos y naranjos, ciudades modernas y animadas y cientos de castillos medievales.

Los precios de España los maravillarán. Podrá alojarse en un hotel de primera clase por seis dólares al día, comidas incluidas. O podrá usted solazarse y permanecer en un hotel de lujo por una cantidad diaria que oscila entre 7,50 dólares y 10 dólares.

Si lo prefiere, puede obtener una habitación sin comidas. Esto le costará de seis dólares diarios en un hotel de lujo a tres dólares en un buen hotel.



La cocina española es apetitosa; pero no es, ni mucho menos, tan cargada de especias como mucha gente cree. Una comida típica puede estar compuesta de gazpacho (una sopa excelente hecha con pepinos, ajo, tomates y una docena de otros ingredientes), cochinillo asado y media botella de vino.

La Compañía de Líneas Aéreas Iberia le ofrece las primicias de la suculenta cocina española. Durante el vuelo, las azafatas, elegidas entre las señoritas más simpáticas y agradables de España, le proporcionan deliciosas comidas con sus correspondientes vinos.

Iberia posee los Jets DC-8 más modernos. Son cuidados con toda meticulosidad. Sus cabinas están decoradas con gusto, son espaciosas y cómodas. El entrenamiento de sus pilotos sobrepasa los niveles más estrictos. Su piloto es un veterano con millones de kilómetros de vuelo.

Puede usted obtener una comida completa en un restaurante de precios moderados por 1,50 dólares. Un restaurante de lujo le ofrecerá a usted la misma comida por 3,50 dólares. Un restaurante económico le permitirá saciarse por una cantidad que oscila entre 0,75 a 1 dólar.

Las cosas que se pueden ver o hacer en España no tienen fin. Casi cada día del año hay un festival o fiesta en alguna parte: hay corridas todos los domingos desde Pascuas hasta finales de octubre, y bailes flamencos en salas nocturnas todas las noches.

El Museo del Prado, de Madrid, posee las mejores colecciones pictóricas del mundo. Podrá admirar en él obras de los grandes maestros españoles: Goya, el Greco, Velázquez, Murillo, Ribera. La entrada cuesta 10 pesetas. Unos 16 centavos de dólar.

Existen tres ciudades medievales en un radio de 100 kilómetros de Madrid: Avila, Segovia y Toledo. Puede explorar allí castillos, palacios y fortalezas antiguos; cuando se acerca usted a Toledo desde Madrid, el aspecto del cielo toledano se le ofrece tal como lo pintó el Greco en el siglo XVI.

Las playas españolas son maravillosas. En el Mediterráneo hay playas en una extensión de 500 kilómetros, aproximadamente, a lo largo de la Costa Brava, la Costa Blanca y la Costa del Sol. En el Atlántico existen ciudades estivales como Santander y San Sebastián.

Puede usted contar con buen tiempo de marzo a noviembre en la Costa Brava y en la Costa Blanca. Y puede nadar durante todo el año en la Costa del Sol.

Pasearse por España es una verdadera ganga. Los taxis cuestan alrededor de la tercera parte de lo que cuestan en los Estados Unidos. Puede usted alquilar un coche, que conducirá usted mismo, por siete dólares al día, más siete centavos de dólar el kilómetro.

Las comunicaciones aéreas son excelentes en España. Iberia efectúa servicios a las principales ciudades españolas en Jets Caravelle. Los billetes son baratos. Puede volar de Madrid a Valencia por 10,70 dólares. O desde Barcelona a la isla de Mallorca por 8,30 dólares.

Además, por menos de 50 dólares puede usted pasar una semana en un buen hotel madrileño, comer hasta saciarse, presenciar corridas de toros y partidos en el Jai Alai, acudir a un cabaret flamenco y visitar el Prado

El modo de llegar a España es IBERIA.

Iberia, Líneas Aéreas, le llevará a usted desde las más importantes ciudades de América a Madrid (la Puerta de Europa), en un sorprendente tiempo récord. España se está convirtiendo a pasos agigantados en el lugar turístico ideal. Decídase. Su agente de viajes se ocupará de todos los detalles.

Enamórese de España.

La playa de Formentor, en la isla de Mallorca, es una de las playas más agradables del Mediterráneo. Mallorca se halla situada a unos 180 kilómetros al sur de Barcelona, e Iberia Líneas Aéreas efectúa vuelos diarios a este lugar desde varias ciudades españolas.

Concurso de reportajes en



MUNDO HISPANICO

La revista MUNDO HISPANICO abre sus páginas a la colaboración de cuantos fotógrafos y periodistas quieran enviarnos reportajes para nuestra publicación, en los que se valorarán su interés y, de manera especial, su vigencia y novedad periodística. No habrá limitación alguna de temas, pero se tendrán muy en cuenta aquellos reportajes que reflejen la realidad viva y actual del país donde se realicen.

Este concurso se regirá por las siguientes

BASES

1.ª Podrán concurrir a este Certamen todos los fotógrafos y periodistas españoles, hispanoamericanos, brasileños y filipinos, con tantos reportajes como estimen oportuno.

2.ª Cada reportaje constará de un número de fotografías no inferior a seis, cuyas dimensiones mínimas se fijan en 18 × 24 cm. Si el reportaje viene realizado total o parcialmente en color, el tamaño de las transparencias, positivadas, no será inferior a 6 × 6 cm.

3.ª El texto correspondiente tendrá unas dimensiones que pueden oscilar de los tres a los diez folios, escritos a máquina y a dos espacios. Debe entenderse que este texto puede constituir un trabajo paralelo a las fotografías que lo acompañen, o estar redactado de manera que sirva de amplios «pies» para esas mismas fotografías. En el primero de los casos, estas fotografías traerán, al dorso, una breve leyenda explicativa de su significado.

4.ª El plazo de admisión de los reportajes está abierto desde la publicación de las presentes Bases y quedará cerrado el 30 de noviembre de 1963. Los envíos se harán a MUNDO HISPANICO, apartado postal núm. 245, Madrid-3 (España), especificando en el sobre: «Para el Concurso de Reportajes.»

5.ª El jurado que otorgará los premios será nombrado por la Dirección del Instituto de Cultura Hispánica y por la revista MUNDO HISPANICO, y sus nombres se darán a conocer oportunamente. Dictarán su fallo en el mes de diciembre de 1963.

6.ª Se establecen los siguientes premios conjuntos:

PRIMERO	30.000 ptas.
SEGUNDO	15.000 »
TERCERO	10.000 »

Los reportajes premiados quedarán de propiedad de la revista.

7.ª MUNDO HISPANICO se reserva el derecho de publicar, a medida que los vaya recibiendo, los reportajes que, a criterio de la Dirección, merezcan ser incluidos en sus páginas, abonando en todo caso el importe de esta colaboración.

8.ª La publicación anticipada en MUNDO HISPANICO de cualquiera de los reportajes recibidos será dictada por los intereses inmediatos y específicos de la revista e independientemente de la decisión final del concurso.

9.ª La participación en este concurso supone la conformidad con las presentes Bases por parte del concursante.

MUNDO HISPANICO

Director:
Francisco LEAL INSUA
Subdirector:
José GARCIA NIETO

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION
Avenida de los Reyes Católicos, Ciudad Universitaria, Madrid (3)

TELEFONOS
Redacción 244 06 00
Administración 243 92 79

DIRECCION POSTAL PARA TODOS LOS SERVICIOS
Apartado de Correos 245 - Madrid

EMPRESA DISTRIBUIDORA
Ediciones Iberoamericanas (E. I. S. A.)
Oñate, 11 - Madrid (20)

IMPRESO: EN LA FABRICA NACIONAL DE MONEDA Y TIMBRE, LAS PAGINAS DE COLOR Y DE TIPOGRAFIA, Y EN H. FOURNIER, LAS DE HUECOGRABADO

ENTERED AS SECOND CLASS MATTER AT THE POST OFFICE AT NEW YORK, MONTHLY: 1963 NUMBER 183, ROIG, NEW YORK «MUNDO HISPANICO», SPANISH BOOKS, 576, 6th Ave. N. Y. C.

PRECIOS DE SUSCRIPCION
ESPAÑA. — Semestre: 85 pesetas. Año: 160 pesetas. Dos años: 270 pesetas. Tres años: 400 pesetas.

AMÉRICA.—Año: 5 dólares U. S. Dos años: 8,50 dólares U. S. Tres años: 12 dólares U. S.

ESTADOS UNIDOS Y PUERTO RICO.— Año: 6,50 dólares U. S. Dos años: 11,50 dólares U. S. Tres años: 16,50 dólares U. S.

EUROPA Y OTROS PAÍSES.—Año: certificado, 330 pesetas; sin certificar, 170 pesetas. Dos años: certificado, 595 pesetas; sin certificar, 475 pesetas. Tres años: certificado, 865 pesetas; sin certificar, 685 pesetas.

En los precios anteriormente indicados están incluidos los gastos de envío por correo ordinario.

Depósito legal: M. 1.034 - 1958

SUPLEMENTO AL NUM. 183 - JUNIO DE 1963

número extraordinario dedicado a

Fr. Junípero Serra

sumario

PAGS.

(Colaboración artística de Fernández-Cancela, González Collado e Yraola.)


MOLINO MALLORQUIN


HORNO SOLARIEGO


CAMINO DE PETRA



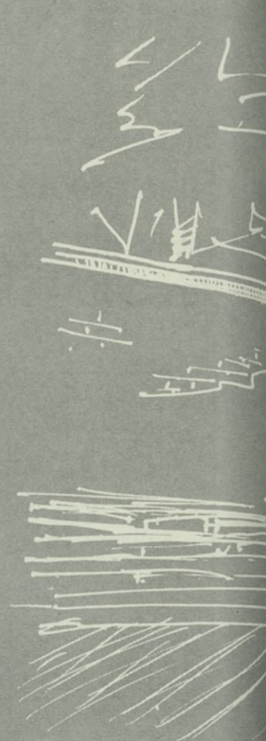

MUSEO


CONVENTO DE PALMA


SAN CARLOS BORROMEO

JOSE MARIA
PEMAN
(De la Real
Academia Española)

su nombre es legión



DE las partes que evidentemente se juntan en la síntesis y complejo que llamamos España, fueron las más épicas, místicas y medioevales —Castilla, Extremadura—, y la más imaginativa y «torera»—Andalucía—, las que tuvieron a su cargo la conquista y asentimiento de la que había de llamarse América española.

Esto dejó su sello en la primera era de los descubrimientos y fundaciones. El dinamismo de los libros de caballería no es de los menores resortes en el impulso de esta primera tarea. Hay palabras mágicas, objetivos novelescos, que explican buena parte del primitivo esfuerzo. Potosí, «Eldorado»; la «Fuente de la Juventud», que buscaba Ponce de León; todos éstos son objetivos típicamente mágicos y caballerescos. La misma sed de oro de que se ha hablado tiene mucho menos carácter de valor financiero de lo que se piensa. Se trata, en buena parte, de un oro vagamente fantástico e imaginativo; en el fondo, tan mágico como Eldorado o la Fuente de la Juventud. Bastaba recorrer, hace días, las salas de la exposición del «Oro del Perú» en el Casón de Madrid para darse cuenta de que, tanto o más que su valor venal, excitaba a sus buscadores la fantástica sugestión de sus formas: de aquellas caretas, manípulos, corazas y rostros de ídolos, que anunciaban un mundo suntuoso y demoníaco, que incitaba a su vencimiento como cualquier dragón o palacio encantado de frente a un Amadís o Florisel.

La prueba fehaciente de la buena parte que en la primera epopeya americana tiene este impulso caballeresco, típicamente de planicie y tierra adentro, es la ceguera «orientalista», que no sólo cegó a Colón, que siempre creyó estar en tierra de Catay o el Gran Khan, sino que siguió impulsando todo el esfuerzo conquistador, que, sin ahorrarse fatigas y ascensiones andinas, fue siempre hasta el Este buscado por el Oeste, hacia los fondos áureos del saco continental, dedicando todo su mimo a los imperios estilizados de incas y aztecas, donde fundó sus primeros virreinatos.

Aquello tenía un inmenso atractivo fantástico —¡tesoro de Atahualpa, pirámides de México!—y un relativo valor comercial y estratégico allá en las costas del Pacífico, frente al silencio y la inmovilidad de un Asia dormida y sin presencia activa. En cambio, se descuidó, por años, la dotación y fortificación de las costas atlánticas, donde estaban los puertos verdaderamente comerciales y estratégicos para la comunicación con la metrópoli. Donde pueblos más concretos, con menos libros de caballería y más libros de contabilidad, iban a establecer estratégicas bases y factorías—las Tortugas, Trinidad, Jamaica—, desde las que cortarían el pretendido «río de oro» de las provincias de ultramar. Fue preciso el nuevo sentido modernizador y económico de los Borbones del XVIII para que se hicieran murallas en Cartagena de Indias o Puerto Rico. Poco antes se había establecido el «virreinato» de Río de la Plata. Bastante retrasado con relación a Perú y México, exigidos por lo novelesco antes que por lo político y lo económico.

Y entonces es cuando en la isla de Mallorca, en Petra, donde, entre pinos e hinojos, hay un conventillo que se llama proféticamente Nuestra Señora de Bonany—o sea, «buen año» o «buena cosecha»—, nace Fray Junípero Serra. Viene a reparar una urgencia histórica: la aportación a la obra sintética de



América del tono periférico y mediterráneo de España: el tono concreto, laboral, activo. Ya en la misma edad heroica de los siglos anteriores se había revelado la necesidad de injertar en la epopeya este estilo más creador y administrativo. Castilla, extenuada de reconquista, apenas tenía instituciones de paz: el adelantado, el mesnadero..., son todas instituciones de avance y frontera. Cuando quiso estabilizarse en paz en América tuvo que recurrir a instituciones aragonesas y mediterráneas como el «virrey», nacido en el reino de Aragón y Valencia, donde, por primera vez, con relación a Nápoles, hubo, en maqueta, sentido de metrópoli y posesiones ultra-marinas.

Fray Junípero, que hasta parece que providencialmente toma el nombre del gracioso de las «Florecillas», sin énfasis heroico, significa la plena aparición en la extrema América de un nuevo estilo mediterráneo: organización, gracia estética, aprovechamiento agrícola. No llevaba la obsesión orientalista y caballeresca de los expedicionarios de la meseta. Llevaba la obsesión campesina. Al pasar por Sanlúcar y el Puerto mete en su equipaje los primeros plantones de cepas. Su profecía incluía los vinos de California, incluía el sueño de ese paraíso floral y frutal que había de ser pronto la tierra que Ewyn Bryan calificaría como «un largo y alegre día de fiesta».

Pero nadie crea que por eso había sido cancelado el superior sentido religioso, misional y épico de los primeros pasos hispánicos en América. La misión es el instrumento máximo de aquel agricultor mallorquín. Los Gálvez y los Ayala se desesperan porque los indios huyen donde ponen el pie. Es Fray Junípero el que los hace volver. Tocaba la campana de un modo entrañable e irresistible. Regresaban a su llamada, en tropel, los catecúmenos... y «la mano de obra».

Es una visión simplista y sinóptica esa que cree que, a partir del siglo XVII, la idea imperial y la epopeya han sido abandonadas en España. En la hora del virrey Bucarelli el Imperio español tiene su extensión máxima. Dos tercios de la tierra de los actuales Estados Unidos son españoles. Es el momento, además, en que los silenciosos vecinos del otro lado del Pacífico entran en acción. Alaska va a conocer la presencia rusa. Y Fray Junípero sentirá también la Cruzada como sintió la Misión. A la expedición de las tropas de Bucarelli deberá América no ser—o haber sido—rusa en la zona oriental. A Fray Junípero, estabilizando el esfuerzo de Ayala, deberá América poseer el puerto estratégico de San Francisco, «puerto de puertos», garantía del Pacífico y centinela y guarda frente a toda peligrosa expansión asiática.

Los norteamericanos, tan comerciales y pragmáticos, entendieron bien que Fray Junípero, a pesar de su nombre seráfico, no es el simple frailecito plantador de uvas, rosas y árboles frutales. En el Capitolio de Washington le han representado en actitud enfática y casi teatral, enarbolando el crucifijo. Es el Mediterráneo asimilando su sentido comercial al sentido heroico primario de fundación extremeña, castellana y andaluza de América. «Su nombre—podríamos decir, como en la Escritura—es legión.» Es plantador, misionero, político, estratega. Con él se ha monumentalizado en el Capitolio de Washington toda una obra.

PETRE, PETRA, PIEDRA



El pueblo de Fray Junípero

En su *Guía de Mallorca, Menorca e Ibiza*, José Pla escribe de Petra: «Pueblo antiquísimo, a la vera del Puig de Bon-Any, donde hay un santuario dedicado a la Virgen, como en casi todos los de Mallorca...» Pero el voluminoso libro de Pla nos lo habíamos dejado en Palma, y sólo nuestra curiosidad viajera iba a orientarnos por las rutas juniperianas.

Saliendo de la capital por la carretera de Manacor, son treinta kilómetros de llanura verde y arbolado, treinta kilómetros de molinos mallorquines, altos molinos que mueven en su ruleta vertical el aire quieto de la isla. Hay una desviación a la izquierda de la carretera, con un cartel que avisa de la proximidad del pueblo y nos ofrece la primera imagen de Ginebró Serra, fraile franciscano que cruzaría los mares y se llamaría Junípero.

—¿Y qué fue de los molinos?

Ya no hay molinos en esta desviada carretera, más bien camino entre pastos y árboles, con una perspectiva de montaña lejanísima. El pueblo asoma sus torres en una vuelta del camino. Ese campanario es el de la iglesia parroquial —gótica—, y aquel otro, tan visible, el del convento de San Bernardino, que se encuentra, sin duda, en la parte alta del pueblo. Pero hacemos un alto a la entrada de Petra para tomar una primera foto con la luz que se santigua en la cruz de los caminos. Cruz de piedra con flores a su vera. Hemos entrado en el pueblo por donde dicen que saliera el fraile, camino de San Juan; aldea cercana donde acaso le esperaba fray Luis Jaime para irse con él y morir en San Diego a manos de indios.

—En mil setecientos setenta y cinco caía mártir fray Luis Jaime.

—Eso es; en mil setecientos setenta y cinco.

Dicen que ayer había romería en el santuario de Bon-Any. Allá queda el santuario, alto y distante. Tarde hemos llegado para tomar una vela y echar montaña arriba, un pie detrás de otro. Como romeros tardíos, pero fervientes, entramos ahora en el pueblo de Fray Junípero. La inalterable luz mediterránea corre por estas calles estrechas y largas, enciende los tonos ocres de las casas y los tejados. Hay una paz mecida de palmeras. Se adivinan los huertos húmedos y claros tras las cancelas, se respira un aire de zaguanes en sombra. Por la calle sin aceras, rozando con las fachadas, llega despacio un ligero carrito tirado por un burro. Dos campesinos de edad indefinida, con sombreros de paja, viajan en el carro. En la carretera nos habíamos cruzado vehículos y gentes semejantes. Gentes que viven, quizá, en otro tiempo. Que viven, desde luego, otro tiempo más largo y más espacioso que el nuestro. Van en su carro sin prisa de que la calle se acabe. Y los vecinos, que han de echarse a un lado para dejar paso, tampoco parecen impacientes, precisamente, por seguir su camino. Pero nosotros sí hemos de seguir el nuestro.

En una calle transversal dos obreros trabajan en una zanja. Pasa el médico del pueblo, pasa el vendedor ambulante o el cura, y saludan con familiaridad a los dos hombres de la zanja. La lengua mallorquina, vivaz, caliente, ata nudos de confianza entre los vecinos de Petra. En una plaza cuadrada, con palmeras y bancos de piedra, se alza la estatua de Fray Junípero. Es la plaza un pozo de sosiego y soledad, un rincón íntimo y alegre, donde se respira la templada eternidad de las mañanas mediterráneas. Pasa un chico en bicicleta. Las palmeras cabecean apenas cuando una brisa alta y tenue llega del mar o de la montaña. De rincones como éste debió de aspirar el fraile fundador la infinita calma que todavía orea los patios de las misiones californianas.

Casa y Museo de Fray Junípero, iglesia, convento, consistorio... Y el pueblo, desde las azoteas, desde cualquier azotea. Las palmeras asoman por entre los tejados, los huertos bordados y breves se hunden entre las tapias. Una, dos, varias figuras inclinadas, silenciosas, trabajan a lo lejos en los sembrados que rodean el pueblo.

El convento de San Bernardino fue fundado en 1607. La iglesia actual, renacentista, se terminó en 1677, y se conserva tal como la conoció el padre Serra, quien cantó aquí como infante de coro, al ser bendecida la imagen de la Purísima del altar mayor. La gran nave está rodeada de capillas. Con el tiempo, el niño de Petra, siendo fraile fundador en el Nuevo Mundo, recordaría una por una estas capillas para ir poniéndoles sus nombres a las misiones del Señor: San Diego, San Carlos Borromeo, San Antonio, San Gabriel, San Luis, San Francisco, San Juan Capistrano, Santa Clara, San Buenaventura. Son capillas barrocas que resumen ya, en una vieja iglesia española, toda la geografía californiana bautizada en castellano. Los padres y la hermana de Fray Junípero fueron enterrados en esta iglesia.

Todo el pueblo—Petre, Petra, Piedra—está dedicado a San Pedro. La iglesia parroquial, cuya primera piedra fue colocada el 30 de mayo de 1580, es de estilo gótico. Fue bendecida solemnemente el 15 de octubre de 1730 y terminada en 1766. Tiene en torno una hilera de árboles, y a su costado inconmovible hemos visto parado un moderno tractor de labranza. Tres niñas barrían el atrio de la iglesia cuando penetramos en ésta. En su pila bautismal fue bautizado el niño Serra, al que se le dieron los nombres de Miguel José. Cuando el joven Serra pronunció sus votos religiosos en la Orden franciscana, en 1731, tomó el nombre de Junípero, por devoción al compañero de San Francisco de Asís. Hoy la pila bautismal tiene delante una verja de hierro. Una de las niñas, delicada y cantarina, parlotera en mallorquín y en castellano, deja su escoba en un rincón para ayudarnos a abrir la verja y fotografiar la pila. El púlpito está en penumbra. Desde este púlpito predicó el padre Serra en distintas ocasiones. Aquí nació la flor de su oratoria, tímida primero y a media voz, para comunicar a los feligreses verdades del cielo y de la tierra. Gigantesca luego, como una palmera balear con sombra sobre dos continentes, en la predicación misionera a los pueblos de ultramar. En un púlpito de pueblo puede brotar con don de universalidad la grandeza del verbo. Visitamos en esta iglesia el retablo de Santa Ana, con su aire de renacimiento mallorquín de principios del XVII y la tabla gótica de los Santos médicos Cosme y Damián, del XV...

Pero el párroco—un sacerdote joven y cordial—nos pasa a la sacristía. En las sacristías—tanto o más que en los templos—, y sobre todo en las sacristías de pueblo, es donde puede encontrarse siem-



NUESTROS ENVIADOS ESPECIALES

Para una más directa visión e información del tema juniperiano, MUNDO HISPANICO ha desplazado a Mallorca (origen y escenario de los primeros desvelos del misionero) a Francisco Umbral, redactor, y Alfredo Benito, reportero gráfico.





Petra, un

Evocadora rotulación de la «Calle de California».

pre ese retablo gótico, ese incunable insospechado, esa reliquia religiosa o artística que compone la historia incomparable de nuestra religión. En la sacristía de la parroquia de Petra, el libro registro con la partida bautismal del niño Serra y un óleo con el apóstol de California predicando a los indios. También hay expuestos bellos ornamentos del siglo XV y varios objetos y vasos sagrados.

Cuando salimos de la iglesia, las niñas que antes barrían el atrio juegan ahora a la pelota en la explanada que hay ante el templo. Enfrente, una casa solariega que tiene junto a la puerta un banzo de tres escalones. A este banzo se subían las gentes de la época y se subió Fray Junípero para montar en la cabalgadura. De estos tres escalones arranca la aventura andariega de un fraile español que había de pisar lejanos mapas en nombre de Cristo.

—La torre de la iglesia tiene forma de tiara.

—¿De tiara?

—Sí. Todo el pueblo, dedicado a San Pedro, se acoge a la tiara pontificia, símbolo del Vicario de Cristo.

Volvemos a pasar por el centro del pueblo, la acogedora plaza de Junípero Serra.

—La estatua data de mil novecientos trece. Se levantó para conmemorar el doscientos aniversario de su nacimiento.

El monumento es obra de Galmés, escultor nacido en Palma y descendiente de una familia de Petra.

—La iniciativa para levantar esta estatua se debe a mosén Francisco Torréns y Nicolau.

—¿Y quién era mosén Francisco?

—Un sacerdote de este pueblo, lleno de entusiasmo por Fray Junípero. Siendo aún seminarista, leyó la biografía juniperiana escrita por el padre Palou, y desde entonces se propuso hacer todo lo que estuviera a su alcance por la memoria del franciscano.

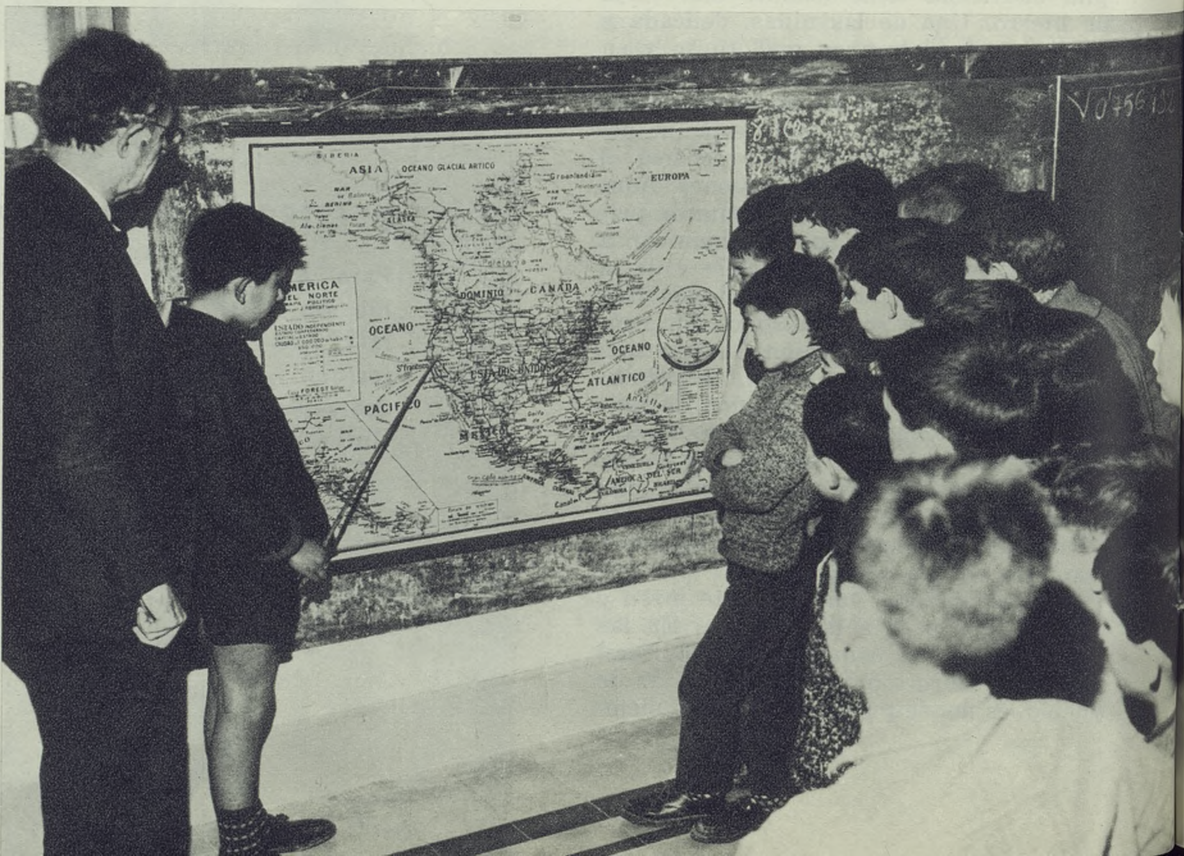
Ya en 1892 había conseguido mosén Francisco que se diera el nombre de Serra a esta plaza. Estatua y monumento fueron pagados por suscripción popular. Se celebraron grandes fiestas para su inauguración, a las que asistieron más de diez mil peregrinos de toda Mallorca. Míster Charles E. Chapman fue el delegado que ostentó en ellas la representación de California.

—Que el señor alcalde nos invita a tomar un café...

—Pues no será uno quien desdeñe la oportunidad de tomar café con el señor alcalde de Petra.

En la Casa-Ayuntamiento se conserva un interesante óleo de Fray Junípero Serra y otro de su sobrino fray Miguel de Petra, hijo de Juana María, la hermana del apóstol. Fue el padre Miguel célebre arquitecto y matemático, y delineó el mapa de Mallorca del cardenal Despuig. El alcalde y el secretario del Ayuntamiento son señores muy señores, que charlan con uno y le invitan a café, dando carpetazo momentáneamente a los expedientes municipales. Luego nos muestran los planos de lo que será barrio juniperiano y turístico de Petra. Una vía de próximo trazado unirá la casa y el museo del Venerable con el convento de San Bernardino. Para abrir esta nueva calle es preciso derribar alguna casa intermedia de nulo interés. No hay que decir que esta calle armonizará perfectamente, en su carácter y perfil, con el resto del pueblo, que es

En las escuelas de Petra se estudia con cariño todo lo referente a las tierras evangelizadas por Fray Junípero.



pueblo de labriegos y artesanos

todo él como una acuñada reliquia del pasado, a la sombra del santuario de Bon-Any.

—El santuario fue erigido a principios del siglo XVII, en honor de Nuestra Señora, Patrona de los campos y de las buenas cosechas.

Según la tradición, Mallorca sufrió una prolongada sequía, y por la intercesión de Nuestra Señora, Petra obtuvo una abundante cosecha, y desde entonces, en acción de gracias, se la llama así: Nuestra Señora de Bon-Any. La fiesta principal del santuario se celebra el martes de Pascua. En 1749, el padre Serra predicaba la cuaresma en Petra, y el martes de Pascua, día 8 de abril, predicó su último sermón en el santuario, en la misa solemne de la romería anual de Petra y pueblos comarcanos.

En 1949, el magnífico Ayuntamiento de Petra erigió una cruz de piedra en memoria de Fray Junípero, al celebrarse el segundo centenario de su salida de Mallorca. La cruz, levantada en la antigua cuesta del Santuario, señala el sitio donde el padre Serra se despidió de los concurrentes a la romería. No tuvo entonces decisión para decir a sus padres que aquélla era su última despedida.

Los ermitaños de la Congregación de San Pablo y San Antonio, de Mallorca, cuidan del santuario, donde ofrecen a los visitantes la hospitalidad de las celdas y de la cocina, en un clima de paz que enseñorea llanuras, campos, pueblos y mar.

En la época de Fray Junípero, Petra era un pueblo vinícola que contaba cerca de dos mil habitantes. Las viñas ceñían el contorno de casas y calles, y la familia Serra mantenía en actividad un lagar del que aún se conservan cubos y herramientas, por los que, en nuestra visita, hemos pasado una mano emocionada. Más tarde, los demonios sutiles de la filoxera se lo llevaron todo. La Petra de hoy—cuatro mil habitantes aproximadamente—es agrícola y artesana. Como en casi todos los pueblos de la isla, se registra aquí un variable índice de emigración hacia la capital. Palma, turística y cosmopolita, atrae en su torbellino a la gente joven de la provincia. En Palma hay trabajo para todos y pagado en todas las monedas. Las muchachas de Petra—las que aún no se han decidido a cambiar la tranquila vida rural por el poliglotismo tras el mostrador de una cafetería de la capital—acuden diariamente a Manacor para trabajar en la industria de las perlas cultivadas, puliendo y ensartando exquisitamente esos collares de discreto brillo que alguna vez han deslumbrado—y siguen deslumbrando—a todas las mujeres del mundo.

El taller y la botica. La bodega y la casa de labor. Petra vive sus horas apaisadas con sabiduría y sosiego. Las puertas de las casas suelen aparecer entornadas. La gente sale y entra por la otra puerta—la que da al campo, a la labranza—, sin ruido, sin prisa, sin pausa. Petra, feudo árabe hasta la conquista de Jaime I, crece y se dobla a sí misma con Jaime II. Bien clara se ve, paseando por estas calzadas, la división histórica y racial.

En lo que fue burgo árabe, las ca-



La torre de la iglesia, que recuerda una tiara pontificia, acoge a su sombra los modernos útiles de labranza.

Parroquial de Petra, donde fue bautizado el venerable. Abajo, a la izquierda: la pila bautismal.



lles serpentean ligeramente. En una de ellas se encuentra la casa donde nació Fray Junípero. La otra mitad del pueblo está como trazada con una cuadrícula, y cada vía se abre en recta perspectiva, que va a desembocar frente a la iglesia, frente al prado o la montaña.

Unas niñas que regresan del colegio. Una madre joven, en cualquier ventana, con el hijo en los brazos. Otro carrito lento, llevado por mano de mujer. Al pasar frente a la puerta de algún taller artesano, el rumor escondido de la tarea, que no turba la quietud de la calle. Petre, Petra, Piedra... El pueblo tiene sus eruditos. Miguel Ramis Moragues, maestro nacional, lleva con tino y conocimiento el Museo de Fray Junípero. Miguel Ramis nos ha llevado ante otro Miguel. Nada menos que Miguel Serra, el último de los Serra que aún queda en el pueblo.

—Su perfil recuerda bastante al de la estatua de Fray Junípero...

Efectivamente, Miguel Serra—un labriego de setenta y tantos años—tiene una cabeza muy semejante a la que aparece en la iconografía del fraile. Los Serra son un anciano matrimonio de agricultores. Ella, que tiene la ciencia intuitiva de la meteorología, nos dice el tiempo que hará mañana. Entre ellos hablan el mallorquín, pero entienden y responden en castellano. En su huerto, de viejos árboles y verdes increíbles, hemos estrechado la mano del último de los Serra.

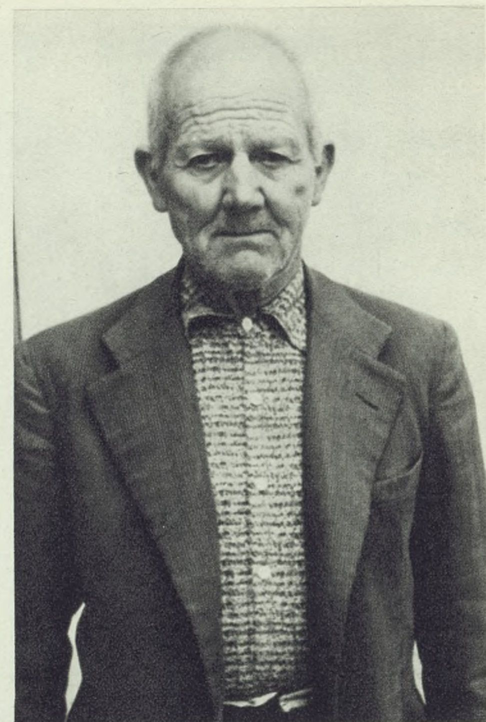
—Dicen que de perfil recuerda mucho a...

—Ya lo creo que recuerda.

En la escuela de Petra los niños aprenden la lección de Fray Junípero. Y cantan en nuestro honor el himno al Venerable. Es una escuela amplia y alegre, rodeada de palmeras. Los chicos nos muestran sus mapas de California y sus dibujos de las misiones, trazados con cuidadosa e ingenua mano infantil. El cielo y el mar tienen colores inefables en los mapas de estos colegiales. Todo el pueblo vive empapado del recuerdo —de la presencia incluso—juniperiano. Petra es piedra inmemorial que dio cuna a un gran español. Fray Junípero, misionero y agricultor, perfuma con su ejemplo los campos cereales del interior de la isla.

«Calle de Fray Junípero», «Calle del Padre Palou», «Calle de California»... Unas chicas guapas cruzan cogidas del brazo. Frente al convento de San Bernardino, la eterna moza de cántaro española suelta el caño de la fuente. Regresamos—camino vecinal, carretera de Palma—hacia los molinos y el mar. Petra se cierra a nuestra espalda como un solo e íntimo huerto tapiado con sus recuerdos. Dicen que ayer hubo romería en el santuario de Bon-Any.

—Tarde hemos llegado, compañero...



Miguel Serra, último descendiente de los Serra de Petra. Abajo: el alcalde con el secretario del Ayuntamiento y el presidente de la A. A. de F. J., examinando los planos de la futura zona juniperiana.





En la alcoba, un candil y un rosario.

CALLE DE BARRACAR, NUMERO 6

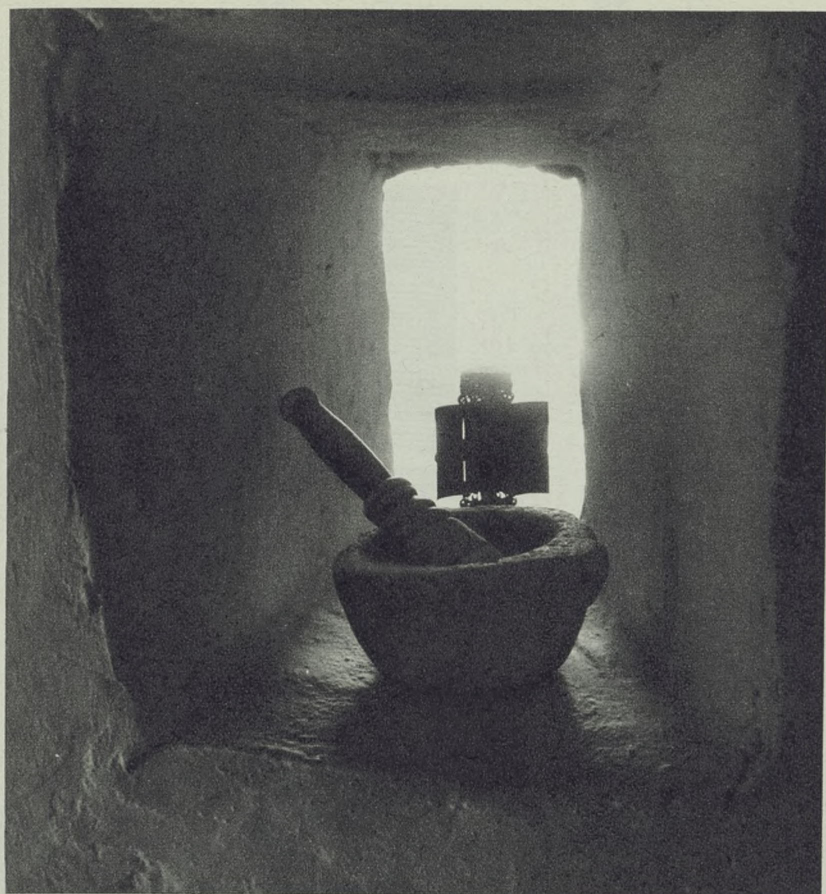
BARRACAR alt, dicen los mallorquines. En el número 6 de esta calle, larga, semiempedrada y polvorienta, de bella perspectiva y trazado árabe, se encuentra la casa donde nació Fray Junípero Serra. Y junto a ella, el museo juniperiano. A este escondido rincón de un pueblecito del interior de Mallorca, con palmeras hermanas de todas las palmeras mediterráneas, llegan cada día visitantes de todo el mundo. Los turistas californianos, llenos de fervor religioso o simple admiración histórica por la figura del padre Serra. Visitan la casa y el Museo. Hacen fotografías. Se fotografían ante la humilde de fachada. La vigencia del fraile mallorquín en nuestro siglo no le ha sido dictada por nadie a estas gentes viajeras y curiosas. Fray Junípero está espontáneamente vivo en todo conocedor de la historia de América y de la colonización española.

La casa Antonio Serra y Margarita Ferrer eran agricultores. La casa solariega de la familia—cuya autenticidad se demostró documentalmente en 1930, gracias a investigaciones llevadas a cabo en los archivos de Petra por Miguel Ramis—es sencilla y de aire labriego. Tras el muro de piedra, el zaguán y el jardín. Restaurada interiormente por un grupo de mallorquines, éstos regalaron la propiedad a la ciudad y condado de San Francisco de California, el 12 de mayo de 1932. La «Society of California Pioneers», que es la sociedad histórica más antigua de California, asumió, en 1958, la responsabilidad de conservar y administrar la casa solariega. El Ayuntamiento de San Francisco sigue teniendo el título de propiedad.

Los mallorquines le llaman a este lugar «Ca'l Pare Serra». La antigua cochera se ha convertido en Sala Museo que conmemora y exalta las tra-



Un vestíbulo con muebles oscuros y paredes encaladas...



El mortero, en el tragaluz.



Se conserva como una reliquia la puerta que abrió tantas veces el mozo Serra.



Una alta hornacina con las artes de la labor.



El lagar donde se hollaban las uvas.



Entrada al Museo de Fray Junípero.

diciones de la vida campesina que sirvió de fondo a la juventud del padre Serra. La sala contiene el lagar donde se hollaban las uvas para la elaboración del vino. Esta reliquia de las actividades de la familia Serra en épocas de vendimia fue recientemente descubierta y ha sido restaurada. Pueblan la reducida habitación objetos de uso diario en la tarea de los labriegos de la comarca. Los conocimientos y prácticas agrícolas, arquitectónicas y de artes y oficios introducidos en América por el fundador de las Misiones de California tienen aquí un breve santuario que pone su más sugestivo revés humano, artesano, laboral, a la figura ideal del Venerable.

«Para visitar la casa Serra, dirigirse al número 17 de la misma calle. Cuidadora, Magdalena Roselló.» Este es el aviso que hay en la puerta del que fue domicilio del misionero. Luego se entra en un vestíbulo de muebles oscuros y paredes encaladas. A la izquierda, una breve hornacina con las artes de la labor femenina: una pequeña silla de mimbre, el copo y el huso de hilar. A la derecha, grabados y recuerdos del fraile. Un libro para que firmen en él los visitantes y unas flores. La cuidadora, Magdalena Roselló, viste traje típico de la isla, con gran toca blanca. Hay un breve pasillo, que tiene a la izquierda la cocina y una alcoba. En la cocina, tenazas, calabazas, una bota, el mortero. Y la chimenea, que sube, ensombreciéndose, hasta el tragaluz de allá arriba. En la alcoba, junto a la cama como recién hecha, un candil y un rosario, colgados de la pared. Si el candil arde, la estampa se ilumina con un vivo fervor de llama que alarga sobre la pared la sombra del rosario. Basta cualquier cosa—sólo esto, una pequeña llama—para que toda esta vida del pasado despierte y se nos haga actual... A la derecha del pasillo, un establo para las caballerías. Y por fin, el huerto.

El huerto, largo y estrecho, tiene un horno, donde ya sólo se cuece, como un pan redondo, el sol de mediodía. Flores, chumberas, un césped fresco... Al fondo, una pequeña ta-

pia y una puerta, que da a otra calle. El cielo, altísimo. Pasa por este huerto el más secreto meridiano mediterráneo. Entre un cactus y una palmera cabe toda la paz del mundo. Comprendemos ahora que hace falta mucha vocación y mucha adivinación para arrancarse de todo esto y echarse a los caminos, como el fraile navegante y andariego.

En la parte alta de la casa hay una pequeña alcoba con cama, un bargueño y una ventana. Otro rosario en la pared. Sobre la madera de los muebles han pasado tiempos, años, días, pero no ha pasado el tiempo. Sólo la sutil arañadura de la luz se va llevando los colores exactos que entonces—en el entonces de nuestro fraile—debió de tener todo esto. En el desván, útiles de labranza, abandonados, una sillita junto a la escalera, un ronzal colgado de la pared... Y la que fue gran puerta de la casa, agujereada como por un silencioso obús, abandonada a la carcoma. Todo tiene un aire de tarea interrumpida, de haber dejado para mañana lo que ya no se podía hacer hoy. Las manos del novicio anduvieron en todo esto.

El Museo Al lado de la casa se levanta este nuevo edificio, de elegante estilo mallorquín, creado por la Asociación de Amigos de Fray Junípero Serra, y que recoge cuanto se relaciona con el padre Serra y su obra misional. Tiene centro de estudios, museo, biblioteca y salón de conferencias. Fue inaugurado el 19 de julio de 1959. Lo diseñó el arquitecto mallorquín Gabriel Alomar. Reúne las nobles características de la arquitectura tradicional de la isla en el siglo XVIII, y es obra de los artesanos de Petra. Ha servido en varias ocasiones como marco de ceremonias y fiestas hispanoamericanas.

A la derecha del jardín se alza un gran ciprés, sobre tapias y tejados. En el porche de la casa hay varias lápidas, españolas y americanas, alusivas a la figura del Venerable y a la propia fundación. Iconografía ju-


Aspecto de una de las salas.



Reproducciones de edificios misionales californianos.







Mrs. Moore Bowden acompañada, en una estancia del Museo, por los señores Ramis y Bauzá.

niperiana, mapas de la época, manuscritos, documentos y objetos de gran valor histórico pueblan las dos plantas del edificio. Este Museo lo dirige don Miguel Ramis, maestro nacional, gran erudito y fervoroso de Fray Junípero, hombre de ejemplar modestia. En la biblioteca encontramos abundante bibliografía juniperiana, así como los archivos de la Asociación, muy interesantes y completos. Sobre la repisa de la chimenea, pequeñas imágenes del misionero. En las paredes, retratos de algunos de los misioneros mallorquines que acompañaron a Fray Junípero en sus rutas evangelizadoras, y fotografías de personalidades españolas y americanas patrocinadoras de la difusión del nombre y de la obra de la gran figura balear. Mistress Dina Moore Bowden, honorable representante de la ciudad de San Francisco en relación con la Casa Serra, dama que viene dedicando sus mejores esfuerzos y su singular cultura a la exaltación de Fray Junípero, aparece efigiada, asimismo, en dos óleos de la biblioteca.

«Fray Buenaventura Sitjar. 1739-1808. Nació en Mallorca, llegó a California en 1774 y fue destinado a la misión de San Antonio de Padua. Lingüista experto, compuso un diccionario de la lengua mitsun.» «Venerable Fray Luis Jaume, de San Juan, religioso franciscano, protomártir de California. 1740-1775.» Son las inscripciones de una breve galería de misioneros que se exhibe en el salón de actos de la Casa-Museo. Un proyector de cine frente a una pequeña pantalla, varias colecciones de diapositivas, etc., completan la dotación de este archivo juniperiano. Un bajorrelieve de moderna e inspirada factura y tema misionero decora la escalera. En el arranque de ésta, un mapa italiano de la época misional, donde aparece California como isla del mar Pacífico. Cierto visitante ofreció a la Asociación de Amigos de Fray Junípero un cheque en blanco para comprar este mapa, pero los fervorosos juniperianos de Petra se niegan a especular con su Museo. Solamente cuentan con los fondos que les llegan espontánea y generosamente.

Para dar unidad al conjunto de la casa natal y el Museo de Fray Junípero ha sido necesario adquirir la propiedad que hoy es Centro de Estudios Juniperianos. Pero la Asociación, el Ayuntamiento y el pueblo todo nunca han reparado en esfuerzos para llevar adelante su tarea de exaltación juniperiana. Cuando desde este lugar al convento de San Bernardino se haya abierto calle directa, Petra tendrá completo su periplo histórico, piadoso y turístico. Este nuevo proyecto se lleva hoy el afán y la atención de todos los paisanos de Fray Junípero.



notas genealógicas sobre los Serra de Mallorca

La iglesia parroquial de la villa de Petra, del partido judicial de Manacor, en Baleares, es un bello y modesto templo, bajo la advocación de San Pedro, rematado por un campanario de planta exagonal, con amplios ventanales ojivales. En el tomo segundo de su archivo parroquial—al folio 63, al principio de la página, bajo el número 85—se encuentra la siguiente partida de bautismo, escrita en mallorquín, según vieja costumbre del levante español, que escribía sus documentos oficiales en catalán, valenciano o mallorquín: «*Als 24 9bre. 1713 baptisé yo Bartolomé Lledó, presb. y Vicari a Miguel Joseph Serre, fill de Antonio y de Margarita Ferrer, conyuges. Foren Padrins Bartolomé Fiol y Sebastiana Serre. Nasqué dit die a la una después de mitja nit.—Bartolomé Lledó (signado).*»—Al margen: «*85. Miguel Joseph Serra y Ferrer.*»

También existe todavía la pila donde se celebró aquel bautizo, tan brevemente reseñado en sus orígenes para la importancia que había de alcanzar aquel nuevo católico: Fray Junípero Serra.

Es de notar que en la citada partida de bautismo aparece alguna vez el apellido paterno escrito Serre, en lugar de Serra, lo que a más de un investigador ha conducido a dudas; pero, aparte de que el apellido Serre no existe en Mallorca, en la nota marginal de la partida figura claramente el nombre del bautizado: «Miguel Joseph Serra y Ferrer», y en el libro de confirmaciones de la misma parroquia (26 de mayo de 1715) figura confirmado por el entonces obispo de Mallorca, excelentísimo y reverendísimo señor don Atanasio de Estarripa y Tranajáuregui, aquel niño, Miguel Serra, hijo de los cónyuges Antonio y Margarita Ferrer, siendo padrino el reverendo Pere Mestre, presbítero.

Cambió su nombre al profesar en el convento de Jesús de la Orden franciscana, en la ciudad de Palma, el 15 de septiembre de 1731, antes de cumplir los dieciocho años y al año de su noviciado, abandonando su nombre propio por el de Junípero, en recuerdo al fiel y bondadoso compañero de San Francisco de Asís.

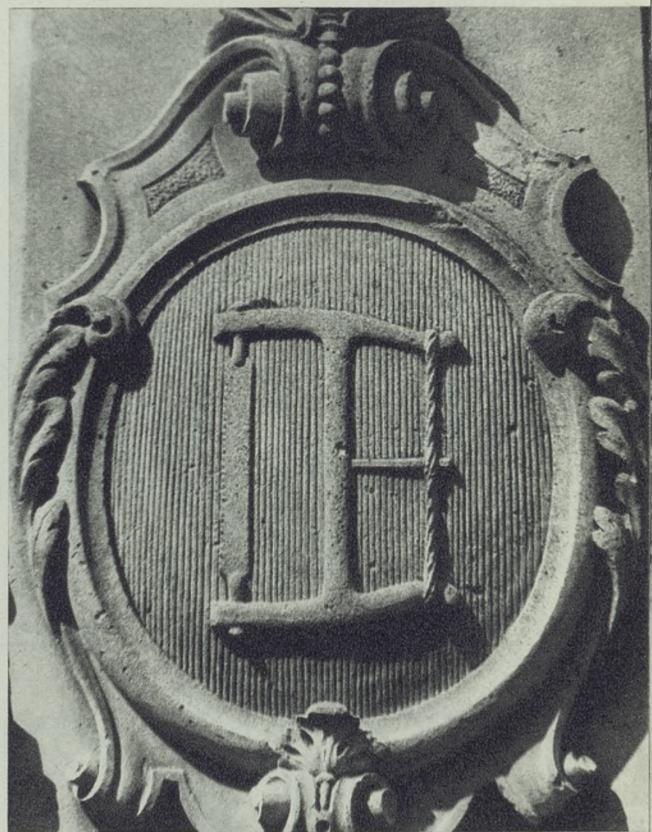
La familia Serra había tenido en lejanos tiempos gran lustre y nobleza, aunque alguna de sus líneas, como esta de Fray Junípero, hubiesen bajado notablemente de posición. Sin hacer caso de los orígenes legendarios que se atribuyen a los Serra—haciéndolos descender de unos ricos comerciantes italianos que ejercían su profesión entre los puertos de Génova y de Barcelona, allá por los siglos IX y X, y que terminaron por radicarse en Cataluña—, es más cierto que provienen de Montpellier (Francia), de donde pasaron a Cataluña y Aragón, y, como tantos linajes de aquellas regiones, bajaron a las conquistas de Valencia y Murcia.

Los Serra de Mallorca descienden de un caballero llamado Pedro Serra, hombre de confianza del rey Don Jaime I, que le encargó de dividir en cuarteladas los campos de regadío inmediatos a Palma de Mallorca en el año 1240, siendo designado uno de los primeros jurados de esta capital. Por esa época, en el reparto general de tierra, se concede a un Serra (que, aunque no figura su nombre, bien pudiera ser el anterior) una propiedad en Sóller, llamada Manso-Nova, y una casa en dicha villa, todo dentro de la porción de don Gastón, vizconde de Bearne.

Joaquín María Bover, en su *Nobiliario mallorquín*, recoge numerosas designaciones para cargos honoríficos recaídos en miembros de esta familia desde el año 1240 hasta finales del siglo XVII, mencionando las casas más ilustres de este apellido, situadas en la ciudad de Palma y en las villas de Alcudia, Muro, Santa Margarita, Puebla y Buñola.

Miguel Serra, en 1285, fue uno de los síndicos nombrados por la villa de Selva para presentar sacramento y homenaje al rey Don Alonso III de Aragón. Francisco Serra, en 1302, fue jurado de esta ciudad y reino por el estamento de ciudadanos. Dalmao Serra, famoso capitán de su época, prestó importantes servicios en 1308 armando una galera suya para defensa de la isla. Guillermo Serra fue jurado por ciudadanos en 1332 y 1335. Tomás Serra fue uno de los caballeros que en 1343 juró obediencia y vasallaje al rey Don Pedro IV de Aragón, conquistador de Mallorca, como representante de la ciudad de Palma. Y en siglos posteriores continúa brillando este linaje, que, apagado poco a poco, había de lucir después con destellos de santidad.

Traen los Serra por armas desde tiempo inmemorial las que se describen en un privilegio real concedido a los Serra mallorquines por Don Felipe IV, en 20 de marzo de 1645: «*...En campo de gules (rojo), una sierra puesta en el centro verticalmente, con el hierro y la cuerda de plata y el resto del color de la madera.*» Ninguna mejor indicación para representar la vida emprendedora y laboriosa de Fray Junípero que esta sierra heráldica, tensa y vibrante como su propia alma.



Arriba: reproducción de un óleo del Ayuntamiento de Petra y el escudo de los Serra en el monumento. Abajo: el escudo franciscano, que también figura al lado del de Fray Junípero.



PEREGRINOS



1963

Las rutas de Fray Junípero, en barco y avión

De la California soleada despegan aviones rumbo a España. De todos los puertos, de todos los aeropuertos, salen cada día los turistas del mundo para gastarse el primer dólar de sus vacaciones—el primero y los sucesivos, hasta el último—, el primer marco, la primera libra, en el país que tiene y ofrece la fórmula ideal para pasar unas semanas inigualables. «España es diferente», dicen ellos. Pero hay, entre los turistas de *short* y *souvenir*, un matiz que debemos distinguir de los demás. Es la especie singular del turista-peregrino que no solamente busca sol y escaparates. El peregrino siglo XX, que se dirige hacia la Ciudad Eterna o a cualquier otro lugar santo o simplemente devoto. De California, por ejemplo; de toda Norteamérica, despegan aviones, zarpan barcos, para desandar las rutas que anduvo un fraile español, y visitan el pueblo natal del franciscano evangelizador y fundador.

Los peregrinos 1963—o 1953, o 1973—hacen las rutas de Fray Junípero emocionadamente.

Arrancando de la California hispanizada, áurea y millonaria; arrancando de aquellos campanarios coloniales, el vuelo del turista-peregrino se remonta por el aire o se desliza sobre la piel del mar. En plena temporada, 250 aviones se posan diariamente en el aeropuerto de Palma de Mallorca. Para el visitante que llega por mar, la bahía y el puerto de Palma se despliegan ante un panorama de modernos hoteles, de montañas y palmeras. A la derecha, la silueta noble de la catedral.

Ya en tierra, con plaza en el hotel y mapa en el bolsillo, el callejeo por los viejos soportales y las recientes avenidas. La familia viajera, el matrimonio cogido de la mano, la pareja de chicas rubias, van descubriendo, con pasos al azar, el corazón provinciano y feliz de la capital, y también su alrededor cosmopolita,

La llegada al puerto de Palma.



Es el momento de cambiar la sandalia peregrina por un fino zapato de Inca.



En los quioscos se exhiben tres periódicos mallorquines editados en inglés.

poliglota y ruidoso. De la última palmera franciscana del Pacífico a la primera del Mediterráneo, la que se alza, junto al pozo, en el patio de San Francisco del convento de Palma de Mallorca. El autocar torpón que invade las estrechas calles o el coche tirado por un caballejo de buena voluntad acabarán desembocando—desembocándonos—en la plaza de San Francisco, íntima y señora, orlada de automóviles aparcados. Hemos llegado. Haciendo el recorrido juniperiano a la inversa, el convento de los franciscanos es la primera etapa del peregrino en tierra española. Junto a la iglesia, la residencia y el colegio de los frailes. El claustro, como en tiempos del misionero. Es inevitable la alusión: «Por aquí paseaba él...», «Por esta puerta entraría...»

En la sacristía hay unos arcones con fechas grabadas de mil setecientos y pico. En ellos, casullas y ornamentos sagrados. Y un aroma que se despereza al abrirlos, un aroma arcaico y litúrgico. También en todo esto, entre todo esto, anduvo el novicio con mano silenciosa. Con mano ruda aún, perfumada de recientes tareas campesinas. Puede ser que cuando llegue el turista haya una boda en la iglesia. Puede ser que los colegiales alboroten en sus galerías, festoneadas siempre, allá arriba, de palomas y escolares. Puede ser que el fraile sacristán vaya y venga, un poco ajeno al peregrino curioso que lee las lápidas de la pared y se emociona al encontrar el nombre de Fray Junípero, el nombre que venía buscando desde tan lejos. En la biblioteca del convento, un artesonado «de la época del padre Junípero», según se le informa al peregrino. Este convento tiene la paz.



En carro o autocar llegan los peregrinos al convento de San Francisco.

Unas horas para el callejeo por Palma, comercial y cosmopolita.



Por fin, en la casa natal de Fray Junípero, meta de la peregrinación.

LAS CAMARAS DE BRONSTON EN EL "CAMINO REAL"

El productor norteamericano establecido en España Mr. Samuel Bronston, que en la actualidad realiza aquí «La caída del Imperio romano», ha terminado estos días el rodaje de un hermoso documental, en Cinemascope y Technicolor, sobre la vida y la obra de Fray Junípero Serra.

Bronston encargó a don Jaime Prades, vicepresidente ejecutivo de la compañía, la producción de este filme. El señor Prades, acompañado de un equipo de operadores y técnicos, ha recorrido de sur a norte el «camino real» californiano, deteniéndose en cada una de las misiones fundadas por los franciscanos españoles, que fueron la base de la creación de la actual California, el más próspero de los Estados que constituyen la Unión.

Desde San Diego de Alcalá, en el extremo sur del Estado, hasta San Francisco de Solano, en el norte, las cámaras cinematográficas fueron deteniéndose en cada uno de los hermosísimos lugares escogidos por Fray Junípero y sus seguidores para las fundaciones, todos los cuales siguen llevando nombre español, y en los que se conservan perfectamente los edificios con el sabor arquitectónico religioso e hispánico que les imprimieron sus fundadores.

A su regreso de California, el señor Prades se trasladó con las cámaras a Mallorca, y en Petra fotografió los paisajes que de niño contemplara en su villa natal el dinámico misionero español.

Al mismo tiempo que un delicado homenaje a Fray Junípero, esta película es una lección de historia sobre uno de los más interesantes capítulos de la obra de España en América, y y por la belleza de sus paisajes y monumentos, recogidos con los más modernos medios técnicos, un verdadero regalo para el espíritu.

«*Devs scientiarvm dominvs*», dice en la fachada de la residencia franciscana. Una fotografía al gran rosetón de la iglesia. Al San Jorge que se las entiende con el dragón sobre la puerta de entrada. Y otra vez el autocar. O al carrito de caballejo, que es muy frecuente y preciado vehículo de turistas por las calles de la ciudad. Mañana hay que salir para Petra.

Pero ahora, vuelto al torbellino pagano y profano de la ciudad comercial, el peregrino —la peregrina—curiosea escaparates y quioscos de periódicos. Toma el primer refresco contra los primeros calores. En cada tienda, collares, loza mallorquina, *souvenirs* para el turista... Y finos zapatos femeninos de la cercana industria de Inca, para el pie peregrino que ahora calza sandalia. En cada quiosco, la alegría de descubrir que exhibe revistas en inglés, en francés, en italiano... Un quiosco abundante y variadamente surtido es el mejor síntoma del cosmopolitismo de una ciudad. Nos da mejor que nada su dimensión en el mundo. Por sus quioscos conoceréis a las ciudades. El peregrino, que ha viajado lo suyo, se sabe bien este axioma. Pero junto a las grandes publicaciones, el *Majorca Times* y el *Majorca News*, periódicos de la isla escritos en inglés. O el *Majorca Daily Bulletin*.

Se sale hacia Petra de mañana, por la carretera de Manacor. El automóvil conoce el camino. Hay un cartel que avisa de la desviación hacia Petra. Y los vecinos de la villa no se asombrarán demasiado de ver llegar a los exóticos. Aunque sea un gran automóvil. Aunque sea un autocar lleno de gentes rubias. Ellos, los paisanos de Fray Junípero, le tienen bien tomada la dimensión al bendito fraile y reciben al recién llegado con la sencilla naturalidad de quien sabe que aquello tenía que ocurrir. Antes o después. América tenía que venir a Petra. Y ha venido sin necesidad de reclamos. Por eso estos payeses sin tiempo no se asombran. Saludan, reciben, muestran y no se cosen a la ropa del turista con viles ambiciones o pacatas curiosidades. Esto de ser payés debe ser una forma—otra forma—de ser señor.

La casa natal, el museo, el convento, la iglesia parroquial, la calle y la plaza, el monumento... Sabe el turista—por peregrino—lo que tiene que visitar. Sabe el peregrino—por turista—cómo lo puede encontrar. Y comprueba que todo es verdad, que todo fue así: el huerto, la cocina, las alcobas, el horno, el establo... Y gentes que hablan un castellano reteñido de mallorquín, locuaz y elocuente como debió de ser el de Fray Junípero. En cualquier rincón, herramientas hermanas de las herramientas que allá, en California, podaron huerto y levantaron misión. El peregrino ha encontrado lo que buscaba. Por los caminos del aire, por los del mar o los del asfalto, se desandan los pasos que anduvo la descubridora sandalia misionera. La historia, esta historia, se repite todos los días. Gentes que llegan a Petra, descubren Petra, hacen su jubiloso jubileo en Petra. Con fervor.



Pueblo antiguo y labrador, a la vera del Puig de Bon-Any, Petra vive una perpetua paz en sus huertos y en sus calles





En una plaza con sardana de palmeras, el monumento a Fray Junípero. Y elevándose sobre los tejados, la mole imponente del templo parroquial







Huerto de la casa natal, profundo y soleado, aromando muebles del interior. Todos los que llegan aquí como turistas, regresan como peregrinos



Torre y claustro de San Francisco, en Palma de Mallorca, abierto a las escalas de todas las gentes

ROBLES PIQUER:

"Es de esperar que las capitales respectivas de Baleares y California cuenten pronto con su estatua de Fray Junípero."

RUEDA de prensa en Palma de Mallorca con el director general de Información. Don Carlos Robles Piquer nos habla de los actos que se organizan con ocasión de celebrar el «cuarto de milenio» del nacimiento de Fray Junípero Serra. El Jefe del Estado se ha dignado aceptar la presidencia honoraria de las conmemoraciones, y el ministro de Información y Turismo ostenta la presidencia efectiva.

—Como ustedes saben, los actos comenzarán aquí, en Palma, el día 29 de mayo, prolongándose hasta el 4 de junio. Dicho día 29, a las siete de la tarde, tendrá lugar una recepción en la que hablará el señor Villalonga, presidente de la Diputación Balear, siendo contestado por una personalidad californiana. Seguidamente será inaugurada la Exposición Fray Junípero.

—¿Día 30 de mayo?

—El día 30, por la noche, ofrecerá un concierto la Orquesta Nacional en el claustro del convento de San Francisco, hermosísimo marco para este acto. Dirigirá la orquesta el prestigioso José Iturbi, que por su prolongado afincamiento en California, tanto como por su origen mediterráneo. es un vínculo vivo entre las dos orillas juniperianas que ahora se unen en la conmemoración.

Deseando conocer de forma oficiosa la totalidad del programa a desarrollar, le hemos rogado que continúe detallándonos los actos previstos.

—El viernes 31 de mayo, a las siete de la tarde, tendrá lugar, en el teatro Principal, de Palma, el estreno de la película que sobre Fray Junípero, Mallorca y California ha rodado Samuel Bronston, en un gesto de simpatía por nuestra gran figura misionera.

—¿Se trata del estreno mundial del film?

—Efectivamente, este documental, rodado en color y con arreglo a las mejores posibilidades técnicas, será dado a conocer por primera vez en el teatro Principal, de Mallorca. También habrá una conferencia del padre Moholy, que es la segunda autoridad en el proceso de beatificación de Fray Junípero. Y unos Juegos Florales centrados, naturalmente, en la figura y la obra del Venerable.

—¿Qué idiomas se admiten a concurso?

—Inglés, castellano y catalán. La reina de los Juegos será una señorita californiana.

—Y llegamos al día 1 de junio...

—Para el día 1, a las siete de la tarde, está prevista la presentación de la compañía del teatro Español, de Madrid, que pondrá en escena «El perro del hortelano», de Lope de Vega, bajo la dirección de Cayetano Luca de Tena. Por la noche, a las diez y media, tendrá lugar un segundo concierto de la Orquesta Nacional, dirigida esta vez por su titular, Frühbeck, con Iturbi como solista al piano.

—¿Actos en Petra?

—El domingo 2 de junio se exaltará en Petra como Día de la Orden Franciscana, con misa y concierto en la iglesia de San Bernardino, a las once de la mañana. También habrá un acto literario. Por la noche, en Palma, el teatro Español ofrecerá su segunda actuación, presentando, posiblemente, «El lindo don Diego», de Moreto, que, en versión de José García Nieto, ha sido estrenada con gran éxito en Madrid durante la presente temporada.

El día 3 de junio se conmemora la fundación por Fray Junípero de la misión de San Carlos Borromeo, en Carmel, donde se encuentra enterrado, y hemos querido saber qué carácter tendrán en ese día especialmente señalado los actos juniperianos.

—A las diez de la mañana, en Petra, se oficiará una misa cantada, en la que intervendrán prelados norteamericanos. A las once habrá ofrenda de flores ante el monumento de Fray Junípero y visita a la casa natal. Y seguidamente, un acto académico en San Bernardino, que será cerrado con la intervención del ministro de Información y Turismo, señor Fraga Iribarne. Para la celebración de este acto en la iglesia de San Bernardino se ha solicitado permiso del señor obispo de Mallorca.

—Ultimo día del programa...

—El martes día 4, a las siete de la tarde, en el castillo de Bellver, tendrá lugar un festival de folklore balear, con intervención de los Coros y Danzas de la Sección Femenina.



Los señores Robles Piquer, director general de Información, y Soriano, delegado provincial en Mallorca, muestran el cartel de la conmemoración.

FIGURA, OBRA Y CONMEMORACION

—¿Otras realizaciones, al margen de este programa?

—La promulgación del carácter de ciudades gemelas entre Petra y Carmel. La emisión de un sello y un matasellos alusivos y la publicación de libros y folletos sobre el tema. Personalidades norteamericanas y mexicanas—puesto que también en México misionó Fray Junípero—nos visitarán en esta ocasión. La colección «Temas Españoles» prepara un volumen sobre Fray Junípero, así como la Editora Nacional. También es de esperar que las capitales respectivas de Baleares y California, Palma y Sacramento, cuenten pronto con su estatua de Fray Junípero. Habrá un concurso periodístico sobre el centenario, etc.

—¿Qué tiempo permanecerá el señor ministro en Mallorca?

—Esperamos que dos o tres días.

—Usted ha viajado recientemente por Norteamérica y, concretamente, por las rutas juniperianas. ¿Qué vigencia tiene allí la acción misionera y cultural de España?

—El castellano es el segundo idioma de California. En anuncios, avisos, nombres de calles y lugares puede comprobarse esto. Y los norteamericanos, con frecuencia descendientes de españoles—esos Argüello, esos Armijo...—, cuidan sus reliquias históricas o se agrupan en los «Serra-Clubs», círculos creados para el fomento de las vocaciones sacerdotales.

—¿Qué hay del proceso de beatificación de Fray Junípero?

—Según mis informes, sigue adelante.

El delegado provincial de Información de Mallorca, señor Soriano, presente en la rueda de prensa, nos informa de un proyecto según el cual va a ser convocado un concurso entre estudiantes españoles de bachillerato y su equivalente norteamericano para premiar trabajos sobre el tema de Fray Junípero. Ese premio será un viaje a Mallorca—para los estudiantes norteamericanos—o a California —para los españoles—, en compañía del profesor respectivo. La finalidad de este concurso es que en los centros de enseñanza se hable con frecuencia del fraile fundador.

Después, los señores Robles y Soriano nos muestran los carteles anunciadores: «Celebration of the 250th anniversary of Fray Junípero Serra, founder of California. Petra & Palma-Majorca-Spain. May 29 to June 4-1963», se lee en uno, y en el otro: «Majorca Cloister of Friary of San Francisco. Palma. Spain. Fray Junípero Serra went out from here to found California in the 18th Century».



Mrs. Bowden, entre sus imágenes y libros juniperianos.

DINA MOORE

"La alegría de California es, una alegría

PORTALS Nous es un rincón privilegiado en la privilegiada isla de Mallorca. En Portals Nous vive Mrs. Dina Moore Bowden, representante honoraria de la ciudad y el condado de San Francisco de California en relación con la casa de Fray Junípero Serra. En un número del diario «Baleares», de Palma, vemos un reportaje donde se informa que el estado de California ha acuñado la medalla conmemorativa del 250 aniversario de Fray Junípero Serra, reportaje ilustrado con una fotografía de Mrs. Bowden frente al cartel anunciador del 250 aniversario juniperiano. No es la primera vez que la prensa mallorquina se ocupa de esta ilustre dama californiana radicada en la isla desde 1932 y ferviente impulsora de la exaltación del misionero de Petra. Mrs. Bowden nos muestra ahora la medalla de referencia, que reproduce en su anverso la efigie del virtuoso predicador y en su reverso el sello del estado californiano. A la medalla acompaña un folleto donde se explica la vida y obra de Fray Junípero y su extraordinaria labor evangelizadora y colonizadora. De esta pequeña obra de arte que es la medalla, debida al escultor Ralph J.

BOWDEN:

en gran parte, franciscana."

VAN A SER REPUESTAS LAS CAMPANAS DEL "CAMINO REAL"

Menconi, se han hecho tres versiones: una en bronce, otra en plata, que consta de 7.500 piezas, y una en platino, numerada y limitada a 75 ejemplares.

—El «Camino Real»—nos dice Mrs. Bowden—, que fue creado por los españoles, unía las diversas misiones que se habían establecido a lo largo de la costa californiana: San Luis Rey, Santa Bárbara, San Miguel, San Antonio, San Francisco... De tramo en tramo existían unas campanas para convocar a los nativos a la predicación y a otros actos piadosos. Estas campanas pendían de un poste, al que estaba adosado un letrero con el nombre de la misión correspondiente. Pues bien, con motivo de la próxima magna conmemoración juniperiana, estas campanas del «Camino Real», ya desaparecidas, van a ser de nuevo instaladas en los mismos lugares que antes ocuparan. Van a ser fundidas de nuevo tomando el modelo de la única existente: la de la misión de Santa Bárbara. Esta misma campana será en breve traída a Mallorca y donada a la «Sociedad de Amigos de Fray Junípero Serra», de Petra.

En un extremo de Palma, a la orilla del mar, y de espalda al estirón turístico y funcional de la ciudad, se encuentra esta casa silenciosa y bellísima, con un jardín silvestre cuyos senderos desvarían hasta despeñarse en el Mediterráneo. La residencia de Mrs. Bowden es, sin duda, consulado oficioso y cordial de California en Mallorca.

—Vivo en esta casa desde 1933. Hace muchos años que se despertó en mí el interés por Fray Junípero. Es una figura muy respetada por todos los californianos.

—¿Qué cosa desearía usted para Petra como ciudad de jubileo juniperiano?

—Un hostal que acoja debidamente a los visitantes. No es fácil hacer noche ni encontrar un restaurante en Petra. Acompañando a grupos de norteamericanos en su visita al pueblo he comprobado repetidamente que muchos de ellos hubieran querido prolongar su estancia allí, y nunca han podido hacerlo por las razones apuntadas.

—¿Conoce usted el programa oficial de los actos para este 250 aniversario?

—Desde luego. Y me parece magnífico.

Mrs. Dina Moore Bowden está en posesión del Lazo de Dama de la Orden del Mérito Civil. Su castellano es claro y armonioso. Ahora nos muestra con orgullo el diploma que le ha concedido la villa de Petra.

—Estoy escribiendo un libro sobre la vida de Fray Junípero en Mallorca. Irá ilustrado con fotografías. Quizá lo titule «Fray Junípero en su isla natal».

Grabados, fotografías, documentos, libros e imágenes patentizan el diario fervor que Mrs. Bowden dedica al tema juniperiano. Pero su amor por todo lo relativo a la epopeya misional desborda el despacho y la biblioteca. En la puerta del jardín ha colocado Mrs. Bowden una cancela de hierro diseñada por ella misma, cuyas verjas ondulantes corresponden al símbolo indio del río de la vida, símbolo todavía vigente cuando los misioneros españoles llegaron a América.

—Mi labor la desarrollo al margen de la política o de cualesquiera otros intereses. Sólo el amor y el interés por estos comunes vínculos históricos nos mueven a mis colaboradores y a mí.

—Aparte de los testimonios en piedra y de las huellas materiales, ¿qué resta en California del espíritu de aquellos frailes evangelizadores?

—Yo creo que la natural alegría de California es, en gran parte, una heredada alegría franciscana.

Mrs. Bowden ha tomado un libro en sus manos y nos lo muestra: «The Life and Times of Fr. Junípero Serra O. F. M. Or the man who never turned back». El autor es Maynard J. Geiger, O. F. M.

—Lo estaba leyendo cuando han llegado ustedes...

Y cuando nos vayamos continuará sumida en la lectura. Nos ha mostrado también el original, todavía incompleto, de su propio libro sobre el franciscano de Petra. Contiene muy bellos textos y unas asombrosas fotografías del húngaro Stephen Laszlo. Será el mejor y más delicado homenaje de esta gran dama a la figura de Fray Junípero Serra.



Recibiendo del ministro de Asuntos Exteriores, don Fernando María Castiella, el Lazo de Dama de la Orden del Mérito Civil.

FIGURA, OBRA Y CONMEMORACION ANTONIO BAUZÁ:

"Nuestra Asociación recibe numerosos donativos americanos."

La «Asociación de Amigos de Fray Junípero Serra», de Petra, tiene por escudo una cruz, sobre la que aparece una sierra carpintera, símbolo del apellido Serra. Preside esta Asociación el doctor don Antonio Bauzá Roca. El juez don Martín Oliver Febrer es el secretario general de la misma, y don Miguel Ramis Moragues, maestro nacional, director del Museo. Esta Asociación, cuya única finalidad es la exaltación de la figura y de la obra del gran misionero mallorquín, se ocupa del mantenimiento del Museo y Centro de Estudios «Fray Junípero Serra», que es un singular lazo espiritual entre nuestro país y la nación americana. La Asociación tiene su sede en la calle de Fray Junípero, y se nutre, por parte de sus socios, con una cuota única, que es de 6.000 pesetas para el miembro de honor distinguido, 1.500 para el miembro de honor, 600 para el miembro cooperador y 150 para el miembro protector. Los donativos pueden hacerse en dólares o en moneda española.

El señor Bauzá, presidente de la Asociación, es quien nos ha proporcionado los anteriores datos. Médico titular de Petra y vecino nacido en la villa, Antonio Bauzá dedica un entusiasmo ejemplar a la causa juniperiana.

—La Asociación fue fundada en 1954.

—¿Cuál era la idea inicial?

—Nuestra idea y nuestro proyecto nacieron con el deseo de corresponder a los visitantes americanos que con frecuencia llegaban a Petra para visitar los lugares del misionero e incluso manifestaban el deseo de entregar algún dinero o contribuir de algún modo a la perpetuación de su memoria. Oliver se encargó de redactar unos estatutos y pronto quedábamos integrados en los mismos los doce directivos de la Asociación.

—¿Con qué medios contaba, en su origen, el Centro de Estudios?

—Entre otras cosas, tuvimos a nuestra disposición algunos donativos americanos. Diversas entidades oficiales, entre ellas el Patronato de Fomento del Turismo en Mallorca, nos han ayudado después con cantidades importantes. Y, sobre todo, con un gran estímulo moral y una inmediata comprensión para nuestro trabajo.

—¿Solamente han recibido aportaciones en dinero?

—No. En cierta ocasión, un americano nos donó una colección de libros que consta de 84 tomos, todos ellos de interés para nuestra biblioteca juniperiana.



«Queremos crear en Petra la Posada del Californiano.»

El doctor Bauzá tiene ya, como acompañante de los visitantes que con frecuencia llegan a Petra, un amplio repertorio de anécdotas, que son el mejor testimonio humano de la devoción por el gran franciscano del siglo XVIII que alienta en las gentes del Nuevo Mundo. Cierto visitante ilustre manifestó su alegría, al llegar frente a la casa natal, de ver que el fraile había tenido un origen humilde. Y dijo: "Como Nuestro Señor Jesucristo." Un almirante de la VI Flota norteamericana manifestaba, por su parte, la sorpresa de no haber encontrado al llegar al puerto de Palma una estatua de Fray Junípero.

—Afortunadamente—nos dice Bauzá—, Fray Junípero tendrá algún día su estatua a la entrada de Palma... Nosotros iniciamos las gestiones al respecto, que están ya en vía oficial.

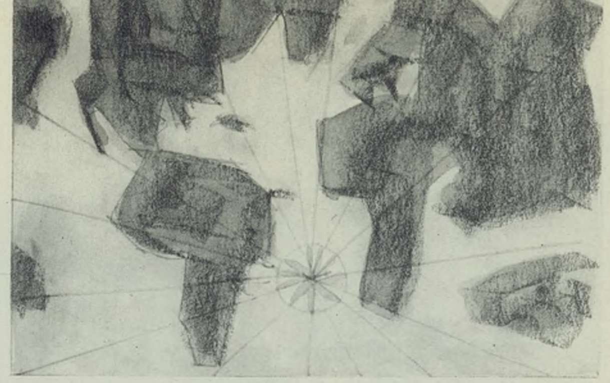
—¿Próximos objetivos de la Asociación

—La apertura de la calle que comunique casa y convento y la creación de la Posada del Californiano, una residencia con habitaciones para estudiosos.

Bauzá nos habla largamente de misiología californiana.

—Como usted sabe, el tema de Fray Junípero es asignatura obligada en los colegios de California.

FRANCISCO UMBRAL-ALFREDO BENITO



MAPA HISTORICO

Por MANUEL CRIADO DE VAL

FRAY Junípero Serra nace en el mismo año (1713) de la paz de Utrecht, una fecha triste que cambiará el destino de España, cerrando dos siglos de poderío y alejándola del escenario político europeo. La guerra de Sucesión española inclinaba definitivamente la balanza a favor de la Casa de Borbón. Francia, todavía bajo el esplendor de Luis XIV, se adueñaba del estilo, del pensamiento y de la dirección política europea, al menos en la vertiente occidental. Al otro lado del Rhin, el Imperio austríaco, expulsado de sus dominios peninsulares, disputaba con Suecia, con Rusia y con el naciente poderío de Prusia una posición de equilibrio en la Europa Oriental cada día más difícil e inestable. Bien puede decirse que toda la estructura del mundo estaba cambiando de signo en esta primera mitad del siglo XVIII, que iba a ver morir las grandes monarquías absolutas y nacer el tremendo fermento de la ilustración.

* * *

EN 1784, cuando muere Fray Junípero Serra, también son varios los acontecimientos en el mundo que revelan la existencia de un profundo cambio político y social. A raíz de la muerte del Rey Sol, Francia ha cedido, al menos en su papel de protagonista europeo, ante el creciente empuje de Inglaterra, beneficiaria principal de la decadencia española y de las riquezas humanas y materiales de América. Los países del centro de Europa han visto la inquietante y apasionada aventura de Federico II el Grande, símbolo anticipado de otras futuras aventuras prusianas de signo similar. También será frecuente el que a raíz de ellas tome nueva fuerza el gigante, a menudo dormido, de Rusia.

Pero la historia de Europa, que es la gran historia del mundo en estos años, ha encontrado un nuevo campo de batalla: Norteamérica. Allí tratarán de decidir el destino de su hegemonía Francia e Inglaterra. Al fin serán sobrepasadas las dos por la propia Unión Americana, que se alzará no sólo con la independencia, sino con todo el beneficio de los nuevos avances industriales y políticos.

* * *

EN Hispanoamérica la honda colonización española mantiene en este siglo firmemente los lazos con la metrópoli, a pesar de la acechante vigilancia de Inglaterra. Hay, es cierto, sublevaciones y otros varios síntomas de transformación interna; pero también otros hechos, como la creación de grandes rutas y el establecimiento de poderosas compañías industriales, tienden a la unidad continental. La futura independencia, lograda con iniciativas más o menos independientes, interrumpirá esa evolución. De momento, este siglo XVIII, que tantas cosas esenciales transforma en Europa y en Norteamérica, verá a las provincias españolas de ultramar vivir en una íntima y casi tranquila evolución.

1713. Se firma el Tratado de Utrecht, símbolo de la desmembración del gran Imperio español y punto de partida para el nuevo equilibrio político de Europa.

1713. El emperador Carlos VI promulga la «pragmática sanción», que pretende regular la sucesión hereditaria.

1713. Capitulación del último ejército sueco de Carlos XII en la fortaleza de Tönning. Coincidiendo con la decadencia política española, Suecia cede ante Rusia la posición de hegemonía en la Europa Oriental. Inglaterra, Prusia y Rusia, junto a Francia, serán las principales protagonistas del siglo XVIII.

1713. Tratado de Asiento entre España e Inglaterra, consecuencia económica de la Paz de Utrecht. Inglaterra puede introducir esclavos negros en las Indias Occidentales.

1714. Paz de Rasttat. Complemento final de la de Utrecht. Los Países Bajos españoles, Milán, Nápoles y Cerdeña pasan a ser austríacos. Inglaterra consigue Gibraltar y Menorca. Saboya se incorpora a Sicilia y se convierte en reino.

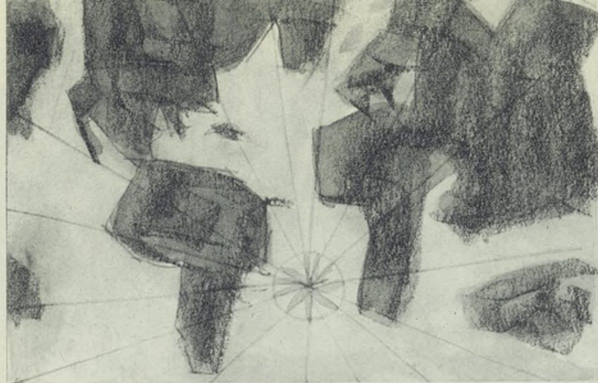
1715. Muere Luis XIV. Cambia el estilo y el destino de Francia. Todavía mantendrá su gran poderío en Europa, pero el signo político de Inglaterra inicia su predominio.

1717. Campaña española frente a Sicilia. El abate Alberoni, consejero de Felipe V, intenta hacer resurgir el poderío español.

1717. Fundación de Nueva Orleáns. Norteamérica empieza a vivir. Son pocos los años que faltan para su independencia.



1713
TÖNNIGN.- CAPITULACION de CARLOS XII
1772
GUSTAVO III DE SUECIA VUELVE AL PODER ABSOLUTO
1721
LEIPZIG.- JUAN SEBASTIAN BACH ES CANTOR EN Sto TORIBIO
1781
EL GENERAL INGLES CORNWALL CAPITULA EN YORKTOWN
1783
PAZ de VERSALLES
1775
WEIMAR.- GOETHE LEE FAUSTO
1772
POLONIA SE REPARTE ENTRE AUSTRIA, PRUSIA Y RUSIA
1776
DECLARACION NORTEAMERICANA DE INDEPENDENCIA.- LOS INGLESES OCUPAN BOSTON Y FILADELFIA
1713
TRATADO DE UTRECHT
1757
EL GENERAL AUSTRIACO HADIK ENTRA EN BERLIN
1751
TRATADO DE VARSOVIA
1720
PAZ DE CAMBRAY
1725
RIO AMUR.- FRONTERAS ENTRE CHINA Y RUSIA
1756
SAJONIA CAPITULA EN PIRNA
1777
BAVIERA.- MUERE MAXIMILIANO III
1745
LA MARQUESA de POMPADOUR, GRAN SEÑORA de FRANCIA. DURANTE NUEVE AÑOS SE EXTENDERA SU DOMINIO
1750
VOLTAIRE TRIUNFA EN LA CORTE DE FEDERICO II
1717
FUNDACION DE NUEVA ORLEANS
1761
BUNDZELWITZ.- FEDERICO EL GRANDE ORGANIZA SU DEFENSA
1732
ESPAÑA RECONQUISTA ORAN.
1714
MILAN, NAPOLES, CERDEÑA PASAN A SER AUSTRIACOS
1755
TERREMOTO de LISBOA
1763
ESPAÑA PIERDE LA FLORIDA
1763
ESPAÑA PIERDE MENORCA
1728
CREACION DE LA COMPAÑIA DE COMERCIO EN CARACAS
1762
LA ESCUADRA INGLESA CONQUISTA LA HABANA Y FILIPINAS
1732
ESPAÑA DECLARA LA GUERRA A INGLATERRA
1774
RUSIA OBTIENE LA DESEMBOCADURA DEL DNIEPER Y CRIMEA
1741
MOTIN DE SAN FELIPE
1717
CAMPAÑA ESPAÑOLA FRENTE A SICILIA
1780
SUBLEVACION DE TUPAC AMARU
1769
NAPOLEON NACE EN AJACCIO
1769
J. COOK DESCUBRE LAS COSTAS ORIENTALES DE ASTRALIA
1757
LA INDIA ES CONQUISTADA POR INGLATERRA.
1763
RIO de JANEIRO CAPITAL DEL BRASIL
1778
SE FUNDA EL VIRREINATO DE LA PLATA
Collado 63



1718. La iniciativa española inquieta a las potencias europeas. Se firma la Cuádruple Alianza contra España entre Austria, Holanda, Inglaterra y Francia.

1720. Paz de Cambray. Vencido Felipe V, ha de separar de su Gobierno a Alberoni y ceder Sicilia y Cerdeña. Poco después abdicará el propio rey Felipe V. Ha fallado el intento español de recuperar su hegemonía en Europa.

1721. Watteau pinta su última obra. Juan Sebastián Bach es cantor en Santo Toribio, de Leipzig. El mundo cortesano de Luis XIV deja paso al nuevo espíritu de la Europa germánica.

1725. Catalina I, esposa de Pedro I, es zarina de Rusia.

1727. Se fijan las fronteras entre Rusia y China en el río Amur.

1728. Creación de la Compañía de Comercio de Caracas.

1731. Inglaterra reconoce la «pragmática sanción». Tres años antes había sido reconocida por Prusia.

1732. Reconquista de Orán por España. José Patiño intenta la expansión por el Mediterráneo.

1733. España, Francia y Cerdeña intervienen en la guerra de Sucesión de Polonia.

1737. Se extingue la gran familia de los Médicis, tan ligada a España, en Toscana.

1739. Guerra de Inglaterra con España.

1740. Federico I de Prusia prohíbe el reclutamiento forzoso y concede amplias libertades de prensa y religión.

1740. Federico II, rey de Prusia. El doble poderío germánico se inclina a favor de la Monarquía berlinesa.

1741. Motín de San Felipe en las proximidades de Caracas.

1742. Francia e Inglaterra entran en lucha por sus colonias de ultramar.

1745. La marquesa de Pompadour, gran señora de Francia. Durante nueve años se extenderá su dominio.

1750. Triunfa Voltaire en la corte de Federico II. Las ideas francesas de la Ilustración se extienden por toda Europa.

1751. Tratado de Varsovia. Inglaterra se alía con Austria y Rusia frente a Federico II.

1753. J. J. Rousseau publica las «Causas de la desigualdad entre los hombres». La Ilustración se extiende por Europa.

1755. Lisboa casi desaparece en el terrible terremoto, cuyo balance fue de 30.000 muertos.

1755. Francia lucha frente a Inglaterra en Norteamérica, y frente a Prusia en Europa.

1756. Prusia avanza con la neutralidad de Inglaterra. Conquista de Sajonia, que capitula en Pirna.

1757. La India pasa lenta pero firmemente a poder de Inglaterra.

1757. El Imperio austríaco consigue formar una gran alianza para contener el empuje de Federico II de Prusia. Rusia, Polonia y Suecia entran en combate. El general austríaco Hadik llega a Berlín el 5 de noviembre.

1761. Federico II el Grande, a punto de ser derrotado, organiza su defensa en el campamento de Bundzelwitz.

1761. Alianza de España y Francia contra Inglaterra.

1762. Muere Isabel de Rusia, y cambia el destino de Federico el Grande, que firma una alianza con su anterior enemigo.

1762. Inglaterra impone su poderío naval. La escuadra inglesa conquista La Habana y las islas Filipinas. Se firma una paz provisional en Fontainebleau.

1763. Paz entre Inglaterra, Francia y España. España pierde Menorca y Florida.

1763. Río de Janeiro, capital del Brasil.

1764. Muere la marquesa de Pompadour.

1764. Watt inventa la máquina de vapor, aunque todavía tardará once años en fabricar la primera máquina utilizable.

1769. Nace Napoleón en Ajaccio. Un año antes Francia ha comprado Córcega a los genoveses. Es como la predestinación francesa de Bonaparte.

1769. J. Cook descubre las costas orientales de Australia.

1770. María Antonieta casa con el Delfín, futuro Luis XVI.

1770. Victoria naval de los rusos sobre los turcos en Tschesme.

1772. Una vez más se reparte Polonia entre Austria, Prusia y Rusia.

1772. Gustavo III de Suecia cambia la Constitución y vuelve al poder absoluto. Es una tardía reacción frente a las ideas de la Ilustración francesa.

1774. Paz entre Rusia y Turquía. Rusia obtiene la desembocadura del Dnieper y Crimea. Se acerca al Mediterráneo.

1774. Reina en Francia Luis XVI.

1775. Comienza la guerra de la Independencia norteamericana. Jorge Washington es comandante en jefe de la Federación. Los primeros combates son favorables a los ingleses.

1775. Goethe, en Weimar, lee su primer «Fausto».

1776. Declaración de la Independencia norteamericana. No obstante, los ingleses ocupan Boston y, un año después, Filadelfia.

1777. Muere Maximiliano III de Baviera, y comienza la guerra de Sucesión.

1778. Alianza de Francia con los nuevos Estados Unidos frente a Inglaterra.

1778. Mueren en el mismo año los dos principales representantes de la Ilustración: Voltaire y Rousseau.

1778. España declara la guerra a Inglaterra, pero no consigue reconquistar Gibraltar.

1778. Se funda el Virreinato de la Plata.

1780. Sublevación de Tupac Amaru.

1781. El general inglés Cornwall capitula en Yorktown ante franceses y norteamericanos.

1782. España recupera Menorca.

1783. Paz de Versalles entre Inglaterra, Francia, España y Estados Unidos. Inglaterra reconoce la Independencia norteamericana.

JULIO GUILLEN
(De las Reales Academias Española y de la Historia)



LA NAVEGACION Y LA FE

CUANDO Hernán Cortés hubo dominado gran parte de la Nueva España y llegó a las costas del océano Pacífico—que Núñez de Balboa, por su orientación al avistarlo, denominó (1513) la Mar del Sur—, comprendió que era preciso registrar sus costas en busca de un estrecho. Fundó para ello un astillero, y pronto dispuso de dos bergantines (1524), de los que escribió ufano al emperador: «...Tengo por cierto que con ellos, siendo Dios Nuestro Señor servido. tengo de ser causa de que Vuestra Cesárea Magestad sea en estas partes señor de más reinos y señoríos que los que hasta


Iglesia, convento y rancherías de la Misión del Carmelo en los años de la fundación.

JORNADAS APASIONANTES EN LA

hoy en nuestra nación se tiene noticia, pues creo que con hacer yo esto no le quedará a Vuestra Excelsitud más que hacer para ser monarca del mundo.»

No con éstos—pues ardieron antes de armarse—, sino con otros, comenzó Cortés las jornadas marítimas, una de las cuales, como hombre genial que era, mandó él mismo y aun gobernó por muerte de los pilotos, alcanzando (1534) el extremo más meridional de la península que, seguramente por lo árida y poco acogedora, como la isla que dominaba la reina Calafia de *Las Sergas de Esplandian*, el ka, por lo que hubo de convertirse en plural—las Californias—al dividirse en alta y baja tan enorme extensión, aunque por antonomasia quedó para las costas de su medianía, que preside hoy la ciudad de San Francisco, sin que hicieran mella, como en tanto otro lugar, los nombres puestos por el pirata Drak, que quiso denominarla Nueva Albión, gracias a lo cual pudieron florecer después esos encantadores nombres sacados del santoral seráfico que son como un encanto de ternura en la maravillosa geografía de aquella antigua provincia española por la que nalista, que han dado lugar a esas injusticias como la del nombre de América o a los absurdos de llamar Amazonas y Patagonia adonde no hubo, respectivamente, ni mujeres guerreras como en la Grecia de los mitos ni los hombres gigantes con desmedidos pies que popularizó el inglés Mandeville en sus truculentas re laciones.

Tras el descubrimiento del océano Pacífico, que ciertamente no lo es, y el tornaviaje de Elcano en la primera circunnavegación del globo (1521), el Nuevo Mundo, evidentemente, ya no podía ser ni



Indios de Monterrey.

hijo de Amadís, libro que andaba ya impreso desde 1511, denominaron California. Nombre que bautizó toda esta región ya citada por el soldado cronista de Cortés de tan gran sentido periodístico que fue Bernal Díaz del Castillo en su *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, y que en la cartografía apareció por vez primera en el mapa del piloto Castillo de 1541.

El topónimo, sonoro y hasta con cierto tufillo a homenaje al emperador Carlos V, hizo tanta fortuna, que sobrevivió a los muchos descubrimientos por esta banda americana del Pacífico septentrional, y en su inmutabilidad alcanzó a bautizar todas las tierras, incluso las de Alas-

aún llaman a misa campanas de Sevilla. Que no sólo sabíamos ni queríamos fundir cañones para nuestras empresas ultramarinas, sino que entre aroma de madreselvas y claveles fabricábamos los bronces conque tocar y llamar a oración.

Los descubrimientos por las Californias constituyen uno de los capítulos más apasionantes de la historia de la geografía, pues hay de todo: osadía, sufrimientos, tesón, inconcebible resistencia al medio, perfecta organización previsora, y sufridísima, angélica perseverancia misionera, sin que en lo referente a navegaciones increíbles falten lo fantástico e irreal, con viajes apócrifos de esos que gustan tanto al vulgo sensible a la mentira sensacio-

Asia ni parte de las Indias de la Especiería, móvil medieval del sueño y proyecto colombino: América era un bendito fracaso geográfico al constituir todo un vasto continente, inmenso valladar de norte a sur, que se oponía a las ansiadas derrotas del Maluco y de la India. Por ello menudearon por uno y otro lado—Atlántico y Pacífico—las expediciones marítimas, que no buscaban el oro tan cacareado por nuestros detractores, y que, al fin y al cabo, era como ahora el petróleo y los minerales estratégicos, por los que se plantean guerras y revoluciones, sino que se afanaban por hallar el paso de uno a otro mar que resultase más cómodo que el casi impracticable de Magallanes, en

cuya región tantas y tantas naves habían dado ya al través, como las de Loaysa (1525), Camargo (1539) y del propio Magallanes.

Nuestra construcción naval surgió pronto en las riberas mexicanas del Pacífico, donde sonaron hachas afanosas por los montes de las costa de la Mar del Sur desmontando y labrando olorosas maderas tropicales, que los carpinteros de ribera, calafates y remolares convertían en bergantines y minúsculas naos, capaces, sin embargo, al montarlos corazones españoles, de registrar y barajar los recovecos

su piloto Ferrelo, alcanzaron los 44 grados de latitud norte, quedando las cartas preparadas para la auténtica navegación de ese mar exclusivamente surcado por españoles que era el Pacífico.

Por orden de Carlos V, Cortés había despachado para la Especiería—las «Islas de Poniente»—a Alvaro de Saavedra (1527), y posteriormente navegó en demanda de ellas López de Villalobos (1542), comenzando a aparecer en los mapas gran parte de las islas y archipélagos que esmaltan el más grande de los océanos: Hawaii, Ladrones, Jardines, Mindanao...

la expedición de Legazpi (1564), que iba a la conquista de lo que llamarían, en honor del Rey Prudente, las Filipinas, y Urdaneta, ya en ellas, al rebullirle la idea del tornaviaje por la *vuelta de poniente*, se remontó muy al norte hasta los 39 grados, encontrando, como creía, los vientos largos, y empujado por estos contraalisios recaló cómodamente por la California y entró en Acapulco. Se había dominado el Océano y las costas californianas cobrarían especial interés estratégico porque en ellas recalaba la llamada *nao de China* o *de Manila*, enlace comercial y espiritual



El conde de Laperousse visita el Carmelo.

de la costa en busca del escondido estrecho, ensanchando de paso el horizonte del mundo con los colores de Castilla y León.

En 1539, Francisco de Ulloa recorrió todo el golfo que se llamó de Cortés, y que compararon al Adriático, y por la contracosta mucho más arriba del istmo, casi al actual Monterrey, mientras fray Marcos de Niza inauguraba las «entradas» tierra adentro, y al año siguiente, con la de Vázquez de Coronado por el río Colorado, se llegaría al sensacional Gran Cañón, orgullo geológico del gran país americano.

Poco después (1542), Cabrillo, que, como tantos otros, moriría en el empeño, y

Pero todas estas expediciones, como las de Magallanes, Loaysa y Alvarado, que desapareció, fracasaban en su maritornar, ya que los vientos soplaban siempre a poniente, y habían de regresar por la vuelta del cabo de Buena Esperanza.

Las «Islas de Poniente» se convertían en un cementerio de naves, y aunque no era difícil alcanzarlas, el regreso a las costas españolas más cercanas, las de México, se tenía por imposible. No lo pensó así Andrés de Urdaneta, antiguo piloto de Loaysa, y ya fraile agustino profeso, afirmaba en la corte ser capaz de regresar por el Pacífico *no ya con un bajel, sino con una carreta.*

Lo embarcaron como piloto mayor en

con las Filipinas, como de las de Mendaña (1569), Juan Fernández (1574), Rodríguez Cermeño (1595) y Fernández de Quirós (1605), que terminaron de descubrir otros grupos de islas que quedaban desperdigadas por tan ancho mar, incluso la mayor del mundo, que es Australia, sin olvidar por ello a las de Sebastián Vizcaíno por la propia California (1602), en la que se bautizó al cabo Mendocino, y el fuerte de Monterrey, aquél en recuerdo del virrey Mendoza y éste en el del condado del mismo nombre.

¿Y el estrecho de Juan de Fuca? Pues este inexistente y celebérrimo paso es uno de los absurdos aceptados por el papanatismo geográfico, crédulo para cuan-

to asegura un extranjero, como hipercrítico de cuanto realizan los españoles.

Un tal Juan de Fuca, griego, cuyo verdadero nombre era Apostolos Valerianus, afirmó en Venecia a un mercader inglés que en 1592 había descubierto lo que él llamó *estrecho de Aniam* por orden del virrey de Nueva España, y hasta le mostró una carta con el estrecho bonitamente pintado, asegurándole haberlo navegado veintitantos días.

No fue éste el solo descubrimiento sensacionalista: Ferrer Maldonado, que era de Alcalá de Henares, inventó (1588) otro más al norte con toda suerte de pelos y señales, y el almirante Bartolomé Fonte (1640) no se quedó atrás, mucho más hacia el polo; con la circunstancia de que por California desembarcó un Diego de Peñalosa, que a su vez afirmó haber descubierto tierra adentro nada menos que el fabuloso reino de Quiviria, cuya descripción escribió sin olvidar su increíble riqueza, pues hasta empleaban el oro para hacer tejas...

Llegó la época de la hidrografía científica, con instrumentos precisos, manejados por marinos medio astrónomos, y en 1768, casi coincidiendo con la llegada de los padres franciscanos para hacerse cargo de las actividades misioneras de los jesuitas, se fundó en San Blas un apostadero naval con el exclusivo objeto de servir de base a los pequeños buques que habían de dedicarse a reconocer prolijamente aquellas costas y hasta evitar que los rusos, recién establecidos en Alaska, se corrieran más al sur.

Los oficiales de marina de San Blas hicieron buenas migas con los hijos de San Francisco, y la corbeta *Santiago*, como las goletas *Felicidad* y *Sonora*, visitaban periódicamente las misiones por ellos fundadas, protegiendo y sirviendo esa evangelización costanera de aquellos sufridos e infatigables frailucos, compañeros del formidable Fray Junípero en aquella colonización de estilo fenicio de factorías y fuertes casi en la misma playa.

Los marinos no cejaban en su tarea, y por allí quedan inmortalizados, dando nombre a ensenadas, islas y cabos, los de Bodega y Quadra, Pérez, Heceta, Arteaga, Haro, Elisa, Fidalgo y Martínez, algunos de los cuales llegaron (1779) al extremo de Alaska sobre débiles embarcaciones, en aquellos empingorotados tiempos de la peluca y la casaca.

Hacia 1792 llegaron las corbetas *Descubierta* y *Atrevida*, de la expedición de Malaspina y Bustamante, que habían salido de Cádiz y llevaban ya más de dos años de viaje científico por todos los mares, portando a bordo naturalistas y hasta pintores y dibujantes, y gracias a éstos se conservan los primeros dibujos de tipos californianos, así como vistas de las misiones y fortines—presidios—en el aspecto primitivo en que los vivió Fray Junípero, fallecido muy poco antes.

Por entonces cobró actualidad en la Academia de Ciencias de París la eterna cuestión del supuesto estrecho de Fuca, y hubo de organizarse otra expedición: la de Valdés y Alcalá Galiano en la *Sutil* y *Mexicana* (1792), que deshizo del todo la patraña del pretendido navegante Apostolos Valerianus, pero también con la feliz circunstancia de que sus dibujantes nos legasen interesantísima documentación gráfica, bien conocida de los estudiosos de Norteamérica y Canadá y digna de que vea la luz, conjuntamente con la de Malaspina, en obra que despertaría enorme interés, como se demostró en la exposición que organizó nuestro Museo Naval, conjuntamente con el Municipal de Arte de Oakland, no hace mucho.

En la conmemoración actual de Fray Junípero todos estos documentos cobran especial importancia al considerar esos únicos testigos de las tierras y de los hombres que conoció el incansable andariego y santo fraile mallorquín. Porque sin la Marina no se hubiera podido extender esa acción que hoy nos maravilla, lo que confirma cuanto afirmaba Fray Luis de Granada en su *Symbolo* de que por la navegación también navega la fe hasta el cabo del mundo.

J. G.



Vista del fuerte de Monterrey.



El despacho de Fray Junípero en la Misión de San Carlos Borromeo (Carmelo de Monterrey) tal como quedó el día de su tránsito.

Fray Junípero Serra, el fundador

Por DARIO FERNANDEZ-FLOREZ

Los españoles somos poco aficionados al regodeo del recuerdo. A esa rebusca del tiempo perdido, para decirlo con frase proustiana. Como somos más activos que contemplativos, tenemos siempre prisa por tirar hacia adelante, hacia el futuro que podemos crear, olvidando un pasado que, como ya fue, ofrece menos interés para nosotros. Carecemos, pues, en general, de ese sentido historicista, tan acusado en las últimas décadas de nuestro siglo.

Esta carencia produce una cierta ignorancia de nuestra historia, incluso de nuestra más grande historia. Que tiene su paralelismo individual en esa otra escasez de personales memorias, de relatos autobiográficos, de relaciones y recuerdos de la vida pasada. Y cuando algún español

Estela pétrea tallada por el escultor tarraconense José Cañas, que figura en la Misión de San Carlos. La leyenda dice así: «Misiones españolas en América.—En el año del Señor 1948, el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid ofrece este monumento en conmemoración de la obra misionera de España en California.»

coge la pluma para tratar del pasado histórico de su pueblo, o de su propio pasado personal, lo hace siempre de una manera realista, sin deformaciones imaginarias. Valga como notable ejemplo de lo dicho el *Poema de Mio Cid*, escrito por un juglar anónimo en los comienzos del siglo XII, y la «verdadera y notable relación» de Bernal Díaz del Castillo, un modesto soldado de Cortés que relata la conquista de México en los finales del XVI. Porque ambos relatos—dedicado el primero a unos hechos ajenos y el segundo a una experiencia propia—muestran unas sorprendentes y profundas analogías: exactitud geográfica, veracidad histórica y, especialmente, un sincero realismo, absolutamente humano; es decir, que muestran al héroe como hombre, con sus defectos, sus horas malas y hasta sus temores. Algo bien distinto de esas gestas carolingias, burgundas, germánicas o eslavas, donde los héroes son desorbitados por el orgullo nacional y por la más inverosímil fantasía.

Asombrosa empresa histórica

A nadie puede sorprender, pues, que, dada esta nuestra manera de ser, la mayor parte—salvada esta excepción de quienes nos interesamos por el pasado—se ocupe poco de su historia. Y especialmente de su quizá más grande y asombrosa empresa histórica, que es el descubrimiento, exploración, conquista y población de las Indias Occidentales, es decir, de casi todo el continente americano.

Esta historia es tan precipitada, tan vertiginosa, tan inverosímil, tan rica en personalidades sobrehumanas y tan frondosa en prodigiosos hechos, que, para gran parte de los españoles, aparece como una fábula maravillosa, como un fresco enorme del que tan sólo se recuerdan los nombres más grandes y los más destacados hechos.

Todo el mundo conoce, sí, algo de Colón, de Núñez de Balboa, de Hernán Cortés, de Pizarro y quizá hasta de Valdivia. Pero ¿quién sabe ya de Pedro de Alvarado, el de Guatemala; de Sebastián de Belalcázar, el de Quito; de Gonzalo Jiménez de Quesada, el de Colombia; de Hernando de Soto, el de la Florida; de Orellana, el del Amazonas; de Almagro, el de Chile; de Martínez de Irala, el de Paraguay, o de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, el máximo peatón americano, por citar tan sólo algunos nombres? Nombres

PERSONALIDADES SOBREHUMANAS

que no corresponden a conquistadores de segunda fila, pues lo son de primerísima, sino que sufren la sombra producida por el tremendo resplandor de los otros; nombres que son engullidos por esa vertiginosa y frondosa producción de personalidades y de hechos a que me he referido anteriormente.

Estoy seguro de que muchos aún desconocen la histórica figura de Fray Junípero Serra. Que tan sólo la minoría culta y más o menos erudita que se preocupa por nuestra historia americana sabe de este fraile que vivió gran parte de su vida como vivían los misioneros por aquellas tierras del Nuevo Mundo, que nacían para la cultura occidental, hasta que encontró la afortunada coyuntura para desarrollar su extraordinaria personalidad y entrar de lleno en la grande historia americana.

Tras los primeros años de la conquista, una vez sólidamente establecidos los españoles en Santo Domingo y Cuba, se comienza una incesante exploración de Norteamérica. Por la banda atlántica, Gordillo y Vázquez de Ayllón llegaron hasta el cabo Jear, en la Carolina del Sur. Por el continente, varias expediciones se pasearon trágicamente por la Florida, la posterior Louisiana y Texas, descubriendo el Mississippi, cerca de la actual Menphis, y dejando bajo sus aguas el cadáver de Hernando de Soto. A más de entrar hasta el río Colorado y de llegar Vázquez Coronado, en su búsqueda de las siete famosas ciudades de Cíbola, hasta Quivira, en el actual Estado de Kansas, comenzando también la exploración de la península de California.

Era aquél un hormigueante ir y venir de naos y de expediciones terrestres, para descubrir siempre una tierra más, una costa nueva; para alcanzar ese ignorado y misterioso Norte, ese paso del noroeste que fue el sueño de todos los navegantes, de todos los exploradores, de todos los estadistas norteamericanos. Y si Pedro Menéndez de Avilés consolidó, al cabo, la conquista de la Florida y fundó a San Agustín (1565)—la villa más antigua de los Estados Unidos—, dos siglos más tarde, por la costa del Pacífico, las naves españolas llegaban repetidas veces (del 1774 a 1779) hasta las costas de Alaska, ya apetecidas por los rusos de la emperatriz Catalina.

Con los exploradores y conquistadores —a veces antes—iban siempre los frailes. Ante todo, los franciscanos. Después, los dominicos, los agustinos, los mercedarios, los hospitalarios y los betlemitas. Y, ya a fines del siglo XVI, los jesuitas, tal vez los más rígidos y disciplinados. En este aspecto, resulta muy interesante una carta, fechada el 8 de mayo de 1588, escrita por el virrey del Perú, conde de Villar, a Felipe II, sobre los clérigos, frailes y prelados que más convenía recibir en el Nuevo Mundo. En dicha carta existe una alabanza a los franciscanos, «que son los que hacen la doctrina con mayor cuidado y ejemplo, y menos codicia...», mientras que se queja de los dominicos y mercedarios, porque *recibían en sus Ordenes demasiados mozos criollos y mestizos...*

La etapa inicial en México

Fray Junípero Serra era franciscano. Había nacido, el 24 de noviembre del año 1713, en la villa mallorquina de Pe-

La imagen de Fray Junípero en el Statuary Hall de Washington.





Cenotafio del padre Serra en la Misión de San Carlos Borromeo (Carmelo de Monterrey).

tra, hijo de un humilde matrimonio labrador. Según sus biógrafos, era hombre más bien carnoso y sonrosado, de voz atenorada y aspecto redondo y suave. Mas, bajo estas blandas apariencias levantinas, el fraile poseía una incansable energía, una tenacidad y una constancia que jamás se agotaban. Por lo demás, su inicial vida americana fue la de uno de aquellos misioneros que pasaban continuamente a las Indias, llenos de celo. El llegó a Veracruz el 7 de diciembre del año 1749, e inmediatamente se dirigió, con otro religioso, hacia la ciudad de México, demostrando ya aquí su energía, pues, rechazando mula y caballo, emprendió el viaje sin otra ayuda que el cayado y el breviario, como buen peatón franciscano.

Lo pasaron mal los frailes, pues aquellas cien leguas mexicanas del trayecto —más de trescientos kilómetros—atravesaban, primero, los sofocos de la tierra caliente y, después, los hielos de las altas montañas. Tan mal lo pasó Fray Junípero, que, de tanto patear, se le llagó el pie derecho, inflamándosele también la pierna.

Enfermedad de pie y pierna que le hizo sufrir mucho durante el resto de su vida, pero de la que no murió, quizá por no dejarse nunca tratar por físicos y cirujanos, sino tan sólo, en una ocasión, por un veterinario.

Una vez en México, Fray Junípero comienza una oscura etapa de misionero en Xalpán, por la Sierra Gorda, hasta que vuelve a la capital, llamado por el prelado del colegio franciscano de San Fernando, que pensaba enviarle a convertir a los indios apaches. Y es entonces cuan-

(Continúa en la página 66.)


MARIS PACIFICI,
(quod vulgò Mar del Zur)
cum regionibus circumiacentibus insulisque in eodem passim sparsis, novissima descriptio.
SEPTEMTRIO
AMERICAE SEPTEM TRIONALIOR PARS.
In China regione, Iapania aliisque insulis vicinis, messis multa Christianorum: quorum indies nove colonię ducuntur, patribus societatis Iesu fidis operariis.
Tartariæ limites.
ASIAE PARS ORIENT.
CHINAE REGNI PARS
Isla de Plata
Iapan ins.
Quivira
Noua Hispania
Cuba
Spagnola
MARIS ATLANTICI, SIVE MAR DEL NORT PARS.
Cirtulus Cancri
MARE PACIFICUM, QUOD VULGO NOMINANT MAR DEL ZUR.
Islas de Lucois
Philippinas
Circulus Aequinoctialis
Nova Guinea, quibusdam Terra de Piccinacoli.
Insulæ Salomonis.
Circulus Capricorni.
Caribana.
Quito.
AMERICAE MERIDIONALIOR PARS.
Peru.
Charcas.
Chili.
Patagones.
Archipelagus insularum.
Fretum Magellanicum.
Mar del Nort.
Tierra del Fuego.
Prima ego velivolis ambivi cursibus Orbem, Magellane novo te duce ducta freto. Ambivi, meritoq; vocor VICTORIA: sunt mi Vela, alæ; precium, gloria; pugna, mare.
SPE ET METV.
GENIO ET INGENIO NOBILI DN. NICOLAO ROCCOXIO, PATRICIO ANTVERPIENSI, EIVSDEMQVE VRBIS SENATORI, Abrahamus Ortelius Regiæ Mtis geographus lub. merito dedicabat.
1589
TERRA AVSTRALIS, SIVE MAGELLANICA, NONDUM DETECTA.
Cum privilegijs Imp. & Reg. Maies tatum, nec non Cancellariæ Brabantiæ, ad decennium.
MERIDIES.

EL HOMBRE Y EL MISIONERO

Por MARIO HERNANDEZ SANCHEZ-BARBA

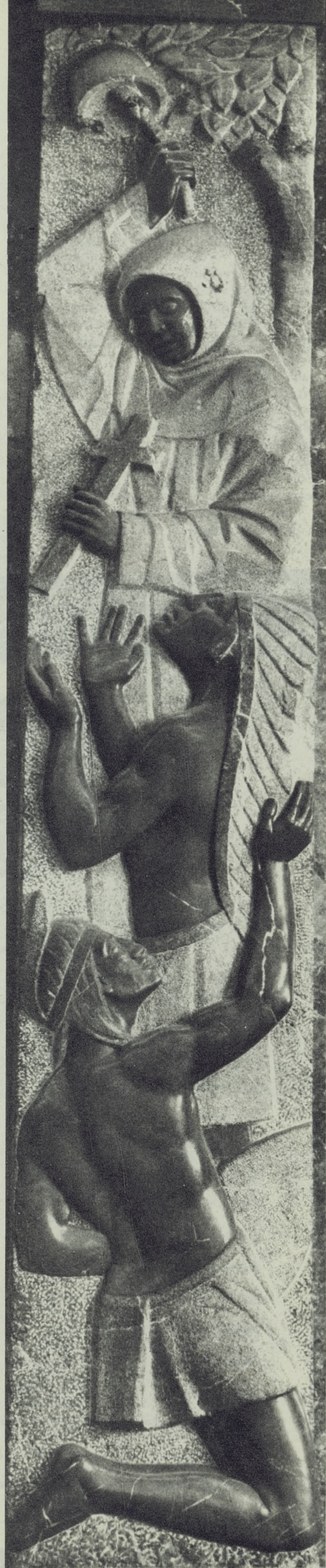


EN la pequeña villa de Petra, de la luminosa isla mediterránea de Mallorca, Margarita Ferrer, esposa ejemplar de Antonio Serra, traía al mundo el 24 de noviembre del año del Señor 1713 a Miguel José Serra Ferrer, cuya primera educación corrió a cargo de su virtuosa madre, que supo inculcarle entusiasmos religiosos y virtudes de rancia prosapia hispánica. Más adelante asistirá a las clases que los buenos frailes franciscanos del convento de su misma villa natal impartían gratuitamente a la chiquillería. Al terminar estos estudios, en los que destacó por su dominio del latín, el pequeño Miguel José manifestó sus deseos de tomar hábitos; su corta edad se lo impidió, pero en Palma tuvo ocasión de prepararse bajo la tutela de un sacerdote. Al cumplir los dieciséis años solicitó formalmente al provincial de la Orden de San Francisco su admisión como religioso, y, efectivamente, en el convento de Jesús, extramuros, vistió por primera vez el hábito, el 14 de septiembre del año 1730. Un año después profesaba en el mismo cenobio, tomando el nombre, que habría de glorificar, de Fray Junípero.

Muy pronto sobresalió por sus especiales condiciones para el estudio de la Filosofía y la Teología, en agudo contraste con su parvedad física. Nombrado lector de Filosofía antes de ser ordenado, comienza a despuntar por sus condiciones de pedagogo y por sus dotes de teólogo y orador sagrado. Nada le satisfacía tanto como volar en alas de la fantasía, en respuesta de su verdadera vocación, que le empujaba hacia el apostolado misionero en tierras de gentiles. Por fin había llegado su cédula de embarque, un día dichoso para él de marzo de 1749. El 13 de abril se había despedido de sus hermanos de religión. Poniendo de relieve su natural humilde, pidió perdón a padres y novicios, besó sus pies uno a uno y solicitó la bendición del superior para él y su acompañante, el padre Palou, que habría de ser su inseparable compañero y biógrafo en las singladuras misioneras.

Todas estas escenas pasaban rápidamente por la imaginación del joven franciscano que, inclinado sobre la mesa de una celda del convento de Cádiz, escribía una carta de despedida al religioso del convento de Petra fray Francisco Serra: «Amigo de mi alma: en esta hora me faltan las palabras, si bien me sobran los afectos para despedirme y para reiteraros la súplica de que consoléis a mis pobres padres, que no dudo se sentirán en gran aflicción. Yo quisiera poder infundirles siquiera no fuese más que un poquito de la grande alegría en que me siento inundado, y que me da fuerza para pasar adelante y nunca retroceder... Decidles que yo siento muy mucho no poder estar más tiempo cerca de ellos para consolarlos; pero pensando también que lo primero es lo primero, y que lo primero es hacer la voluntad de Dios antes que cualquier otra cosa, por amor de Dios los he dejado. Y si yo por amor de Dios los he dejado, será muy puesto en razón que también ellos, por amor de Dios, estén contentos de quedar privados de mi compañía...»

He aquí el hombre. Bajo el impulso de su llamada vocacional, abandona Mallorca, se aleja de sus padres—que han visto con profunda pena morir a tres de sus hijos—, sin fuerza para despedirse de ellos. Para sus padres van sus últimos pensamientos la víspera de su partida para las Indias, rumbo a las misiones de gentiles, a fin de cumplir como paladín esforzado las consignas evangélicas. De todos se va despidiendo en esta carta el padre Serra, el día 20 de agosto de 1749. Ahora se abre un paréntesis en su vida: va a entregarse, con toda la fuerza de su alma ejemplar, con todo el ardiente celo misionero que le envuelve y le perfuma, a su verdadera y anhelada tarea, la expansión generosa de la semilla de Cristo, el ámbar de las virtudes del seráfico padre San Francisco. Esta carta señala el eje central de la vida de Fray Junípero. Ante él, desde la ventana de su celda gaditana, se abre y se contempla la inmensidad atlántica, que ya hace mucho, por el esfuerzo de marinos españoles, ha dejado de ser Mar Tenebroso, para convertirse más bien en el Luminoso Océano por donde llega hasta el continente americano la fe de Cristo. No se atreve a pensarlo, acaso ni siquiera se lo imagina —su radical sentido de la humildad se lo impediría—, pero su nombre ya está destinado a figurar, con puesto preeminente, en la legión gloriosa de los difusores de esa fe.



La carta a Francisco Serra supone, efectivamente, la frontera que divide la biografía de Fray Junípero en dos etapas perfectamente diferenciadas. Su fondo es el de una despedida, en la que juegan básicamente los sentimientos de amor filial, fraternal; es el adiós de la entrega, el homenaje de adiós a todo cuanto había constituido los linderos de su sensibilidad como hijo de familia y miembro eminente de una comunidad religiosa. A partir de aquí, Fray Junípero se proyecta, como una centella luminosa y resplandeciente, hacia el firmamento de su verdadera vocación al servicio de Dios: la conversión de gentiles, empresa en la que iba a volcarse el frondoso ramillete de todas sus virtudes religiosas y humanas.

«El misionero». Tal podría ser el título sintético y representativo que resumiese toda la labor de Fray Junípero desde el momento en que, después de una dramática travesía del Atlántico, y tras breve escala en Puerto Rico—que aprovecha para desarrollar una fructífera misión—, pisa tierra mexicana, en la ciudad de Veracruz, el 7 de diciembre de 1749, y decide iniciar su labor evangélica con una preparación que implica un sacrificio y, en consecuencia, una renunciación. Se niega Fray Junípero a usar los carruajes preparados para el traslado de los misioneros franciscanos hasta el colegio de San Fernando de México, y, acompañado de otro fraile perteneciente a la provincia de Andalucía, decide hacer el durísimo viaje a pie. La consecuencia de ello fue una tremenda llaga que durante toda su vida hubo de martirizarle con agudos dolores e hinchazones de la pierna, que casi le impedían caminar. Buena entrada tuvo Fray Junípero en el campo misional. A sus treinta y seis años de edad, cuando alcanza la puerta del apostólico colegio de San Fernando, el día primero del año 1750, una multitud de méritos y virtudes acompañan a aquel pequeño fraile, cuyo corazón es incapaz de sentirse contenido en tan frágil armadura corporal, cuya alma, en su pugna por evadirse hacia Dios, agiganta la persona, negándose, por otra parte, a abandonar aquel cuerpo hasta poder presentar una labor efectiva.

Es verdaderamente increíble, por colosal, la labor misionera del padre Serra. Fueron primero las misiones franciscanas de Sierra Gorda o Cerro Gordo, en las que, como presidente, dejó manifiesta constancia de sus valores y dotes; después sería misionero volante por los cuatro obispados—La Puebla, Antequera, Valladolid y Guadalajara—integrados en el arzobispado de México, labor en la que perseveró durante siete años. Hasta que sobrevino la gran llamada. La disolución de la Compañía de Jesús imponía el relevo de sus eficaces misioneros; el rey había dispuesto lo hiciesen los franciscanos, al tiempo que se los utilizaría para una posible expansión hacia el norte. El superior del colegio de San Fernando pensó que nadie con mayores méritos que Fray Junípero para ocupar el puesto—delicado, ya que a las funciones puramente misioneras, en tal ocasión, había de unirse una función política—de presidente. En julio de 1767 se pone en camino el gran andarín, hasta llegar a Tepic, donde embarca todo el grupo con rumbo a California en el paquebote «La Concepción», desembarcando en la misión de Loreto el 1 de abril de 1767. Pronto entrará Fray Junípero en relación con otro gran personaje del siglo XVIII en la América española: José de Gálvez, el gran impulsor de la última expansión española en América; el último político español que tuvo en su mente, dibujada con gran claridad, la idea de Imperio. En el proyecto de Gálvez ocupan Fray Junípero y sus frailes un puesto eminente; es también la oportunidad, tan ansiada y esperada por el gran mallorquín, de tomar contacto con los gentiles. Nada importan los dolores de la llaga del pie; no se preocupa de la hinchazón de la pierna; pide que se le pongan los mismos emplastos que se hacen para las mataduras de las bestias, y asegura que se siente muy aliviado. Rechaza las parihuelas y se lanza hacia el norte. Y comienza la asombrosa labor misionera y fundacional de Fray Junípero: San Diego de Alcalá, San Carlos Borromeo, San Antonio de Padua, San Gabriel Arcángel, San Luis de Tolosa, San Francisco, San Juan Capistrano, Santa Clara, San Buenaventura, son los nombres que desgranan, como en un rosario, las alabanzas a su fundador, Fray Junípero Serra. Y en torno a cada una de estas fundaciones misioneras, ¡cuántas historias emocionantes de conversiones, cuánto amor derrochado a manos llenas y cuánta correspondencia hacia aquel admirable y santo Fray Junípero!

Con la misma placidez y humildad con que había vivido muere Fray Junípero Serra, en la ciudad incipiente de Monterrey, el día de la fiesta de San Agustín (28 de agosto de 1784), después de haber consagrado su vida por entero al servicio de Dios y de sus semejantes; de sus hermanos, los gentiles, que tuvieron en él oportunidad de contrastar toda la gama de valores que pueden concentrarse en un hombre arcangélico. Su biógrafo y fiel compañero, el padre Palou, dedica toda la segunda parte de su obra al relato pormenorizado de las virtudes del padre Serra. No hay exageración, no hay pasión de biógrafo; es la auténtica realidad. Todo aquel que tuvo oportunidad de conocerle se convertía, de inmediato, en su mayor admirador. Quizá no exista ninguna figura de la historia española en América sobre quien con mayor unanimidad recaiga la coincidencia de juicios y acciones. Ello, mantenido hasta nuestros días, resulta su mejor corona. Fray Junípero Serra, apóstol de California, si de sus padres y amigos se despidió con aquella carta que antes mencionamos, se despide ahora de sus queridos «gentiles», ya misionados, con sus oferentes manos completamente llenas. Obras son amores.—M. H. S.-B.



LOS FRANCISCANOS MALLORQUINES QUE MISIONARON EN CALIFORNIA

NOMBRE	FECHA Y LUGAR DE NACIMIENTO	AÑOS EN CALIFORNIA	FECHA Y LUGAR DE LA MUERTE
Jerónimo Boscana	23 Mayo 1776 Lluchmayor	1806 - 1831	5 Julio 1831 (San Gabriel)
Juan Cabot	9 Marzo 1781 Buñola	1805 - 1835	(¿España?)
Pedro Cabot	3 Octubre 1777 Buñola	1804 - 1836	11 Octubre 1836 (San Fernando)
Juan Crespí	1 Marzo 1721 Palma	1769 - 1782	1 Enero 1782 (San Carlos)
Francisco Dumetz	1734 Palma	1771 - 1811	14 Enero 1811 (San Gabriel)
Bartolomé Gili	16 Febrero 1759 Artá	1791 - 1794	(¿España?)
Antonio Jaume	1757 Palma	1795 - 1829	1 Diciembre 1829 (S. Bárbara)
Luis Jaume	18 Octubre 1740 San Juan	1771 - 1775	5 Noviembre 1775 (S. Diego)
Francisco Palou	22 Enero 1723 Palma	1773 - 1785	6 Abril 1789 (Querétaro Méx.)
Mariano Payeras	10 Octubre 1769 Inca	1796 - 1823	28 Abril 1823 (Purísima)
Miguel Pieras	1741 Palma	1771 - 1794	14 Abril 1795 (S. Fernando Méx.)
Antonio Ripoll	27 Marzo 1785 Palma	1811 - 1828	(¿España?)
Mariano Rubí	26 Marzo 1772 Lluchmayor	1790 - 1794	(¿España?)
Juan Bautista Sancho	1 Diciembre 1772 Artá	1804 - 1830	9 Febrero 1830 (San Antonio)
Junípero Serra	24 Noviembre 1713 Petra	1769 - 1784	28 Agosto 1784 (San Carlos)
Buenaventura Sitjar	9 Diciembre 1739 Porreras	1771 - 1808	3 Septiembre 1808 (San Antonio)

Xilografías Guasp

MANUEL CALVO HERNANDO

Misión de San Diego de Alcalá, fundada por Fray Junípero el año 1769.

apoyo estatal a la evangelización

UNA autoridad como el doctor H. Bolton, historiador de la Universidad de California, ha escrito esta frase significativa: «América fue el don que a Europa hicieron España y Portugal... En cincuenta años los hijos de Iberia enseñaron al mundo la más extraordinaria lección de geografía que jamás había recibido durante ningún otro medio siglo de historia.» Y añade el profesor Bolton, refiriéndose a Fray Junípero: «En Mallorca hay un monumento que le conmemora como héroe español. En Washington, una estatua que le consagra como héroe de California. Y algún día habrá también en México una estatua suya. Entonces esos tres monumentos simbolizarán la herencia común de España, México y California.» Y es que el reconocimiento norteamericano de la importancia de su ascendencia española resulta realmente conmovedor. Podríamos citar muchos testimonios más. Todos ellos coinciden en enorgullecerse de su herencia hispánica, una herencia que ha sido calificada en Estados Unidos como «la piedra angular del arte, la literatura y los sentimientos de California».

En estos años en que, prendidos e incitados por el futuro, parece como si estuviera de moda el olvido de la tradición y de las raíces, es bueno recordar que un autor moderno norteamericano, P. Hanna, también afirmó lo siguiente: «Tras cada californiano, lo mismo si es nativo que adoptado, existe un noble linaje. En

poco más de siglo y medio, California ha dejado de ser una tierra de bárbaros para convertirse en una de las comunidades más progresivas del mundo. En ella se ha desarrollado una verdadera aristocracia, fundada sobre un extraordinario, si no fenomenal, archivo de proezas individuales y colectivas.

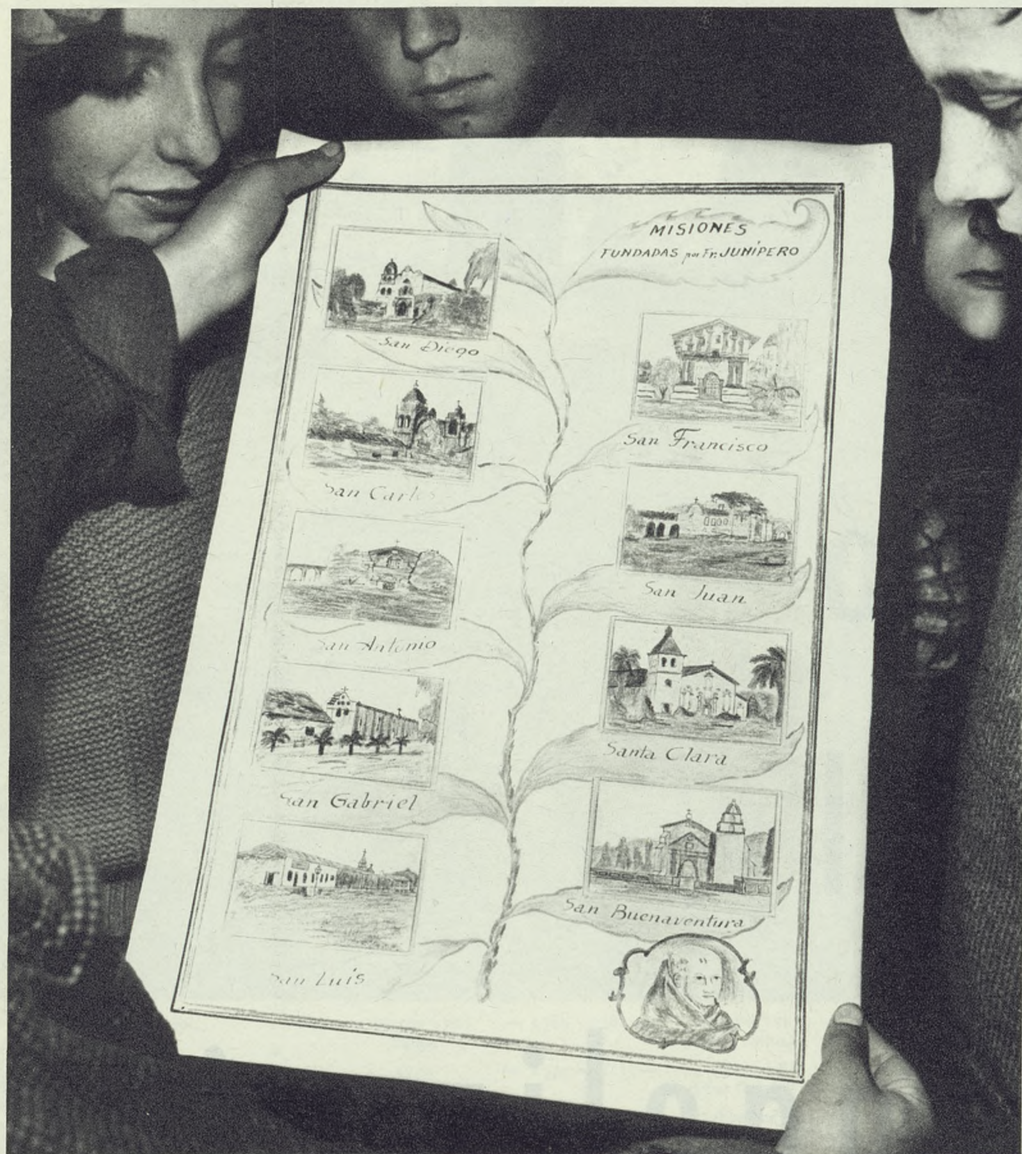
Los españoles trajeron a California el romanticismo, la imaginación y la apreciación de la belleza que son inherentes a su raza. La contribución de ellos a la cultura esencial fue básica y de la mayor importancia. Los californianos modernos tienen una gran deuda hacia ellos por las cualidades con que los enriquecieron.»

Iglesia y Estado

Porque la característica más importante de la colonización española en el sur

siones extendidas sobre setecientas millas a lo largo de la costa de California fueron establecidas en el breve período de tiempo comprendido entre 1769 y 1823. «La breve era española de cincuenta y tres años—se ha escrito—legó a los californianos modernos una crecida herencia, muy en desproporción con su brevedad.» Y otro escritor americano actual afirma: «Las misiones franciscanas de California son la huella física de una de las insignes empresas de la historia escrita. Con toda seguridad no existe en la conquista de los actuales Estados Unidos por el hombre blanco ningún episodio más asombroso.»

La Iglesia y el Estado caminaban unidos por un mismo impulso cristianizador y civilizador. Las expediciones se ordenaban desde México. El virrey Antonio Bucareli, a quien Chapman presenta como



Las misiones fundadas por el Venerable Serra, en un cartel dibujado por los escolares de su villa natal.

de los Estados Unidos, y especialmente de la tarea gigantesca de Fray Junípero, fue esta de ser adelantados de una organización estatal que funcionaba a pleno rendimiento. No se trataba ya de los apóstoles o de los conquistadores aislados del siglo XVI. Estamos en el siglo XVIII, y el Estado español ha adquirido una madurez que le permite actuar como retaguardia eficaz en los avances civilizadores. La obra fabulosa de Fray Junípero Serra se explica no sólo por la inteligencia, el entusiasmo y el espíritu cristiano del misionero, sino porque detrás de todo esto había un país organizado. Las veintiuna mi-

«recto, emprendedor, generoso, de pensamiento claro y sinceramente religioso». ordenó diversas expediciones y exploraciones. «El fue—afirma el profesor Keys, de la Universidad de Portland—el responsable de la valiosa exploración de Juan Manuel de Ayala, que recorrió y cartografió la bahía de San Francisco, descrita por él como «la mejor que había visto en aquellos mares desde el cabo de Hornos hacia el norte». El 17 de febrero de 1779 escribía Bucareli estas palabras, que bien pueden repetirse como una gran lección: «Siempre he mirado la conservación de esos establecimientos como uno

Monumento juniperiano en bronce, obra de Sallie James Farham. Fue inaugurado el mes de noviembre de 1925, en la Misión de San Fernando.



Esta Misión de San Juan Capistrano ha sido creada por Fray Junípero el año 1776. La iglesia, de 60 metros por 30, tiene forma de cruz y está considerada como una de las más bellas entre las 21 fundadas por los franciscanos españoles a lo largo de la costa californiana.

de los primeros cuidados del Gobierno.»

La actitud del virrey Bucareli, típica de aquella época hispánica, se halla expuesta con toda claridad en la carta dirigida al comandante militar capitán Fages de fecha 18 de marzo de 1772: «Encargo a Vm. muy estrechamente guarde buena armonía con los padres misioneros y que los deje obrar libremente en sus fatigas apostólicas, ayudándoles con todos los auxilios capaces de conseguir..., para lo cual convendrá mucho que Vm. les facilite las escoltas y demás avíos de su subsistencia con atención a la liberal mano del Rey que mantiene esas misiones con el católico y ardiente deseo de que se propague el Evangelio.»

En 1766, otro virrey de gran capacidad y decisión, el marqués de Croix, había también puesto de relieve esta cooperación de la Iglesia y el Estado, tan característica de la tarea misional y civilizadora de España. El marqués de Croix estableció un departamento en San Blas, que se convirtió en un puerto de aprovisionamiento para las avanzadas septentrionales del futuro.

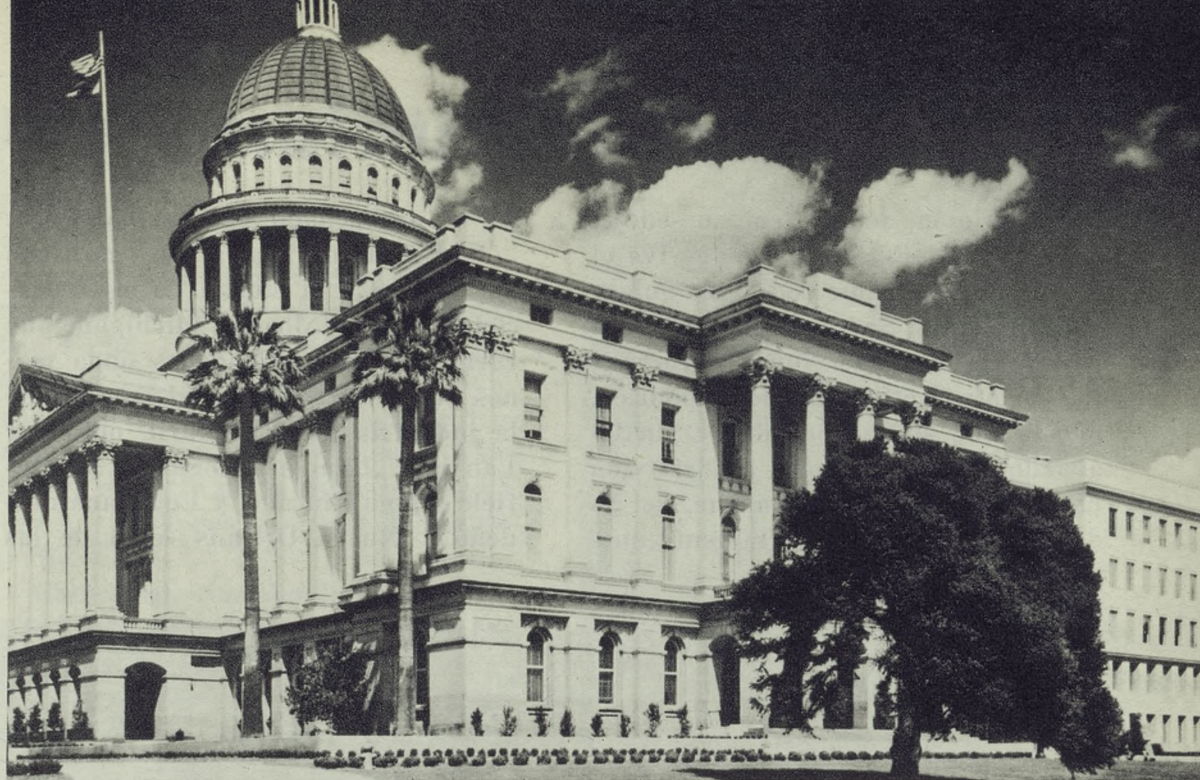
La prosperidad material

Fray Junípero, al sembrar la fe y la religiosidad, sembró también la prosperidad material. Pero ésta era la tónica general. El 14 de julio de 1771 fundó la misión de San Antonio de Padua. El mantenimiento de la población dependía principalmente, dice Keys, de los asombrosos sistemas de irrigación construidos por el padre Sitjar: «Con la habilidad de un moderno ingeniero construyó en primer lugar una presa cerca del río San Miguel. Cuando el hambre de 1772 le convenció de que la pequeña corriente era suficiente para garantizar la seguridad, emprendió animosamente la inmensa tarea de utilizar las aguas más abundantes del río San Antonio.»

Y Berger rinde igualmente tributo a la hazaña ingenieril del padre Sitjar: «Con una eficacia y un conocimiento que le califica como uno de los más diestros mecánicos del período misional, él construyó una segunda presa, que se extendía más de tres millas sobre cañón. Por medio de diques, acequias, canales de albañilería a través de las quebradas y las artesas, teniendo en algunos sitios que excavar los cantiles de arenisca, consiguió traer el agua hasta un depósito próximo a la plaza de la Misión. Construyó un molino movido por una rueda hidráulica, con el cual se conseguía la mejor harina de toda la provincia. Buen número de las veinte millas de zanjas existen todavía para demostrar la magnitud de la empresa. La eficiencia de su nivelación ha quedado establecida por su uso constante en la actualidad por los propietarios de ranchos situados en las cercanías.»

Una fe viva y profunda, un espíritu misionero servido por hombres de Dios, una conjunción feliz de esfuerzos en lo espiritual y en lo material. He ahí las notas principales de la presencia histórica de España en América y lo que la distingue de otros tipos de colonización civilizadora. De otras naciones se podrán decir muchas cosas favorables y positivas; de España se ha podido afirmar allí mismo que todavía en la actualidad «se halla viviendo vigorosamente en California». Esta es nuestra mayor alegría. - M. C. H.

RAFAEL
SALAZAR



SACRAMENTO

la capital del Estado de California



Arriba: el Capitolio del Estado. Abajo: una calle céntrica de Sacramento.

ACASO lo primero que llame la atención del viajero por tierras californianas, por esas tierras que un día lejano evangelizó Fray Junípero Serra, sea el hecho de que, pese al tiempo transcurrido, se tropiece a cada instante con recuerdos del glorioso pasado español, y que españoles sean, todavía ahora, los nombres geográficos de casi todo el Estado. El californiano de hoy repite en español esos nombres sonoros de ríos y ciudades, de valles y montes, porque españoles fueron los que así los bautizaron: San Joaquín y Santa Clara, San José y San Luis Obispo, San Francisco y Los Angeles...

Causa sorpresa también el descubrimiento de la capitalidad del Estado, que no es San Francisco, una de las más bellas ciudades norteamericanas, puerto el más importante de la costa del Pacífico; ni Los Angeles, la mayor aglomeración urbana de todo el país; ni siquiera San Diego, base naval y centro militar de primer orden. No, la capital de California es Sacramento, y allí, en Sacramento, no en San Francisco, ni en Los Angeles, ni en San Diego, donde está el Capitolio, por cierto uno de los más hermosos de

El río fue descubierto por los españoles

toda la Unión, donde tiene su sede el Congreso del Estado y donde vive el gobernador. Sin que todo esto quiera significar que Sacramento sea, pura y simplemente, una ciudad burocrática, sin otra actividad que la política, puesto que sin gobernador y sin legisladores, sin Capitolio, tendría vida propia y próspera. Y sin que, por lo demás, el hecho sea ciertamente nuevo ni excepcional en Norteamérica.

El Estado de Nueva York no tiene por capital a la ciudad de los rascacielos, sino a Albany; Michigan, que cuenta entre sus ciudades nada menos que a Detroit, capital mundial de la industria del automóvil, optó por Lansing; Illinois escogió a Springfield y no a Chicago, y Louisiana desdeñó a Nueva Orleáns—otra de las ciudades con personalidad propia, de la que no se olvida jamás quien haya tenido la suerte de visitarla—y su capital es Baton Rouge...

California, a la cabeza...

De Sacramento, con sus ciento noventa y pico mil habitantes, cifra ri-



un día de Jueves Santo

dícula si se compara con la de San Francisco o la de Los Angeles, apenas si se ha oído hablar, e incluso entre los norteamericanos que no viven allí sería difícil conseguir demasiados datos concretos. Me atrevería a decir que infinidad de californianos no han estado jamás en Sacramento y que son legión los ciudadanos de otros estados que desconocen, no ya Sacramento, sino California. Si ello es así, imagine el lector la idea que, en general, se tendrá de California más allá de las fronteras del fabuloso Estado. Un Estado que, dicho sea de paso, acaba de superar al de Nueva York en lo que al número de habitantes se refiere, del mismo modo que ya antes le había dado alcance en cuanto a ingresos por habitante y año.

Hollywood, con sus famosos estudios cinematográficos, que no son los únicos próximos a Los Angeles, aunque sí los más conocidos, contribuyó sin duda a dar al mundo una visión del país—no de California, sino de los Estados Unidos en general—, pero muy probablemente una visión errónea: «cowboys» con pistola al cinto, indios con plumas sobre sus cabezas, «gangsters» de rostros patibularios a los que la Justicia no podía probar nunca sus delitos y periodistas que trabajan siempre, por supuesto que en mangas de camisa, pero sin quitarse el sombrero y con los pies sobre la mesa, postura que uno se atreve a suponer muy incómoda para trabajar.

California, que hace veinticinco años era el séptimo de los estados de la Unión en número de habitantes y que hace diez pasó a ocupar el tercer puesto, se encuentra ya, desde hace muy poco, a la cabeza de todos. Las gentes que antaño iban allá en busca de riquezas—tras de una mina de oro—tienen ahora otras razones, quizá no menos importantes: el clima suavísimo, la agricultura, muy floreciente; el establecimiento de las grandes presas que proporcionan electricidad barata, agua abundante para las tierras y facilidades para la navegación fluvial... Pero sólo el que va a California a tiro hecho, con un propósito concreto y definido, sabe algo de California y muy poco de su capital, esa bella ciudad que es Sacramento, situada no lejos de San Francisco.



Estrechas y empinadas calles conducen a la Colina del Telégrafo, en la ciudad de San Francisco.

El río Sacramento

Sacramento no fue la capital—no lo fue al menos definitivamente—hasta 1854. El Gobierno pasó de una a otra ciudad sin que los llamados a resolver el problema se decidieran por establecer definitivamente su sede. «Capitolio sobre ruedas» llegó a llamarse a ese constante traslado de los legisladores, que desde Puebla de San José, ciudad fundada en 1777 en pleno Valle de Santa Clara por catorce familias españolas, pasaron a Vallejo, donde una veintena de hombres trabajaron sin descanso por espacio de cuatro días para preparar la reunión de los diputados, y fueron luego a Benicia, población con su millar escaso de habitantes por aquel tiempo. Habían sido españoles, los nombres lo proclaman, quienes fundaron ciudades, bautizaron ríos y valles y establecieron las primeras colonias. Aunque no sea ése el caso de Sacramento, capital del estado, ciudad situada tierra adentro, en una región en la que nuestros compatriotas no se establecieron pese a que trescientos años antes de su fundación por el capitán John A. Sutter ya los nuestros habían ocupado muchas regiones californianas. A Sutter, que había nacido en Baden-Baden en 1803, y al que sus padres llevaron todavía niño a Berna, se debe el origen de la ciudad, aunque no su nombre ni el permiso para establecerse que hubo de conseguir en Monterrey del gobernador don Juan Bautista Alvarado. Fue este caballero español quien, ya adquirida la ciudadanía mexicana por el animoso joven nacido en Alemania y criado en Suiza, le concedió autorización para llevar a cabo su ambiciosa empresa, y con la máxima autoridad en aquellos parajes le dio el título de «Encargado de Justicia y representante del Gobierno en las fronteras del río Sacramento».



Este grupo escultórico del Capitolio de Sacramento recuerda la ayuda de Isabel la Católica a Colón.

California tuvo 10 gobernadores españoles

Porque ya existía el río, y a éste sí que fueron los españoles los que, al descubrirlo, lo bautizaron. Sin soñar con que un día, al correr de los años, iba a ser aquel nombre el que llevase la capital de uno de los más prósperos, ricos y florecientes estados del más poderoso país del mundo. Si Sutter, al establecerse en aquel paraje, decidió llamarlo Nueva Helvetia, mucho tiempo antes Moraga y sus hombres, todos ellos procedentes de la misión de San José, dieron al río que baña aquellas tierras el nombre de Sacramento, en atención a que lo descubrieron un día de Jueves Santo.

Colón, junto a Isabel

Suizo, alemán de nacimiento, fue Sutter, el fundador del fuerte en torno del cual se creó la ciudad; pero español es el nombre que a la ciudad se puso en homenaje al Santísimo Sacramento por los soldados de España. No hay actualmente en la capital una colonia española propiamente dicha, aunque sí es numerosa la mexicana, pero en la guía telefónica de Sacramento son muchos los abonados con apellidos tan españoles como Gómez y Martínez, Fernández, Pérez o Rodríguez. Con la particularidad de que muchos de ellos, que ni siquiera hablan nuestro idioma, tienen a gala que su nombre de pila aparezca en todas partes escrito en español. Nombres tan nuestros como Manuel o Antonio, José o Julio. El español es además, entre todos los idiomas extranjeros que se cursan en los centros de enseñanza oficial, el que tiene mayor número de adeptos, y no son menos elocuentes otras huellas de España.

En la rotonda principal del Capitolio hay un grupo escultórico, labrado en blanco mármol de Carrara, en el que, junto a Isabel la Católica, aparece Cristóbal Colón. Esculpidas en oro están las palabras que Isabel dijo al famoso navegante al prometerle su apoyo para la histórica empresa. Dispuesta estaba la reina, que sujeta entre sus manos un rico collar de pedrería, a empeñar sus joyas si el Tesoro no podía hacer frente a los gastos de la estupenda aventura que Colón intentaba. Un banquero de California, luchador de los primeros tiempos, pionero con suerte en sus empresas, regaló la estatua, en la que con la reina y el navegante aparece un paje. Y todavía hay más, incluso sin salir del edificio en el que se alojan ambas Cámaras y tiene su sede el gobernador. Porque en el primer piso, en torno a la balaustrada circular, exactamente sobre el vestíbulo en que está el grupo escultórico, aparecen las banderas que a lo largo de su historia tuvo California. Dos de ellas son españolas, como la dama egregia a las que todas dan guadia de honor. Una es el estandarte imperial de Carlos V, utilizado en los primeros tiempos; otra, la enseña roja y gualda que lo sustituyó.

La historia, en la pared

La historia del Estado, la historia de estas tierras, se ofrece al visitante aquí mismo, en el interior del Capitolio, en una serie de pinturas murales. En una de ellas, un grupo de



La estación terminal de Los Angeles en la zona del puerto.



Vista aérea parcial de San Diego, con un aeropuerto en la bahía.

indios contempla desde una playa, y no sin fundada inquietud, la llegada de una embarcación desconocida. En otra aparecen las misiones, una misión, en la que, bajo la amorosa mirada de los buenos padres franciscanos, trabajan los nativos rodeados del ganado, de los aperos y de las herramientas... Sin que falte, claro está, el recuerdo al descubrimiento del oro, hallazgo que transformó radicalmente la economía de California y que llevó hasta aquellas tierras a miles de forasteros que desde todos los rincones del país acudían en busca del precioso metal.

Mas todo esto ya es historia. Como lo es también el fuerte Sutter, que se conserva para recreo de los que acuden a recorrer sus estancias, o el Pony Express, la primera estación de la que salían a caballo los correos que establecieron las primeras comunicaciones postales entre Sacramento y otras ciudades más o menos próximas. Historia son las misiones y los presidios, los pueblos y los ranchos, e historia es recordar que antes de que un norteamericano empuñase las riendas del gobierno tuvo California nada menos que diez gobernadores españoles, desde Gaspar de Portolá, en 1769, a Pablo Vicente de Sola, en 1822...

Sacramento es hoy una ciudad moderna, próspera y rica, situada a medio camino entre las montañas cubiertas de nieve y las costas, de clima templado, del océano Pacífico. La floreciente industria y la riqueza agrícola de sus alrededores contribuyen a su esplendor actual. ¡Qué distinto todo esto de la lucha de los primeros tiempos!

Tierras de misión

De entonces quedan, con los sonoros nombres españoles, que aún hoy se repiten porque fueron respetados, los bellos parajes californianos que evocan en el viajero, sobre todo si el viajero es español, las estupendas hazañas de nuestros misioneros. De aquel Fray Junípero Serra que en los últimos tiempos, viejo y achacoso ya, recorría incansable, a lomos de una paciente mula, las misiones recién creadas, que soñaba con la fundación de otras nuevas y que, sin importarle la fatiga, sin prestar atención a los dolores de su pierna enferma, iba y venía de uno a otro confín de la California que estaba evangelizando.

Si alguna vez se detenía para contemplar unos instantes el azul de un mar infinito, tan distinto del de su Mediterráneo, o para admirar unas sencillas flores, quizá plantadas por sus propias manos, no podían prolongarse estos descansos porque la tarea era siempre mucha y muy urgente. Había que seguir bautizando, era necesario predicar, escuchar confesiones, acudir en auxilio de un enfermo, para sanarle, o de un desvalido indígena, para decirle al oído palabras de consuelo que levantasen su corazón. Para volver siempre, cada vez con mayor fatiga, con más dificultad, con menos fuerzas, pero invariablemente animoso y alegre, a su humilde celda de adobes de la misión de San Carlos de Monterrey, en la que había de exhalar su último suspiro. A los setenta y un años de edad y hace ahora exactamente dos siglos y medio de su nacimiento.

R. S.

DE MALLORCA



EL MISIONERO AGRICULTOR

Dicen los mallorquines que Fray Junípero fue un «calax de sastre». Cajón de sastre, efectivamente, el misionero isleño, que sabía de todo: construir una casa, levantar una tapia, podar unos almendros, injertar unos frutales, escribir un libro...

Fray Junípero, agricultor. Sus padres eran payeses. Les nacieron los dientes entre siembras y viñedos. Por entonces había en el pueblo muchas más vides, y se cultivaba una gran variedad de legumbres. El ser payés, a mi entender, tiene un matiz diferencial respecto de ser simplemente



labriego o campesino. El payés tiene algo de jardinero. Es como un horticultor doblado de floricultor. No hace falta demasiado esfuerzo para imaginar el esmero con que nuestro fraile trabajaría la feraz tierra de California, a la que dio la máxima prosperidad.

En una carta que le escribió Fray Junípero a su sobrino el capuchino padre Miguel de Petra le decía que, en efecto, el trigo de las Indias equivale a lo que en mallorquín se llama «Blat de les Indris». En otra ocasión Fray Junípero pedía injertos para California, que deseaba se le enviasen dentro de una olla. Lo primero que hacía antes de fundar una misión era buscar agua.

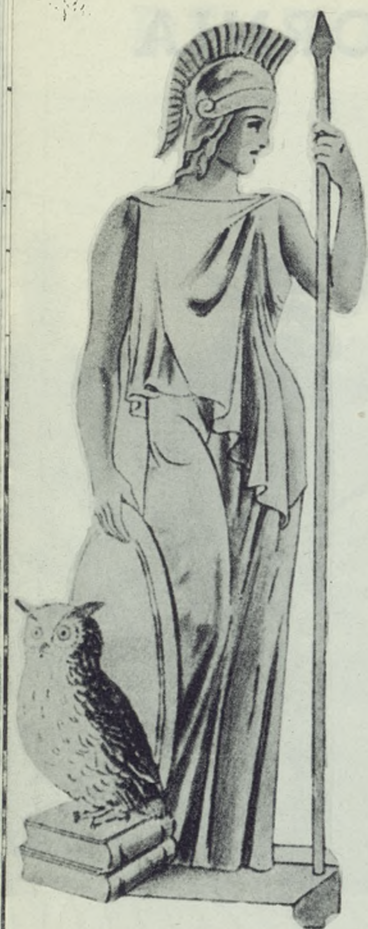
Después se inventaba acueductos para conducirla, que resultaban verdaderas obras maestras. Y, desde luego, él mismo trabajaba con los obreros en la construcción de templos y viviendas, recolectaba las cosechas y talaba los árboles.

Todo esto, sin duda, debió de facilitar su labor religiosa en aquellas tierras, pues el hecho de realizar casi milagros con los injertos y las podas contribuiría a su prestigio entre los aborígenes.

En la casita natal de Petra, arreos, monturas, azadas, colleras... Como agricultor y como viajero, Serra ha dejado estela entre los mallorquines, que—el pueblo de Sóller es un buen ejemplo—salen al mundo con sus frutos, exportan y acompañan ellos mismos sus mercancías, «misionan» a su manera.

Uno de los exportadores más importantes de la isla suele confesar en su tertulia de Sóller: «Muchas veces me ha dado moral en mis viajes el ejemplo de Fray Junípero.»

FEDERICO DIAZ-FALCON



Colegio ALAMÁN

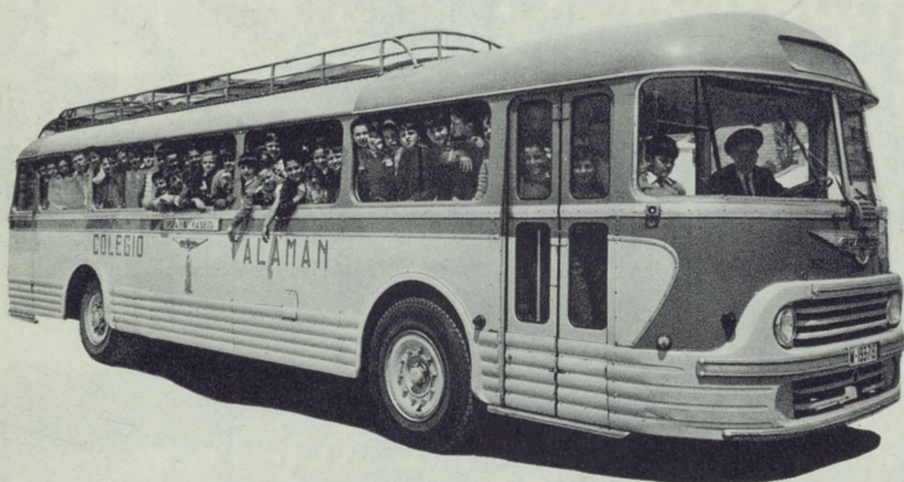
MADRID (**ESPAÑA**)

Alumnos internos, mediopensionistas y externos

Primaria, bachillerato, preparación de grados y curso preuniversitario

Una visita al Colegio Alamán

Un colegio de auténtica solera y modernísimas instalaciones. En este Centro modelo conviven en fraternal camaradería españoles, hispanoamericanos y extranjeros, atendidos por un profesorado competente y rodeados de toda clase de comodidades y medios para el estudio y el sano ejercicio físico.



ES una impresión gratísima la que produce la visita detenida a este Centro, en sus edificios de la calle de Pinar, 2, 4 y 6; en su Residencia y Jardín de Infancia de Pinar, 7, y, sobre todo, en el complejo situado en la finca Fuente del Olivo, denominado Colegio de Campo, a pocos kilómetros de Madrid. Esta finca, con más de 500.000 pies cuadrados, posee unas modernas instalaciones, donde el niño, desde la edad de tres años, encuentra un ambiente agradable, sano y comprensivo, que le hace ir a su Colegio con alegría y asimilar conocimientos, de una manera gradual y metódica, desde su más temprana edad hasta llegar a sus estudios universitarios.

En el Colegio de Campo conviven en fraternal camaradería españoles, hispanoamericanos y extranjeros, en régimen de internado y mediopensionado. En sus instalaciones deportivas—campos de patinaje, de baloncesto y de fútbol; frontón, aparatos de gimnasia y piscina—se forman cuerpos sanos y robustos; sus clases, aireadas con amplios ventanales (algunas de ellas al aire libre), equipadas con micrófonos y altavoces, para seguir la Dirección la marcha de los alumnos; su instalación de rayos X, sus museos de Física y Ciencias Naturales, laboratorio, etc.; su profesorado, con una plena dedicación a la alta tarea de la que son portadores, sirven de marco, acicate y directriz a unos alumnos a quienes espera un porvenir brillante, dentro de una vocación profesional ya encauzada desde los años de colegio.

El internado es en este Centro como una continuación del propio hogar; es un vivir en familia alrededor, en los ratos de esparcimiento, de las sesiones de cine, de televisión o de juego de pelota.

Si llegamos al Colegio durante las horas de clase, nos será difícil creer que en él hay cientos de muchachos. Las explicaciones del profesor discurren, claras y precisas, ante el grupo reducido de unos quince alumnos. Luego, la labor de cada uno de ellos se verá reflejada semanalmente en las calificaciones que reciben sus padres y en los exámenes trimestrales y finales, aparte del intercambio de impresiones con la Dirección del Colegio.







Es norma del Centro dar una importancia al estudio de idiomas en todos los cursos, a la exposición clara de ideas, oralmente o por escrito, con clases adicionales de ortografía y redacción. También se complementa la formación escolar con excursiones periódicas a museos, ciudades o lugares históricos, monumentos o países extranjeros, como las realizadas a Portugal, Marruecos o Francia.

En materia pedagógica, el Director de este Centro, don Manuel Alamán Velasco, su fundador y propietario, en su constante afán de renovación, ha conseguido asimilar, para su puesta en práctica en esta magna institución, los procedimientos, orientaciones y técnicas más adelantadas en materia docente que en la actualidad se ofrecen en los colegios más acreditados de España y el extranjero. Asimismo, merece destacar que la Dirección del Colegio tiene a la disposición de profesores y alumnos, para su consulta, una magnífica biblioteca con más de 10.000 volúmenes. De igual forma se preocupa de la parte moral y religiosa, que tiene confiada a celosos sacerdotes adscritos al Centro, que además de la dirección espiritual de los colegiales, actúan como profesores de Religión, ya que el Colegio ALAMÁN, sin descuidar el que sus alumnos brillen por el saber adquirido en sus cursos, trata de conseguir para ellos la necesaria pureza de vida, honestidad y buenas costumbres, que, en definitiva, contribuirán a formar su carácter.

J. A. P.









Vista parcial gráfica de algunas de las dependencias e instalaciones del Colegio ALAMÁN, en sus edificios de la calle del Pinar (Madrid) y Fuente del Olivo (Barajas).

BIO-BIBLIOGRAFIA

ENTREGA
DE LA CASA NATAL
DE FRAY JUNIPERO SERRA
A
D. JUAN C. CEBRIAN
REPRESENTANTE DE LA CIUDAD Y CONDADO
DE SAN FRANCISCO DE CALIFORNIA



PUBLICACIONES
DE LA
REVISTA DE LAS ESPAÑAS
N.° 13

CHARLES J.G. MAXIMIN PIETTE, O.F.M.

ÉVOCATION DE
Junípero Serra
FONDATEUR DE LA CALIFORNIE

(Sept Hors-Texte)

ÉDITIONS

Lecture au Foyer, 2, rue Chant-d'Oiseau, Bruxelles.
Granger Frères, 54 ouest, rue Notre-Dame, Montréal.
The Academy of American Franciscan History, Washington D.C.

JOSÉ VIDAL ISERN

LA ESTELA
DE
FRAY JUNÍPERO



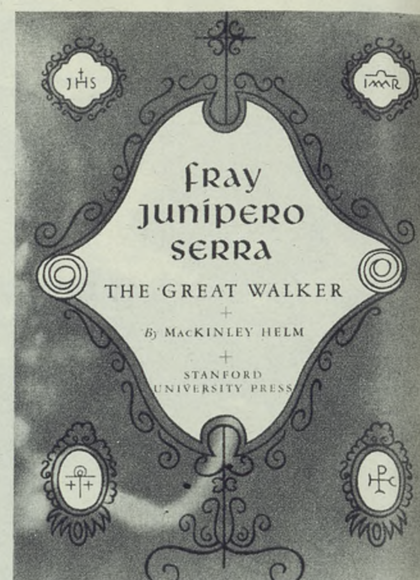
California's Missions
By Hildegarde Hawthorne



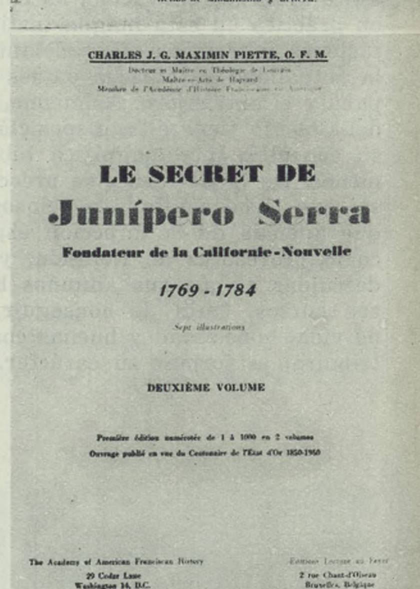
Drawings by E.H.Suydam

50 FICHAS JUNIPERIANAS

1. VENEGAS, V.: «Histoire naturelle et civile de la Californie enrichie de la carte du pays, et des mers adjacent». Año 1767.
2. CROIX, Marqués de (virrey de México): «Diario histórico de los viajes de mar y tierra hechos al norte de California». México, 1770.
3. PALOU, Francisco: «Relación histórica de la vida y apostólicas tareas del Venerable Fray Junípero Serra y de las misiones que fundó en la California septentrional y nuevos establecimientos de Monterrey». México, 1787.
4. FIGUEROA, José: «Manifiesto a la República Mexicana que hace el general Figueroa, jefe político de la Alta California, sobre su conducta y la de los señores don José María Hijar y don José María Padres, como directores de la Colonización en 1834 y 1835».
5. «Relación histórica de la vida del Venerable Padre Fray Junípero Serra. En Clavigero. Historia de la Antigua California». México, 1852.
6. JACKSON, Helen Hunt: «Father Junípero Serra and the Mission Indians of California». Boston, 1883.
7. ADAM, J.: «Life of Ven. Padre Junípero Serra, translated from Very Rev. Francis Palou». San Francisco, 1884.
8. MILLER, Cherter Gore: «Father Junípero Serra. A new original historical drama four acts». Chicago, 1894.
9. JACKSON, Helen Hunt: «Father Junípero and the Mission Indians». Boston, 1902.
10. TORRENS, Francisco: «Bosquejo histórico del Venerable Padre Fray Junípero Serra, fundador y apóstol de la California septentrional». Felanitx, Mallorca, 1913.
11. WILLIAMS, C. Scott: «Francisco Palou's Life of Father Serra». Pasadena, 1913.
12. FITCH, Abigail H.: «Junípero Serra: the man and his work». Chicago, 1914.
13. ENGELHARDT, O. F. M. Zephyrin: «Missions and Missionaries of California». San Francisco, 1913-1915.
14. A. S. C. FORBES: «California missions and landmarks. El camino real». Los Angeles, 1925.
15. RAMIS, Miquel: «Junípero Serra». Palma, 1931.
16. «Acceptance and Unveiling of the Statues of Junípero Serra and Thomas Starr King presented by the State of California. Proceedings in the Congress and in the Statuary Hall. United States Capitol...» Washington, 1932.
17. REPPLIER, Agnes: «Junípero Serra, pioneer colonist of California». Nueva York, 1933.
18. WATSON, Douglas, S.: «The Expedition into California of the Venerable Padre Fray Junípero Serra». San Francisco, 1934.
19. MORRISON: «Junípero Serra, Padre-pioneer, story of California's first Apostle Abridged from Fray Francisco Palou's Life of Junípero Serra». Santa Bárbara, 1934.
20. WAGNER, Henry R.: «Fages-Serra Letters. A. D. 1772». San Francisco, 1936.
21. CALLAHAN, Rev. Leroy: «Early Life of Serra These a Fribourg. Ms. dans Provincial Annals of Santa Barbara». Años 1941-1944.
22. «Pathway of the Padres. A tribute to Fray Junípero Serra. Published by the Third Order of St. Francis. H. M. Horrworth» (s. l.). Año 1942.
23. O'BRIEN, Eric: «The Apostle of California». Paterson, N. J., 1942.
24. HILDEGARDE HAWTHORNE: «California's Missions». Nueva York, año 1942.
25. HERRERA CARRILLO, Pablo: «Fray Junípero Serra, civilizador de las Californias». México, 1943.
26. PALOU, Fr. Francisco: «Evangelista del mar Pacífico, Fray Junípero Serra, padre y fundador de la Alta California». Madrid, 1944.
27. PALOU, Francisco: «Relación histórica de la vida y apostólicas tareas del Venerable Padre Fray Junípero Serra y de las misiones que fundó». Madrid, 1944.
28. CICOGNANI, Amleto C.: «Sanctity in America. Fray Junípero Serra». Santa Bárbara, 1945.
29. GEIGER, Maynard: «A Letter to Padre Junípero Serra». Santa Bárbara, 1945.
30. O'FARRELL, Michael J.: «Junípero Serra, Priest and Pioneer». Paterson, N. J., 1945.
31. MELON Y RUIZ DE GORDEJUELA, Amando: «Las exploraciones españolas en América del Norte alentadas por la obra misional de Fray Junípero Serra». Año 1946.
32. PIETTE (O. F. M.), Charles J. G. Maximin: «Evocation de Junípero Serra, fondateur de la Californie». Montreal, 1946.
33. PIETTE, Charles J. G. Maximin: «Le secret de Junípero Serra, fondator de la Californie Nouvelle. 1769-1784». Washington, 1948.
34. CASAS, Augusto: «Fray Junípero Serra, el apóstol de California». Barcelona, 1949.
35. VIDAL ISERN, José: «La estela de Fray Junípero». Palma de Mallorca, 1949.
36. O'BRIEN, O. F. M.: «Padre Junípero Serra». Los Angeles, 1949.
37. KEYS, James M.: «Las misiones españolas en California». Madrid, año 1950.
38. ZIEGLER, Isabelle Gibson: «The Nine Days of Father Serra». Nueva York, 1951.
39. PALOU, Francisco: «Palou's Life of Fray Junípero Serra. Translated, annotated by Maynard J. Geiger». Washington, 1955.
40. MAJO FRAMIS, Ricardo: «Vida y hechos de Fray Junípero Serra, fundador de la Nueva California». Madrid, 1956.
41. MACKINLEY, Helm: «Fray Junípero Serra». Stanford, 1956.
42. ENGELBERT, Omer: «Junípero Serra (1713-1784)». Nueva York, año 1956.
43. ENGELBERT, Omer: «Fray Junípero Serra (1713-1784)» (versión española de Margarita Nelken). México, 1957.
44. SANZ DIAZ, José: «Fray Junípero Serra». Plasencia, 1957.
45. WHITTING, George: «La cruz y la espada (Fray Junípero Serra)». Barcelona, 1958.
46. IGUAL UBEDA, Antonio: «Fray Junípero Serra». Barcelona, 1958.
47. RAMIS, Miguel: «Fray Junípero Serra, el gran misionero mallorquín». Palma, 1959.
48. MAYNARD J. GEIGER: «The Life and Times of Fray Junípero Serra, O. F. M., Or The Man Who Never Turned Back». Richmond, Virginia, 1959.
49. FELIX RIESENBERG, Jr.: «The Golden Road». Nueva York, 1962.
50. CEBRIAN, D. Juan C.: «Entrega de la casa natal de Fray Junípero Serra». Madrid (s. a.).







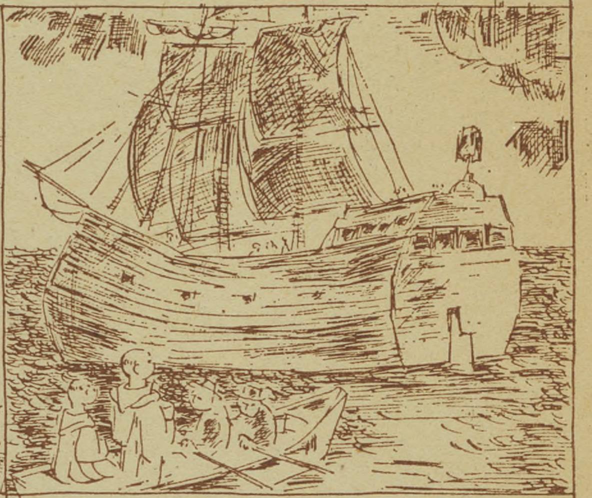


VIDA, TRABAJOS Y FUNDACIONES DE FRAY JUNIPERO SERRA


1713: NACIMIENTO, PATRIA Y PADRES DEL VENERABLE PADRE JUNÍPERO.
1


1731: TOMA DE HÁBITO Y EJERCICIOS QUE TUVO ANTES DE SALIR PARA AMÉRICA.
2


1749: LLÁMALO DIOS PARA DOCTOR DE LAS GENTES. SOLICITA IR A INDIAS.
3


1749: EMBARCASE PARA VERACRUZ Y LO QUE PRACTICÓ EN EL CAMINO.
4


1749: VIAJE QUE HIZO A PIÉ EL VENERABLE DSDE VERACRUZ EST MEJICO.
5


1750: SALE PARA LAS MISIONES DE LA SIERRA GORDA.
6

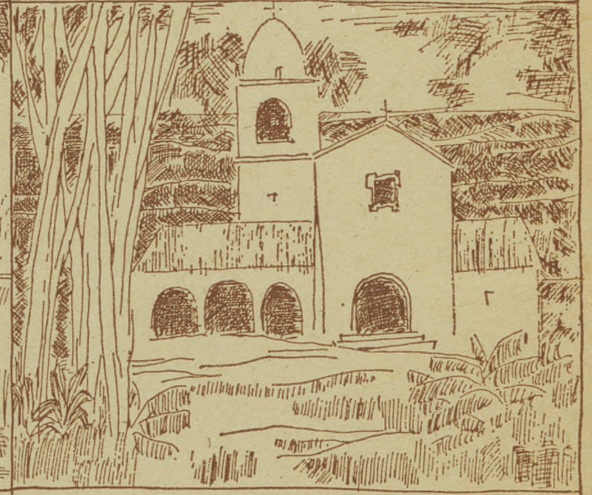

1767: PASA A LA CALIFORNIA CON 15 MISIONEROS.
7


1769: FUNDA LA PRIMERA MISIÓN, QUE DEDICÓ A SAN FERNANDO.
8


1769: FUNDA LA SEGUNDA MISIÓN, DE SAN DIEGO.
9


1770: LLEGA AL PTO DE MONTERREY Y FUNDA LA MISIÓN DE SAN CARLOS.
10


1771: FÚNDASE LA MISIÓN DE SAN ANTONIO DE PADUA.
11


1772: BAJA EL V. PADRE DE S. DIEGO Y FUNDA LA MISIÓN DE S. LUIS OBISPO.
12


1776: LLEGA SOCORRO DE TROPA Y FAVORABLES ÓRDENES. FUNDACIÓN DE SAN JUAN DE CAPISTRANO.
13

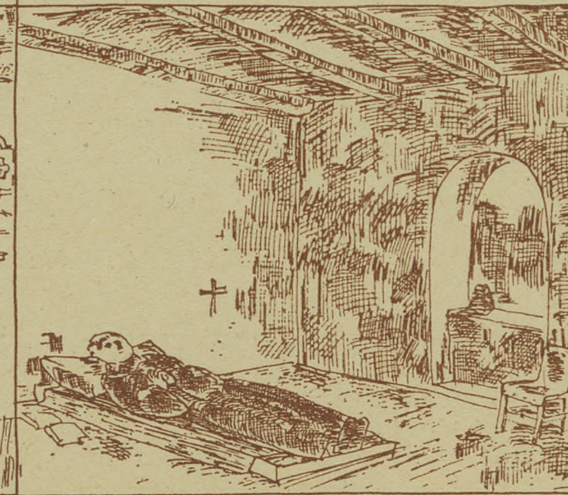

1777: FUNDACIÓN DE UN PUEBLO DE ESPAÑOLE TITULADO S. JOSÉ DE GUADALUPE.
14

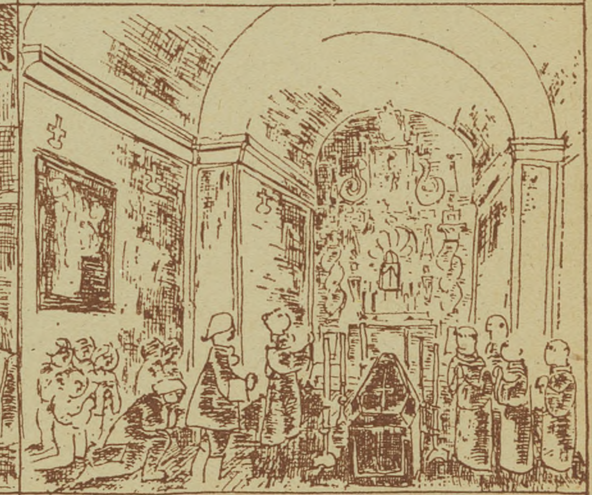

1777: RECIBE FRAY JUNIPERO LA FACULTAD APOSTÓLICA PARA CONFIRMAR.
15


1781: ESTABLECIMIENTOS DE LA CANAL DE SANTA BARBARA.
16


1781: FUNDA LA MISIÓN DE SAN BUENAVENTURA.
17

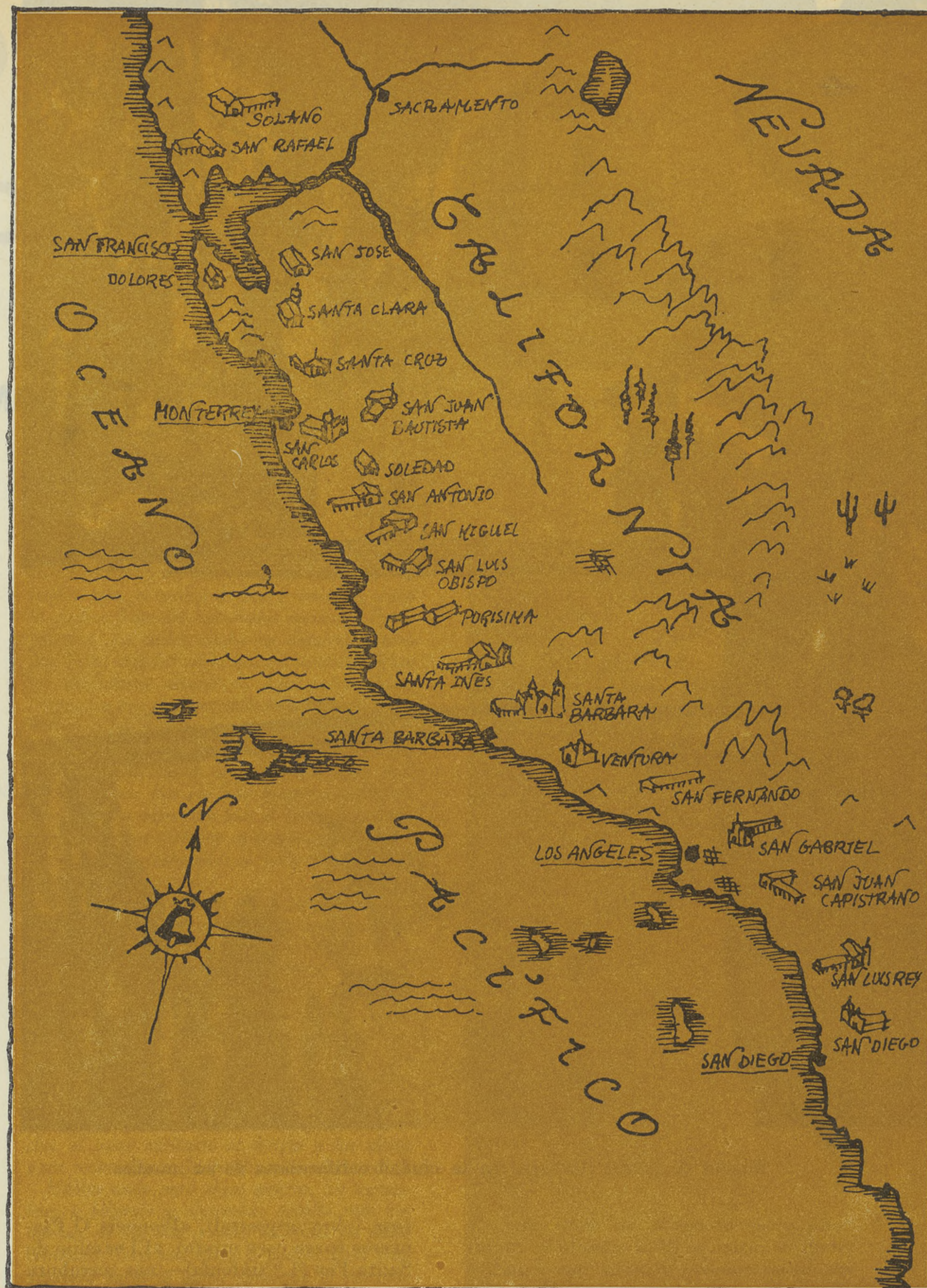

1784: ULTIMA VISITA QUE HIZO EN LAS MISIONES DEL NORTE.
18


1784: MUERTE EJEMPLAR DE FRAY JUNIPERO.
19


1784: SOLEMNE ENTIERRO QUE SE LE HIZO AL VENERABLE.
20

ENRIQUE
SANCHEZ
PEDROTE

Las misiones españolas en la música sinfónica estadounidense



Misiones de la costa californiana fundadas por fray Junípero y por los franciscanos españoles

Ya hicimos notar en ocasión anterior la gran atracción ejercida por el Oeste de los Estados Unidos sobre los compositores de esta gran nación. Dejemos a un lado las consideraciones de tipo comercial —el fabuloso señuelo de la dorada meca del cine— para recordar la presencia de las grandes rutas del Far West, sus inmensos desiertos, sus fantásticos «cañones», toda la Naturaleza, en fin, que se presenta como tema, avasalladoramente, ante los ojos de aquellos creadores de música. Es posible que ese hondo sentido telúrico, del cual habló más de un pensador de aquella orilla, se haga patente en el pentagrama de muchos poemas sinfónicos con la misma fuerza que en las páginas de las novelas o en las soñadoras descripciones de sus poetas.

Sin embargo, el Lejano Oeste se ha ido fraguando a través de siglos de presencia hispana. Y ya sabemos que los imperios pasan, las culturas se transmutan; pero en el sedimento popular permanece la canción, la danza o la conseja. Y ante ella se encontraron muchas veces los forjadores de partituras que tomaron esta zona de los Estados Unidos como centro de su interés artístico. Mucho podíamos hablar aquí de las huellas hispánicas en la música norteamericana, pero quédese tan sugestivo tema para otra ocasión y ciñámonos ahora al de las misiones españolas, fundadas allí por fray Junípero y sus compañeros. Al buscar la tradición californiana, el estadounidense siempre tropezará con algo que le recuerde la gesta inenarrable de los franciscanos misioneros. Los ejemplos que hemos entresacado no son los únicos, pero sí de los más expresivos en la temática de las misiones, como motivación de obras sinfónicas actuales.

Harl McDonald es «un producto del Lejano Oeste», según nos afirma John Tasker Howard, en *Our Contemporary Composers*. Nace al expirar el siglo XIX, en Colorado. Su madre es la primera profesora de música que tiene y, quizá por esta circunstancia, se nos muestra



Misión de Santa Bárbara, en la ciudad californiana de su nombre

compositor precoz a los siete años de edad. Se instruye en el manejo de diversos instrumentos. Amplía sus estudios en su propio país y en Alemania. Las tareas de instrumentista de MacDonald le llevan a actuar como organista, como concertista de piano, así como acompañante. Alguna vez es maestro de coros. Profesor en la Universidad de Pensilvania, realiza experimentos en colaboración con ingenieros y físicos del sonido, para buscar nuevos horizontes en las experiencias de la música electrónica, ayudado por la Fundación Rockefeller. También ha ocupado el cargo de *manager* de la Orquesta de Filadelfia. Pero a nosotros nos interesa su aspecto de compositor y, especialmente, como autor de obras que se encuentran en la clara línea del poema sinfónico.

Este artista norteamericano es una típica muestra de lo que aseguramos referente a la presencia de la desolada naturaleza occidental de los Estados Unidos en la música sinfónica. Una larga lista —«Leyenda del viajero de Arkansas» (obra orquestal), «Pioneers O Pioneers» (para coro mixto), «El camino de Santa Fe» (1.ª sinfonía)— nos corrobora este punto de vista. Especialmente su segunda sinfonía, subtitulada «Rumba», ofrece un movimiento cuyo título es enormemente evocador, puesto que, atraido por las antiguas tradiciones californianas, lo llama «Misión». No tenemos espacio para un análisis musical minucioso de la partitura, plena de resonancias hispánicas tamizadas por enormes influencias antillanas —el propio título de la sinfonía nos lo anuncia— y que no debe extrañarnos. Más próximos a nuestra mentalidad y a nuestra geografía se hallaban muchos compositores del siglo pasado (concretamente los galos) y vieron España y su música a través del aire binario y cadencioso de la habanera.

San Juan de Capistrano es el nombre mágico que ha servido de tema a obras de gran significación en el sinfonismo contemporáneo. A esta fundación la ha llamado Kurt Baer («Architecture of the California Missions») *la más romántica e importante de las misiones en ruinas.* Fue la séptima en la cadena de fundaciones, entre San Diego y San Gabriel, bendecida por el Padre Fermín de Lasuén el 30 de octubre de 1775, y abandonada al poco tiempo por la sublevación cruenta de los indios de San Diego. La segunda fundación o restablecimiento se hizo al año siguiente. Se hallaba piesente el Padre Junípero Serra, el Padre Amurrio —antiguo compañero de Lasuén— y el Padre Mugártegui. Históricamente, tiene una especial significación la iglesia de San Juan de Capistrano, porque en ella acostumbraba a celebrar Misa el gran fundador balear. Sigue llamándose aún «capilla del Padre Serra». Situada en un fértil valle, fructifica rápidamente la pequeña construcción que albergara a aquellos esforzados misioneros.

Una hermosa leyenda se ha tejido alrededor de San Juan de Capistrano: la «Romería de las golondrinas». Es tradición de que estas aves emigrantes llegan a la misión en una fecha invariable: el 19 de marzo. Y que regresan a su tierra invernal el 23 de octubre, sea cualquiera el clima de esta fecha de otoño. El día tiene una especial significación, ya que el famoso Santo murió el 23 de octubre, víctima de la peste. En homenaje a tal hecho, la leyenda señala que las golondrinas esperan el día del tránsito de San Juan de Capistrano para acompañar con sus cantos y evoluciones las fiestas conmemorativas.

Meredith Willson, flautista, compositor, director de orquesta de radio, también se siente atraido por California. Su primera sinfonía se subtitula «San Francisco». Más adelante se entusiasma con el tema de las misiones y surge la segunda sinfonía, en do mayor, «Misiones de California». Destaca en ella el tercer movimiento, un «scherzo», basado en la ingenua leyenda de las golondrinas. El aire movido se aprovecha en el tema dominante para ofrecernos el vuelo de los pajarillos en rapidísimas escalas cromáticas que llegan a regiones de extraordinaria altura. En el trío introduce un viejo canto tradicional indio, en el cual se hace ascender a un Ramón Yorba, último cantor de su raza en la misión, que se cree pertenece al siglo XVIII. Esta serenidad transitoria se vuelve a ver interrumpida por el veloz vuelo y los trinos de las golondrinas. La obra tiene una fuerte contextura que nos recuerda alguno de los más famosos poemas sinfónicos europeos.

No queda agotado aquí el tema de la hermosa misión de San Juan Capistrano, que, gracias al Padre O'Sullivan y al esfuerzo de otros compatriotas, se ha podido reconstruir en buena parte, sino que el mismo compositor del que hicimos mención anteriormente —Harl McDonald— dio a la publicidad una pareja de nocturnos, en 1938, cuyo título es el mismo: «San Juan de Capistrano» *(Two Nocturnes).*

Estas leves muestras son el reflejo de una gran producción musical, cuyo fenómeno, bajo el punto de vista hispánico, habla por sí mismo de las huellas que una cultura ha grabado de forma indeleble.

E. S. P.

entre los indios pames

por M. R. MAJÓ-FRAMIS

La enorme labor evangelizadora de fray Junípero en México no está divulgada como merece, por haber preferido los exégetas modernos la etapa final de California para su mayor exaltación. Y, sin embargo, en México se prefigura ya la santidad de este apóstol, que desde el Convento de San Fernando va a irradiar hasta los más difíciles y selváticos lugares, después de oir las palabras del Padre Guardián: «Estoy convencido de que alguno de los que ahora me escuchan no pararán mucho en esta santa casa y que, cobrando ánimos, marcharán a las misiones de Sierra Gorda.»

Y allá se fue, en junio de 1750, el franciscano balear con otros compañeros del Colegio fernandino. Para empezar, fray Junípero rechaza uno de los caballos preparados por los indios de Santiago de Jalpan, ya que prefiere ir a pie, en alpargatas, que al deshacerse en el camino son sustituidas por huaraches de cuero crudo. Y así llegó a Jalpan, «casi arrastrándose»; pero los dolores físicos no le importaban a aquel sufridor excepcional que sólo deseaba estudiar la situación y conocer inmediatamente las circunstancias que hicieran fracasar a otros misioneros, para superarlas. El indio pame actuaba acosado principalmente por el hambre, y fray Junípero pensaba que la atracción debía iniciarse en condiciones de que desapareciera la miseria atávica que venía soportando. Miseria corporal y espiritual, pues el Padre Soriano, que también misionó entre los pames, asegura que «el tratar con ellos es lento y dilatado martirio..., raramente agradecen el beneficio..., son muy maliciosos..., muy flojos y sólo les agrada andar por el monte como fieras».

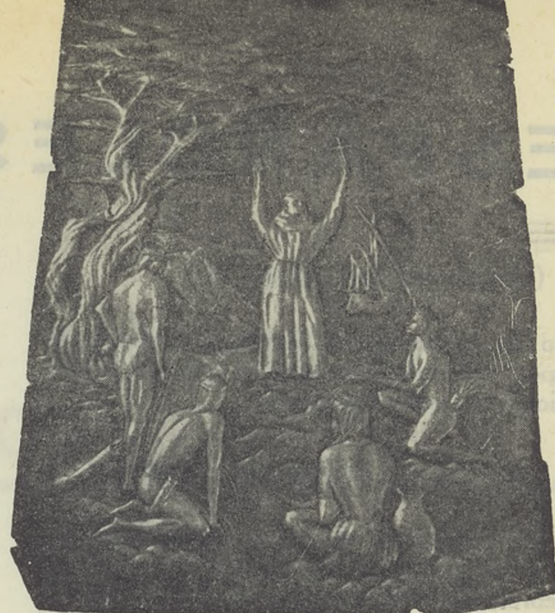
Toda la Sierra Gorda —o Cerro Gordo— era el refugio de los indios, que acosaban, asaltaban y mataban, sin que fuera fácil contener este alud de las alturas, que traía en jaque a las autoridades y a los soldados y que obligaba a los habitantes de los poblados a permanecer en guardia para evitar las trágicas sorpresas. Y aún así, la fuerza armada de poco servía contra los pames, «a causa de que aunque salgan las autoridades locales a combatirlos, la fragosidad del país los ampara por no poderse andar en él a caballo».

Pero donde las armas carecían de efectividad llegó la palabra evangélica que todo lo puede si es reiterada por seres colmados de virtudes, como lo estaba el Padre Serra. Encomendada la conquista y colonización de Sierra Gorda a don José Escandón, se habían fundado las misiones de Santa María del Agua de Landa, Nuestra Señora de la Luz de Tancoyol, San Francisco del Valle de Tilaco y San Miguel de Concá. Así se iba apretando el cerco de salvación. «En torno del manchón de gentilidad se tendió, pues, el cordón de San Francisco», según la gráfica frase del historiador mexicano Pablo Herrera. La lucha estaba en desarrollo, pero una lucha singular en la que los vencidos serían los verdaderos vencedores. Las enfermedades originadas por el clima caliente y húmedo diezmaban a los frailes. Y por si eso no bastara, surgía siempre, en último término, el valladar del idioma, la dificultad de la comunicación oral con los pames. Por eso fray Junípero se dispuso a permanecer entre ellos todo el tiempo que fuera necesario, para dominar su lengua, para participar en sus costumbres y para enseñarles a subsistir... trabajando.

Su milagro de cada día era el ejemplo que daba a los indios. Se encargó de las ocupaciones más penosas, acarreó materiales, alzó muros, trabajó en cuanto fue necesario, para lograr al mismo tiempo que mano de obra, el sentido de responsabilidad del indio, del que antes carecía. Y con las prescripciones sociales, con los principios morales, los aperos, las semillas, los ganados... No conoció nunca el descanso fray Junípero, adelantando todas las etapas posibles. Ya proporcionada la casa humilde, que sustituía a la covacha, el santo misionero se dirigía a las almas para redimirlas en la purificación sacramental.

Hábito raido para obras enteras. Su compañero y biógrafo se alarmaba: aquella vida tan intensa, de tan alto y noble sacrificio, no podía continuar. Dios sólo exige lo posible. Pero fray Junípero hacía la menor concesión al descanso para que toda la Sierra Gorda —que cubre parte de los Estados de Guanajuato, Querétaro, Hidalgo y San Luis de Potosí— oyera la voz del Evangelio. Para ello tuvo que llegar a dominar la lengua pame como si fuera su dulce mallorquín. Así enseñó a rezar directamente a los indios durante casi nueve años. ¡Nueve años de fe, de esperanza y de caridad!

En todo ese tiempo fue sacerdote, constructor, labrador, médico, maestro. Fray Junípero ganó al indio pame utilizando incluso la música y la representación teatral. Domó sus instintos y le hizo hombre útil, redimiéndolo para la vida social. Asombra la actividad misionera del Venerable en aquellas tierras, antes inhóspitas, y después recuperadas para la civilización. Por eso, cuando, obligado por la obediencia, tuvo que dejarlas, sintió una amargura infinita. Pero su obra quedaba vigente. Las misiones ya podían continuar. La Virgen ya recibía culto de los adoradores de la diosa Cachum, y los pobladores se dirigían a la Sierra Gorda sin temor. Su labor apostólica estaba, pues, consolidada.



Bajorrelieve en cobre, del Museo de Petra



Estatua del Padre Serra, en San Diego

Destinado a sustituir a los mártires de San Sabá, en la lejana Texas, tendría que emprender la evangelización de los feroces indios apaches. Pero el hombre propone y Dios dispone. Y no sería Texas sino California el lugar de su glorificación.

ESPAÑOLES EN NORTEAMERICA

(*Continuación de la página* 46.)

do dos circunstancias históricas le ofrecen la oportunidad de desarrollar su vocación fundacional, su genio organizador.

HACIA EL SUPREMO DESTINO

La primera de ellas es la expulsión de los jesuitas, decretada por Carlos III el 27 de febrero de 1767, y seguida en México por el subdecreto virreinal de 25 de junio del mismo año. La segunda, la aparición del visitador Gálvez en el virreinato mexicano.

La expulsión dio lugar al abandono de las misiones fundadas por la Compañía de Jesús en la península de la Baja California, donde había dieciséis padres jesuitas. La aparición de Gálvez provocó no sólo la sustitución de estos misioneros por franciscanos, sino la exploración y conquista de la nueva California, territorio que hoy corresponde, más o menos, al Estado de este nombre en U. S. A.

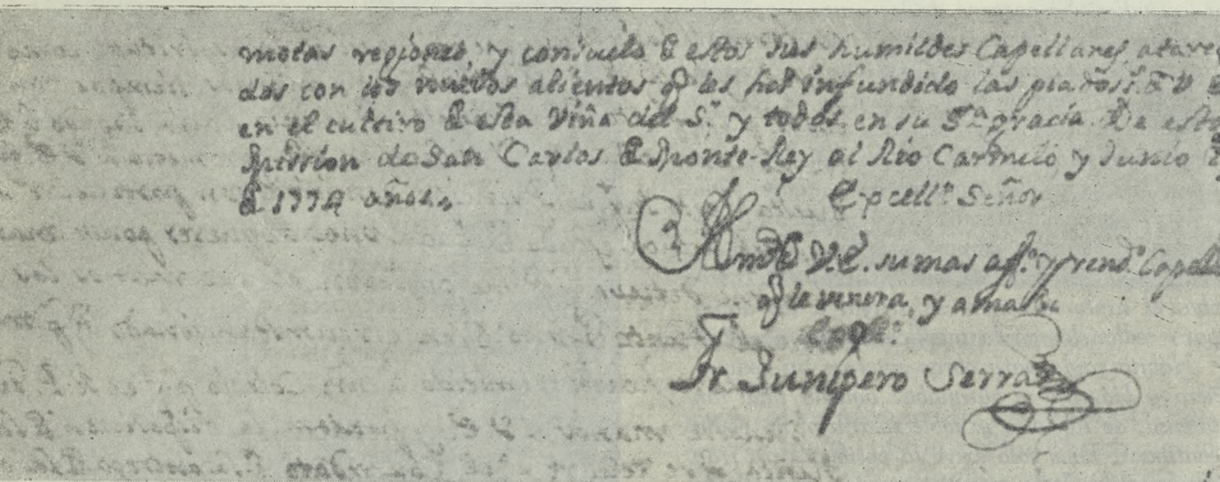
Don José de Gálvez, apellido que va a tener gran fortuna en la historia mexicana, y que da lugar al nombre de la ciudad de Galveston, en Texas, era un malagueño honrado y trabajador infatigable, que, tras una gran labor en el virreinato, llegó más tarde, a su vuelta a España, a ser ministro universal de las Indias. Este gran hombre, al pedir franciscanos al Colegio de San Fernando, se encontró, para gloria de nuestra Historia, con fray Junípero que había sido designado padre presidente de ciudades del mundo. Y, entre estas tres grandes fundaciones, otras más —San Antonio de Padua (1771), San Gabriel (1771), San Luis (1772), San Juan Capistrano (1776), Santa Clara (1777), San Buenaventura (1782)—, continuadas después de la muerte de fray Junípero por sus discípulos franciscanos.

La fundación de San Francisco y de su misión, Dolores, tuvo un antecedente curioso. El visitador Gálvez, al instruir a fray Junípero en su entrada a la nueva California, había dejado bien sentados, como hombre minucioso que era, los nombres de los santos patronos que habían de llevar las fundaciones. Y como ninguno de ellos era el del *poverello* de Asís, fray Junípero se quejó al visitador de que para su Padre San Francisco no había misión. Gálvez, un tanto amostazado, le advirtió entonces al fraile, con cierta aspereza:

—Si San Francisco quiere misión, que haga se halle su puerto y se le pondrá.

Y, según parece, el santo seráfico quiso se hallara su puerto. ¡Y qué puerto! El mar y la tierra configurando la más bella, la más grandiosa de las armonías. el más noble de los contrastes.

Los misioneros, claro está, eran protegidos por tropas del virreinato y abastecidos por dos fragatas que iban y venían desde el puerto mexicano de San Blas a los nuevos puertos de las fundaciones. Pero, además, la entrada se hizo llevando algo precioso. «Doscientas reses de vacas, toros y bueyes para poblar aquella nueva tierra de este ganado mayor», base de la rica ganadería posterior californiana.



nuevas regiones, y consuelo de estos sus humildes Capellanes, a[...]
dos con los nuevos alientos que les ha infundido las piadosas [...]
en el cultivo de esta Viña del S.or y todos en su S.ta gracia. De esta
Misión de San Carlos de Monte-Rey al Río Carmelo y Junio [...]
de 1774 años.

Excell.mo Señor

B. L. M. de V. E. su mas af.to y reverend.o Capellán
que le venera, y ama en el Señor

Fr. Junípero Serra

Fray Junípero Serra escribía al virrey de México, don Antonio Bucarelli, en junio de 1774, dándole cuenta del floreciente estado de las misiones de la Alta California y las buenas perspectivas para lograr nuevas conversiones. Esa carta está fechada en San Carlos de Monterrey —misión que el Venerable había fundado cuatro años antes y en una de cuyas celdas rendirá cuenta al Señor diez años después— y se conserva con otros valiosísimos documentos juniperianos en el Archivo de Indias, de Sevilla

este grupo misionero. Encuentro que liga a los dos hombres en el gran empeño fundacional de la nueva California.

El 3 de mayo de 1769 llega fray Junípero a Vellicatá, que era entonces la frontera de la gentilidad, la frontera india de lo desconocido. Y desde ese día comienza la fiebre fundacional. Ante todo, San Diego (17 de julio de 1769), que será la base de todos los posteriores trabajos. Después, San Carlos de Monterrey (3 de junio de 1770) y, al cabo, San Francisco (9 de octubre de 1776). ¡San Francisco de California! El puerto más bello de la costa, la fundación que va a convertirse en una de las mejores

DISTANCIAS INCREIBLES

Sobre todo este mundo fundacional, la figura de fray Junípero se crece, se agiganta. El fraile está en todo, se mueve sin descanso, recorre distancias increíbles —mil leguas de la ciudad de México a San Francisco, más de tres mil kilómetros en la línea recta del aire—; baja cuando le llama el visitador, sube para Monterrey de nuevo, arrastrando sus años, y, lo que es peor su pie y su pierna, cada día más llagados. Y casi siempre por tierra, ahora sobre mula, porque tiene que detenerse en todas partes, arreglar algo en cada lugar.

Cuando la fundación comienza a afirmarse, cuando el virreinato mexicano se ensancha ya con nuevas provincias, cada vez más al Norte, el visitador Gálvez, terminada su misión, puesto ya todo en orden, se vuelve a España, apareciendo en México un nuevo virrey. El bailío de la Orden de San Juan, fray Antonio María de Bucarelli.

La alarma fue grande en las fundaciones, la crisis se produjo y se trataba ya del abandono, cuando fray Junípero bajó una vez más hasta México, habló con el virrey, y, con su elocuencia de orador, con su pasión de fundador, lo convirtió en su más firme aliado.

Pero en 1779 muere Bucarelli, después de mejorar notablemente la hacienda y el comercio del virreinato, y una nueva crisis conmueve la labor fundacional, pues se había declarado la guerra al inglés y las fragatas que abastecían las fundaciones ya no tenían libre el camino. Los negocios de las nuevas provincias dependían ya de una nueva Comandancia general establecida en Sonora. Pero fray Junípero continuó luchando contra la creciente burocracia, con su pie llagado, su pierna hinchada y ya rígida, y todo permaneció, realizándose milagros para abastecer a las fundaciones por tierra, por la larga y penosa ruta continental.

EL TRANSITO

El fraile estaba ya cansado, viejo. No de espíritu, sino de cuerpo. Había cumplido ya los setenta años y, en realidad, estaba moribundo. Pero, desde su sillón de bejuco, continuaba siendo el alma de aquellas cuatro provincias nuevas del virreinato (San Diego, Santa Bárbara, Monterrey y San Francisco). Hasta que, agotado, encontrándose en su misión de Monterrey, acabó sus días el 28 de agosto de 1784, de resultas de una «fluxión de pecho», que apenas le permitía alentar. Antes de morir, este hombre, pequeño de cuerpo, pero de una estatura moral gigantesca, se alzó de su lecho y se fue a recibir el viático a la iglesia de la misión. Cien varas que recorrió sin admitir ayuda, arrastrando su pierna derecha, moribundo y rodeado de sus frailes, de sus indios y de los soldados del presidio. Cuando tornó, también andando, a su celda, sólo le sostenía su asombrosa voluntad. Allí, en su celda, se despojó del manto, se recostó sobre la dura tabla del lecho, puso encima de su sofocado pecho una cruz grande y pesada y, así yacente, dijo que iba a descansar. Se retiraron todos; pero una hora más tarde, uno de sus más fieles franciscanos, fray Palou, entró en la celda, a vigilar su sueño. Y lo halló descansando, sí, pero en el descanso definitivo del Señor.

Murió, pues, no con las botas puestas, como los soldados, pero sí con el cordón de su Santo Patrono firme en su sitio hasta el postrer aliento. Había sido fray Junípero Serra no sólo un fraile ejemplar y un gran misionero, sino algo mucho más importante para la Historia: un fundador colosal.

Esta grandeza histórica, este valor civil, es el que recuerdaes pecialmente la estatua del fraile, que se encuentra en el vestíbulo del Capitolio, en Washignton. En una mano alza el franciscano la cruz; en la otra sostiene la pequeña maqueta de una de sus fundaciones. y debajo, en el pedestal, un letrero dice, sencillamente:

JUNIPERO SERRA. CALIFORNIA

MUNDO HISPÁNICO

DOCUMENTOS

Francisco Sintes Obrador

Tras las huellas de Fray Junípero en California

(Diario de viaje)

(Texto taquigráfico de la conferencia que pronunció don Francisco Sintes Obrador el año 1961 en la "Asociación de Amigos de Fray Junípero Serra").

I

Constituye una prueba de delicadeza espiritual del Presidente de la Asociación de Amigos de Fray Junípero Serra su deseo de que mi intervención en la Asociación se celebre precisamente en este día de Pentecostés, en recordatorio de aquel otro Pentecostés memorable —el del día 3 de junio de 1770— que el colosal frailecito de Petra, también con una delicada intención espiritual, eligió para fundar la Misión de San Carlos de Monterrey, en California, sede después de una especie de cuartel general suyo en el activo ir y venir fecundo a que se entregó por vida, y, finalmente, lugar elegido por Dios para definitivo descanso de sus restos mortales en las tierras de la Alta California, que tanto amara.

Pero habréis de permitirme que, a mi vez, recabe yo de la Providencia Divina la gracia de un efectivo Pentecostés, personal, actual y operante —una auténtica donación de luz y de fuerza— que me permite superar la difícil y arriesgada aventura que acabo de iniciar de atreverme a hablar de Fray Junípero a quienes han hecho objeto fundamental de sus vidas o de sus ocios —en el noble sentido romano, «otium», de la palabra— el mantener viva la llama del recuerdo y de la amorosa amistad con lo que supone y significa entre los altos valores permanentes de la Cultura de Occidente el ejemplo y la vida del excepcional mallorquín. Y, entre ellos, permitidme que haga una mención especial de la benemérita Mrs. Dina Moore Bowden, representante permanente del Condado y ciudad de San Francisco, tan justamente galardonada, recientemente, con una de las más altas condecoraciones del Gobierno español.

Muy consciente de mis posibilidades y, muy especialmente, de mis limitaciones, quisiera matizar esta intervención mía de hoy de un calor de intimidad personal —y de ahí que haya adoptado la charla y no la conferencia como método de exposición— pues, indiscutiblemente, mi experiencia personal es lo más auténticamente mío que puedo ofrecer a todos ustedes en compensación a su doble bondad de invitarme y de escucharme. Pero, dejando bien sentado que el desvelar hoy ante ustedes algunas de mis reacciones personales ante el mundo americano, tiene esa inicial y primaria función de homenaje mío a ustedes, quisiera también aventurar mi opinión de que entre la obra escrita por españoles se nota. en general, la falta de esa intimidad cordial que dan las Memorias, falta que se acusa más si comparamos la nuestra con otras literaturas extranjeras y que ni aún en el caso de los escritos de viajes que parecen prestarse más al género, encuentra su excepción. Es algo así como si el español, conocedor de la terrible capacidad crítica del medio en que vive, estuviera temeroso de exponer al comentario público su intimidad personal. «Lo que más sorprende en casi todos los libros sobre los Estados Unidos —dice Julián Marías, en *Los Estados Unidos en escorzo*— es lo poco que en ellos se dice de lo que el autor ve.» Pues bien, yo ahora voy a intentar ante ustedes la experiencia contraria: hablarles exclusivamente de lo que yo ví y que, sin tiempo, ni tampoco propósito, de documentarlo, pasé —sobre la marcha, a veces en el mismo avión o en un breve descanso— de la retina a la cuartilla. Para que estas impresiones no pierdan lo único que de valioso puedan contener, que es su virginidad, no las he querido mancillar después con adimentos de notas o de cualquier otra superestructura documental, manteniéndolas en su feroz y virginal indocumentación primaria.

Así, pues, mi charla va a consistir en espigar aquí y allá, en aspectos que, naturalmente, tengan una directa conexión con la California juniperiana, las notas diarias de un viaje por los Estados Unidos de Norteamérica que realicé el año 1956 por invitación del Departamento de Estado del Gobierno Federal de la Unión Americana y bajo los auspicios del «Committee on the Leaders Program». Algunos de los vértices más importantes de mi itinerario americano fueron:

New York; Washington; Williansburg (Virginia); San Agustín (Florida); New Orleans (Luisiana); Santa Fe (New México); Grand Canyon



(Arizona); Los Angeles, San Francisco (California); Chicago; Boston; Philadelphia.

Permítanme que les diga, porque en conciencia no puedo pasar adelante sin hacerlo, que el viaje anterior representa la más generosa invitación que he recibido. Y al hablarles de generosidad me interesa aclararles, aunque ello no sea, posiblemente, necesario que no me refiero al aspecto material —importantísimo, sin embargo, para hacer posible el viaje— sino al hecho, fundamental para mí, de que no se me exigió antes ni se me pidió después ninguna contrapartida, contraprestación personal alguna en compensación. Tuve amplia facultad para establecer mi itinerario y para introducir en él cuantas modificaciones parciales se me antojaron, sobre la marcha. Tuve toda la libertad para ver lo que quise y para hablar o no hablar, según quise, dando conferencias, charlas, intervenciones por radio... etcétera, y, después, no se me pidió que, de vuelta a mi país, diera conferencias o publicara escrito alguno en relación con el viaje, hasta el extremo de que con la intervención de hoy, a los cinco años de efectuado, es la segunda vez que hago una referencia en público al mismo. Y este respeto a la libertad individual es lo que más estimo de una invitación que tantas cosas estimables contenía, y que, por entrañar una actitud que me parece directamente relacionada con posiciones vitales de una contienda que se desarrolla en el mundo en que vivimos, y que no siempre acertamos a entender, quisiera detenerme un poco más en ella, pues no la creo, además, nada desconectada del tema que hoy nos congrega.

En el prólogo a la publicación de las respuestas al cuestionario de la UNESCO sobre «Las relaciones culturales y morales entre el viejo y el nuevo continente», don José María Pemán recuerda la idea de don Eugenio D'Ors según la cual la «prehistoria» no es una etapa que precede y prologa a la historia y luego termina. «La prehistoria, que más bien debiera llamarse *sub-historia*, es algo que está siempre ahí, presente bajo la historia, como una amenaza de erupción volcánica, como la *sub-conciencia* está siempre amenazando la *conciencia*. Y así como si las fuerzas activas y vigilantes de la *conciencia* se adormecen, la *sub-conciencia* reaparece —en el sueño, en el instinto, en el complejo neurótico— del mismo modo cuando las fuerzas activas y creadoras de la Cultura aflojan sus resortes y vigilancias, la *prehistoria* reaparece, imponiendo sus modos y sus estilos, que llamamos primitivos y, en realidad, debiéramos llamar *permanentes*, porque no son más que la expresión de los fondos más permanentes, turbios y opacos de la naturaleza humana.» Así, «toda creación humana está disputada polémicamente por la prehistoria o barbarie de un lado, y por la Cultura de otro».

Ocurre, sin embargo, con frecuencia, que la barbarie pida prestados a la técnica trajes con que cubrirse y engañarnos bajo la falsa apariencia de un revestimiento formal, aparentemente cultural. Tal sucede, entre otros, en ese mundo profundamente complejo que podemos considerar incluido bajo el título de la «Sicología de las profundidades». Desde que, con Freud, Palow, Young y Adler se ha progresado tanto en la «Sicología clínica» y abierto el camino de la «Sicosociología» el alma humana ha venido a quedar como indefensa frágilmente expuesta a todos los procedimientos modernos de «masificación» de la colectividad, a través tanto de la publicidad comercial como de la propaganda política. Y desde que las agrupaciones modernas de estados, en el entrechoque de sus políticas de poder y de dominio, hacen un uso creciente de la propaganda política, que necesita apoyarse tanto en las técnicas materiales de difusión del pensamiento, como en el pensamiento mismo, en el valor dialéctico y polémico de la palabra, los que han hecho de su vida especial dedicación al trabajo intelectual, a la búsqueda de la verdad, a la labor de experimentación científica o de creación literaria —a quienes llamaremos *intelectuales* para llamarles de alguna manera— se ven convertidos en objeto de atracción de los aparatos propagandísticos, de las estructuras económicas y políticas, de los grandes centros de nucleación de poder del mundo contemporáneo, ya que se ha comprobado, una vez más, que primero es la palabra y que es necesario que ésta preceda a la acción, tanto para crear el clima de una defensa heroica como para llevar a un grupo revolucionario al sacrificio. Pero ese deseo de atracción, ese súbito interés del poder por la inteligencia, no es gratuito, sino que exige la entrega del alma. En *Al Este del Edén*, Steinbeck exclama, por boca de Cyrus: «No te permitirán llevar siquiera un rasguño, ni prenderte una nota en el pecho que diga: soy yo... diferente del resto. De vez en cuando hay un hombre que se niega a hacer lo que exigen de él ¿Pero sabes lo que ocurre? La máquina entera se dedica desde entonces, fríamente, a destruir aquella diferencia. Golpean el espíritu y los nervios de aquel hombre, su cuerpo y su alma, con barras de hierro, hasta que, por último, aquel peligroso sentimiento diferencial huye de él. Y si se resiste a abandonarlo, lo vomitan y lo dejan pudriéndose al borde del camino para no ser ni parte de ellos ya, ni tampoco todavía libre.» En un reciente artículo, Angela C. Ionescu recuerda que, según técnicos publicitarios de determinados países, «dentro de muy poco todos nuestros impulsos, nuestros deseos, apetencias, gustos, estarán regidos por ellos. Han encontrado para ello un nombre pomposo y sonoro: *biocontrol* y —se pregunta— ¿Qué le quedará al hombre?... ¿A dónde se puede ir a parar de este modo? ¿Al cruel, despiadado, sangriento y desgarrador mundo de *La hora veinticinco*? ¿Al estúpido mundo de Shneider (John Shneider, *The Golden Kazoc*)? ¿Al caótico de Orwell (Orwell, *1984*) o al espantoso, infrahumano y demente de Huxley (Aldous Huxley, *Un mundo feliz*)? ¿O al frío mecánico e indiferente de que habla Steinbeck? Cualquiera y todos juntos parecen probables. Pero entonces el hombre habrá desaparecido.»

Mientras, en la vida del intelectual moderno, se repite con frecuencia la tentación demoníaca: «Todo esto te daré si postrándote me adorares.» Ante semejante tentación y con independencia del valor intelectual de quienes son objeto de ella, dos reacciones morales son individualmente posibles: el sometimiento y la repulsa, el «Vade Sátana». Dos casos muy recientes nos aclaran cuales son las dos metas a que conducen. Con Boris Pasternack, a la persecución y a la muerte en el ostracismo. Con Illya Eremburg a una de las más elevadas posiciones en la estructura social y a uno de los más cuantiosos sueldos de la URSS; es decir, del mundo. Dios me libre de caer en la tentación de querer minimizar el problema de la aniquilación de la individualidad, creyendo que puede aislarse en determinadas áreas geográficas, cuando se trata, por el contrario, de algo que está difuso por la totalidad del universo mundo, por ser característico de toda una época histórica. Pero sí quiero decir, seguro, además, de hablar en nombre de todos los que se muestran indóciles a dejarse «masificar» por el fútbol —ese auténtico opio del pueblo— por la televisión, por la radio y por tantos otros ingenios modernos, electrónicos o no, que donde encontremos un hombre que, como Rabindranath Tagore, en *Sadhana*, sea capaz de decir que «el peso de todo el Universo no puede aniquilar mi individualidad...» allí reconocemos, en el acto, a un hermano y que en toda persona, institución o país que sea capaz de reconocer el valor moral de una tal actitud y respetarla allí tenemos un amigo, y que yo encontré, individual y colectivamente, privada e institucionalmente, ese respeto y ese reconocimiento en los Estados Unidos de Norteamérica. Y aún diré más. Diré que en este momento de «guerra fría» y de «coexistencia hostil» entre dos estructuras económicas, dos organizaciones trasnacionales, y dos concepciones de vida, en que con tanta frecuencia el tremendismo propagandístico nos llega a crear como una segunda conciencia según la cual en el enemigo está siempre la inteligencia y en el amigo la bellaquería, yo, por el contrario, tengo un crédito ilimitado de esperanza puesto en quienes, respetando la conciencia individual, toman el bando de la Cultura en su disputa polémica con la barbarie, dando con ello la posibilidad de que en el Universo se realice lo que Bergson estimaba ser su función esencial, la de constituir «una máquina de hacer dioses».

II

Entremos ahora en el tema central de mi intervención, la lectura de alguna de las impresiones de mi *Diario de Viaje* del que he procurado escoger algo del ambiente español encontrado en Florida, Luisiana y Nuevo Méjico, como preludio a una visión de algunos paisajes y aspectos de California y del que he tenido que prescindir, por razones de tiempo, de la visita al Gran Cañón del Colorado, pese a la vinculación de su descubrimiento a la obra y presencia de España en esas tierras y a la importancia geopolítica de la ruta del río Colorado como vía de penetración a la Alta California desde el Virreinato de la Nueva España, a la clara visión que de este asunto tuvo siempre Fray Junípero Serra, gran estratega de la colonización, y a la conexión entre la obra colonizadora juniperiana con la famosa expedición de Juan Bautista de Anza a través del río Colorado. Por la misma razón de la falta de tiempo, algunas impresiones han tenido que ser recortadas.

Sábado, 7 de Mayo.—San Agustín, Florida

Por la mañana, en el hotel, desayuno seguido de «photography and press», según el programa hecho por el señor Pellicer, Presidente de la «Historical Society» de St. Agustine, Florida.

El hotel, uno de los antiguos grandes hoteles americanos, fue mandado construir por un magnate del petróleo —recordado, vestido de levita, en un gran cuadro de época colgado en el hall— que inició con ello la explotación turística a fondo de La Florida, la que hoy atrae americanos de todos los rincones del continente, hasta originar esas masivas y periódicas migraciones dentro de la USA y que han producido ese extraordinario fenómeno de expansión de una ciudad, que se llama Miami. Los arquitectos y decoradores recibieron la orden de hacer y decorar un gran edificio en estilo español. El resultado fue este caserón, en torno a un gran patio, en el que murmura un hilo de agua en un surtidor conventual, miradores y torres que parecen de influencia mejicana y, en el interior, los techos con pinturas polícromas y escayola abundante que se reparten carabelas y yelmos, entre frondas de vegetaciones, tal vez heráldicas. Los escudos de todas las provincias, de ciudades y de personajes de España, están colgados aquí y allí en variadas formaciones. Mientras desayuno, levanto la vista de los huevos fritos con bacón, entre el jugo de naranja y el acuoso café y me encuentro con este rotundo letrero celtibérico: «Soria pura, cabeza de Extremadura.»

Conferencia de prensa al estilo de aquí con abundantes preguntas, como disparadas por ametralladoras, ¡y ametralladoras en lengua inglesa! Asisten a ella Mr. A., del Cuerpo de Parques Nacionales, portorriqueño de origen y gran amante de los estudios históricos y el señor Pellicer, el presidente de la Historical Society, hombre de arraigo y gran actividad aquí, vicepresidente del «St. Agustine National Bank», descendiente de menorquines, como claramente indica su apellido Pellicer, que aquí pronuncian Palisier, Mr. Palisier.

Almuerzo en el hotel con Monseñor F. P., encargado por la Diócesis de St. Agustine del cuidado de la *Misión Nombre de Dios*, la primera que se fundó en Norteamérica, con el señor P. y con el señor A. Por la tarde, visita al *Castillo de San Marcos*. Una pequeña fortaleza, muy importante en su tiempo como defensa de San Agustín, flanqueo terrestre de la ruta de los galeones y adelantada defensiva de las posesiones de España ante la incesante marcha hacia el sur de los ingleses de Georgia. Conoció la clásica historia de estos lugares: asedios y defensas, intercambio con La Habana, recuperación española y la final cesión diplomática, aparte de historias menores de piratería, no exentas de interés. Hoy está muy bien conservada por el Cuerpo de Parques Nacionales, excelente cuerpo que presta servicios de extraordinario interés en orden a la conservación, pero también al estudio de la historia local —con un buen archivo, especialmente de microfilm— y su conocimiento por el pueblo, al que hacen de guías los guardianes uniformados. Grupos numerosos multicolores y diversos de hombres en camisas de colores, mujeres en shorts, familias, niños... visitan constantemente estos lugares. Se calcula en medio millón los que anualmente pasan por el Castillo de San Marcos y el producto de sus tickets de entrada se emplea para rellenar el presupuesto de conservación, que es excelente. Hondea hoy, con la americana, una antigua bandera española.

Domingo, 8 de Mayo.—San Agustín, Florida

Misa y almuerzo en el Club de golf, gozando de unas horas excelentes en el campo. Después, con Mr. Pellicer, nos unimos a una peregrinación, un «Pelgrinaje», a la *Virgen de la Leche* en la misión *Nombre de Dios*, la primera en estas tierras y anterior en unos doscientos años a las de California. Rosario, sermón y exposición, todo presidido por el Arzobispo de San Agustín. Lugar delicioso bajo los árboles abundantes y el mar en el horizonte. Sol en la tarde inmensamente bella. Paz y una gran unción en la multitud de creyentes, entre los que, con frecuencia, la nota de color de pieles negras, para las que aquí no hay segregación, según especial disposición del Arzobispo. Oración ante la imagen de la Virgen de la Leche, reproducida en España —según copia exacta de la original— en la ermita, reconstruída según datos de construcción y en el lugar de la primitivamente fundada por los españoles.

Extraordinario oir, aquí y ahora, en el sermón, los nombres de España, Ponce de León y Martínez de Avilés, en medio de multitudes que rezan al Dios por el que aquéllos realizaron sus empresas de semidioses.

Nos convida a comer el Arzobispo, en compañía del Obispo, dos monseñores Mr. P. y Father M., que acaba de llegar de Miami, donde vive, para estar con nosotros. El Arzobispo es una persona muy inteligente y emprendedora. Viaja constantemente por los extensos terrenos de su diócesis a la que rige con dinamismo, energía y gran derroche de espíritu de iniciativa, con ritmo igual al ritmo vertiginoso de los negocios aquí. A sus empresas las llama «affaires». Ha vivido en Roma y habla algo español; por ello, su inglés-americano se ha dulcificado mucho y resulta muy facilmente inteligible, gracias a Dios, pues por el Sur el inglés resulta todavía más difícil a causa de acentos locales, que en algunos casos resultan francamente chocantes. Estas autoridades eclesiásticas vestidas de «clerigman», invitando a comer en el mejor hotel de la localidad, hablando libremente de todo y, al mismo tiempo, estando muy en lo suyo, me traen inevitablemente a la memoria el recuerdo de algunas diócesis europeas, de sus rebaños de fieles y de sus pastores, y nunca estas palabras me han parecido venir tan pesadamente lastradas de ruralidad.

Lunes, 9 de mayo.—Florida

Salida muy temprano para una pequeña excursión a la abadía benedictina de *San Leo*; excursión que ocupa un pequeñísimo pedacito del plano de carreteras de La Florida... y que equivale, aproximadamente, a ir de Madrid a Barcelona. Hacemos la excursión F., el padre M. y yo en el «Chevrolet» negro del Arzobispo, conducido por el padre M. y, a la vuelta, por F. Todo el paisaje es delicioso, profundamente arbolado y tapizado de una alfombra de verde hierba, moteada por centenares o, tal vez millares de de lagos y laguitos de todos tamaños. En medio de este paisaje unas carreteras cuidadísimas —utilizamos sucesivamente las rutas 1-17-11 — canalizan una muy abundante circulación automovilística. De vez en cuando, las agrupaciones de casitas con jardín individual se hacen más compactas, aparece el puesto de feria alegre de un surtidor y estación de servicio y se suceden los anuncios de todo género, con escaparates y servicios: estamos atravesando un pueblecito, uno de esos pueblecitos americanos que, por pequeños que sean, producen una impresión gratísima de alegría, limpieza y bienestar. En algunas ocasiones, el pueblo es mayor y en posición de predominio importantes edificios, en los que juegan a contraste cromático ladrillos encarnados y ventanas inglesas de guillotina, con sus maderas pintadas de blanco, nos indican la presencia de un *College*, con sus *campus*, en el que, frecuentemente, se ven grupos de estudiantes haciendo deporte o trasladándose de un lado a otro llevando voluminosos grupos de libros. Según el Padre M. los estudiantes americanos se dedican menos a estudiar que a acarrear libros.

A veces, el pueblecito está formado por agrupaciones de remolques vivienda, a los que frecuentemente se han ido adhiriendo superestructuras urbanas, tales como patios, antenas de radio y televisión, macetas con flores, etc... Otras, los anuncios —en los que siempre se despliega gran cantidad de ingenio para atraer la atención, por su combinación de colores, su luz, su situación o su movimiento— toman formas verdaderamente graciosas. Tal ocurre con los grandes telones que se suceden durante millas y millas, anunciando reiteradamente las fuentes —springs— de Ponce de León. En ellos aparece Ponce de León, que nunca deja, naturalmente, su barba, su espada al cinto y su casco calado, del brazo de una guapísima bañista, «desvestida» con *two pieces*, en alegre camaradería marchando por el campo —sin duda hacia las fuentes, para inducir al turista a hacer lo mismo— igual que si fueran una joven pareja de *teenagers* en vacaciones.

Grandes plantaciones de naranjales perfectamente formados en simétricas alineaciones ocupan todo el espacio abarcable hasta el horizonte visible y aroman la mañana con su olor. Inmensos remolques llenos a rebosar de naranjas cruzan sin cesar las carreteras múltiples. Según el Padre M. las naranjas de La Florida no son tan grandes como las de California, pero tienen mejor sabor. Estas plantaciones suceden a pastizales inmensos en los que pacen





rebaños de razas diversas de ganado vacuno. En estos casos, las agrupaciones urbanas se hacen menos frecuentes y algunas veces las casas de madera tienen aspectos mucho más pobres; pero contrasta con la modestia de la vivienda el gran coche estacionado a su puerta y casi nunca falta la antena de la televisión, lo que nos recuerda hasta qué punto es ella el gran instrumento forjador de masas de los tiempos modernos.

Llegamos finalmente a Orlando, una ciudad que se anuncia como ideal para retirarse y en la que existen, efectivamente muchas urbanizaciones, «Retired homes», montadas con este fin. Parece que el hecho de que viva todavía en ella un importante general americano retirado, compañero del General Perkins de la Primera Guerra Mundial, le ha dado un gran prestigio. Por otro lado, el hecho de que puedan existir negocios del tipo de las urbanizaciones «Retired homes» indica hasta qué punto es ésta, de retirado, una situación que en este país permite gozar sin preocupaciones los últimos años de una vida gastada en su gran parte en un duro trabajo. Por esto aquí, la vejez es un espectáculo agradable y confortador, diría yo energético, utilizando esta palabra, «energetic», que tanto gusta en este país. Unida a Orlando, Winter Park es uno de los lugares en que tal vez con más justo motivo puede decirse que La Florida es un auténtico paraíso. En él, centra la vida estudiantil el «Rollins College» del que visitamos detenidamente su Capilla, Salón de Actos y Biblioteca. Los directivos del *College* nos ofrecen un almuerzo en un moderno hotel —inaugurado hace dos meses— desde cuyo comedor, en el piso más alto, se tiene la impresión de contemplar la exhuberante naturaleza de La Florida desde una vivienda situada en la copa de un árbol, como es posible que la contemplaran los ojos de los habitantes indígenas. Asisten varios profesores del *College*, entre ellos una española que explica literatura española, desde hace muchos años y que, a pesar de su inteligencia y sus buenos deseos, está aislada de España y desconoce por completo las últimas generaciones literarias de nuestro país. Nadie pasa aquí de García Lorca y algunos ni llegan a él. Menos mal que Cervantes mantiene en alza su prestigio. Un pedestal espera la llegada oportuna de su busto en el Patio de las Naciones, a él dedicado, en la «Casa hispánica», que visitamos después de almorzar. Es una deliciosa casita antigua con muebles españoles, algunos buenos, como unas sillas y una cama catalana de época en la habitación de los invitados. En un pequeño patio, muy bien ambientado con un pequeño campanario y una virgen sevillana de azulejo tras rejas, nos fotografiamos, emprendiendo seguidamente el viaje hacia «St. Leo». *San Leo* es una abadía benedictina y seminario, junto a los que funciona un *College* para chicos, en medio de un paisaje de pura delicia. Dos *alligator* prisioneros entre hierros después de capturados en las proximidades, indican hasta qué punto la naturaleza está aquí siempre pronta a volver por el rescate de sus fueros.

Extensa conversación con el Abad y con el Father Jerome, antiguo amigo epistolar, anciano historiador que propugnó la traducción al inglés y subsiguiente publicación del poema sobre La Florida, del Padre Escobedo, larga empresa que está a punto de llegar a feliz término. Tras deshacer lo andado, en un largo viaje de vuelta, del que impresiona el derroche de luz de los pueblecitos americanos, llegamos ya, muy entrada la noche, nuevamente a St. Agustine.

Martes, 10 de mayo.—San Agustín, Florida

Cocktail's party y comida con los miembros directivos de la «St. Agustine Historical Society» en los «Trade Winds» —vientos alisios— un restaurante decorado con elementos tropicales y en el que, a voluntad, puede simularse la lluvia y los relámpagos, los truenos y el viento de una furiosa tempestad tropical. Los consabidos *speeches* al final de la comida, a cargo de Mr. President (el señor Pellicer) y yo.

Antes de esta comida y *cocktails, interview* en la Radio St. Agustine, con preguntas sin preparar al estilo de aquí —very informal—. Después, visita a la exposición histórica preparada por el Servicio de Parques en la «Oldest House», sede de la «St. Aug. Historical Society» y, finalmente, conferencia en su biblioteca, pasando y explicando cuarenta *slides* sobre Menorca, que han tenido un gran éxito. La gente aquí es muy familiar y sensible y ha disparado una salva cerrada de aplausos al explicarles que los chicos que se veían en algunas transparencias eran hijos míos. Después de la conferencia, desfile de descendientes de los «minorcans» y miembros de la Sociedad y regalo por su Presidente de una edición en inglés del Barcia. Una recepción al estilo de los desfiles en el Salón del trono en los Gobiernos militares de provincias los días de Fiesta Nacional.

En el hotel, con F., Mr. y Mrs. P., tomamos una «Coca-Cola» — a *coke*— en el bar, antes de acostarnos. Un acordeonista nos pide permiso para tocar «Spanish songs». Resultan ser algunos tangos, mezclados con: «Si a tu ventana llega una paloma...» y otras cosas por el estilo, que, sin embargo, suenan muy bien aquí y ahora. Por la puerta del bar, abierta, puede verse algo de la decoración del pasillo que conduce al comedor. Bajo yelmo y lambrequines heráldicos un escudo con fortalezas y torre coronadas de cruz. Debajo, en un letrero, puede leerse Pontevedra...

Viernes, 13 de mayo.—Nueva Orleans, Louisiana

El Alcalde de New Orleans, Mr. de Lesseps-Morrison, me ha conferido el nombramiento de ciudadano de honor de la ciudad en un escrito acompañado de una miniatura de la llave de la misma. Juntamente con el Embajador de Chile en la Panamerican Union he sido declarado huésped de honor de la ciudad —guest of honor— y nos han puesto un yate a nuestra disposición —el «Good neyboord», «Buen vecino»— para recorrer las instalaciones portuarias del Missisipi. El Embajador se ha venido con toda su familia y un numeroso séquito y, además, estaban a bordo miembros de la Cámara de Comercio, un Almirante y representantes del Ejército y de las Fuerzas Aéreas. Al pasar frente a la Base Naval han sido disparados los diecinueve cañonazos protocolarios para un Embajador.

A pesar de que el Servicio Meteorológico anunciaba un tormentón para hoy, hace un sol espléndido y la brisa evita el calor a bordo, donde almorzamos deliciosamente, regresando a New Orleans a media tarde.

Visito el *Recepción Center* del Departamento de Estado y a las 4 p. m. me recoge en el hotel Mrs. E. S. que se ha ofrecido para acompañarme en su coche a ver lo que quiera de la ciudad. El «appointement» es típico de los Estados Unidos, debido a la falta absoluta de terreno para el «parking» de los coches (hay que tener en cuenta que no conozco a Mrs. S. ni ella a mí, naturalmente).

Mrs. E. S. (Blue Oldsmobile) — Will pick you up at the Gravier Street entrance of the St. Charles Hotel. 4.00 p. m.

Con Mrs. S., un largo paseo en coche de dos horas por todos los barrios residenciales y alrededores de la ciudad, algunos de los cuales son deliciosos, dando vistas al inmenso lago. Visita al Club Náutico, Parque Zoológico, campos de deportes y *campus* de las Universidades de Tulane y Loyola (Compañía de Jesús). A las 6 p. m. vamos a su casa, una casita deliciosa y confortable en uno de los mejores barrios residenciales de New Orleans, donde nos espera Mr. S., un señor de mediana edad, fuerte, bien conservado y simpático. Estaba leyendo el primer volumen de la *Historia de los pueblos de habla inglesa*, de Sir Whinston Churchill. Comemos muy bien los señores S. y yo, servidos por una sirvienta negra, y después Mr. S. me enseña su afición favorita —su *hobby*— unos bulldog ingleses de aspecto feroz y comportamiento sociable, uno de los cuales ganó un importante campeonato. Vemos, en la televisión, un combate de boxeo en Washington, donde un negro de piernas y brazos interminables propina una considerable paliza a un blanco, en medio de los aullidos de un numerosísimo público, que debe estar compuesto, en su mayoría, por negros. Surge inevitablemente la conversación sobre este gran problema interior de los Estados Unidos; él y el problema ruso están siempre presentes en este país, en conversaciones, en revistas, en periódicos... y aún en los casos en que no se habla ni lee de ellos, que son pocos.

He aquí un aspecto característico de la vida norteamericana poco y mal conocido en España y pienso que, en general, en Europa; el de su inmensa, agradable, sencilla y natural hospitalidad. Mi relación de hoy con el matrimonio S., ya, por sí misma, es reveladora de un espíritu cívico y de una especial hospitalidad; pero lo más carac-

terístico y revelador y lo que, sin embargo, sea tal vez más difícil de dejar registrado es la extremada naturalidad con que se ha realizado. Como si nos conociéramos, no sólo de toda la vida, sino desde el principio de los tiempos.

Miércoles, 18 de mayo.—Alburquerque, Nuevo México

Mañana visita a la Universidad de New México, que ofrece un duro contraste con la de Texas. Poseedora esta última de unos importantes terrenos petrolíferos, cuya explotación saca periódicamente a subasta, cuenta con unas posibilidades económicas que la hacen colocarse, en este terreno, en el segundo lugar en todo el país, después de Harvard y le proporcionan la posibilidad de tener un cuerpo de profesores bien pagado, y por tanto muy elegido, así como unos medios materiales extraordinarios, permitiéndose, además, el lujo de no exigir a los estudiantes tejanos más que una cantidad muy exigua como derechos de matrícula. Su biblioteca, enriquecida además por importantes fundaciones privadas, es un instrumento de trabajo de primer orden, destacando en ella su sección griega y, sobre todo, su sección hispanoamericana de la que podría decirse, como el vasco del cuento, que, en principio, lo tiene todo sobre esta vasta materia. Su *campus*, bien cuidado, rodeado de los modernos edificios de sus *fraternitis, sororitis* y otros organismos estudiantiles, así como de todas las iglesias que las varias confesiones han construido en los bordes mismos del límite universitario —podríamos decir que con un pie dentro ,para irradiar desde ellos sus movimientos de apostolado y captación— dan a la Universidad de Austin un aspecto grandioso, que corona, con más orgullo que buen gusto, una elevada torre paralelepipédica con imponente reloj. De unos edificios a otros, riadas de estudiantes de ambos sexos en continua traslación de clase a clase, en descanso o repasando notas en posturas realmente muy «informales», dan una nota de vida y continuidad: son como la expresión viva de que algo no va a morir. De que los datos acumulados en los libros van a fructiferar en cerebros jóvenes. De que los alumnos sucederán a los profesores. Hay algo vivo y auténtico ahí. Una vital transmisión de la antorcha de la Cultura de una generación en declive a una generación ascendente.

Al pasar de Texas a New México el paisaje, siempre muy seco, va adquiriendo gradualmente una aridez todavía mayor. New México es, realmente, un gran desierto, moteado aquí y allá de pequeños oasis en los que se aprovecha para instalar una ciudad. Alburquerque ocupa uno de esos pequeños oasis, pequeños en relación con la totalidad, pues la ciudad tiene una extensión enorme o, por mejor decir, se desparrama a lo largo de una extensión enorme. Sin embargo, no sé si la palabra *ciudad* es realmente adecuada para hablar de Alburquerque. Al pronunciarla acuden inmediatamente a nuestra imaginación un conjunto de realidades y circunstancias, que en Alburquerque no se dan ciertamente y que podrían resumirse muy brevemente diciendo que la Naturaleza ha sido vencida y dominada por el hombre. La ciudad es el producto de la alergia del hombre a ciertos elementos naturales, el agua, el viento... eso que se llama *la intemperie*. Y en Alburquerque hay una permanente sensación de intemperie. Pese a su larga calle central, de varias millas de longitud. Pese a algunos importantes edificios modernos, como el de las oficinas federales y el modernísimo y bello Sims Building, Alburquerque es más bien como un inmenso *Campamento*. Volvemos aquí a encontrarnos con un aspecto muy curioso y creo que muy importante de la vida americana: el *nomadismo*. Es necesario hablar bastante de él si queremos penetrar en algo esencial a la vida americana. Pero no es este el momento. Sólo ahora quiero resaltar que uno de los aspectos o matices de ese nomadismo es la sensación de campamento el aspecto campamental, de algo inconcluso, que ofrecen muchas ciudades americanas. Agrupaciones inmensas de pequeñas casitas —tiendas— en torno a dos o cuatro direcciones fundamentales —calles se llaman también en los campamentos auténticos— que facilitan generalmente la división de la ciudad en distritos, según los puntos cardinales de la rosa de los vientos, lo cual no deja de tener también algo de castrense y campamental. Y no se crea que esta sensación la dan sólo ciudades pequeñas o grandes agrupaciones urbanas recientes, sin solera o tradición en el país. Por el contrario, ciudades tan importantes como Washington me han producido este mismo efecto las veces que la he visto. Quien interpretara los escritos al pie de la letra y no en su espíritu, podría objetarme las enormes construcciones urbanas de la capital federal. Pero, a mi manera de ver, estas construcciones acentúan más, agudizan, afinan, las aristas del problema porque es indudable que existe en ellas un abismo entre su intención y su logro. En su intención, pocas veces tal vez, se muestra más claro el deseo de exteriorizar formalmente, a través de un despliegue urbano, una voluntad de poder y una realidad de riqueza. En su planeamiento, en la mente de los políticos que la pensaron, Washington es una ciudad profundamente imperial, cesárea, romana. Pero luego vino la realización y ahí fallaron los proyectos, no por falta de medios materiales, no por escasez de mármoles, no por falta de dinero, que se ve a rebosar, se respira en el «ambiente» de todos los edificios. Pero no basta copiar una columna griega para tener una obra de arte. La copia puede aspirar a Grecia. El deseo del Parthenon puede estar siempre presente... y al mismo tiempo estar más o menos ausente su realidad estética. Todo esto y muchísimo más y mejor que podría decirse de Washington contribuye, a mi manera, para mi sensibilidad, a darle ese aire inconcluso y campamental. Y Washington está situado a orillas del Potomac, en unos terrenos de relleno sobre lagunas, sobre un permanente y delicioso tapiz verde. ¿Cuál no sería el efecto si nos trasladáramos al desierto? Pues en medio de un auténtico desierto, sin los medios económicos, sin lluvia sobre un terreno reseco, sin la vida oficial y social de la capital federal, la capital universitaria y económica de Nuevo México —la Capital política es Santa Fe— produce inevitablemente la sensación de que una inmensa tribu nómada hubiera acampado por un tiempo en el desierto.



En medio de él, la Universidad se extiende, desparramando un conjunto de edificios construidos todos en el estilo mejicano del aquí llamado *Spanish adobe*. Es del Estado, como en Texas, pero está sostenida sólo por él y por las matrículas de los alumnos que, en gran porcentaje proceden de familias que viven en la localidad, sin atraer por tanto a sus aulas los millares de estudiantes de localidades ajenas, y aun extranjeras, que, en impresionantes riadas de juvenil humanidad, acuden cada año en mayor proporción a la Universidad de Austin. Los medios materiales guardan un riguroso paralelo con esas posibilidades económicas. Un pequeño museo antropológico —¡en esta región, que es una mina inagotable!— es el exponente de esta mayor pobreza. La biblioteca, también mucho más modesta, es otro reflejo inevitable, porque en ningún sitio se refleja mejor una institución, una comunidad o una persona, que en su biblioteca. Sin embargo, en medio de ella, la Sección hispanoamericana es un oasis. bien cuidado y abundante, gracias especialmente al doctor F. V. S., distinguido profesor, historiador e hispanista, que ocupa, desde hace once años, el puesto de Vicepresidente de la Universidad, del que ansía liberarse para entregarse de lleno a sus libros en preparación. El doctor S. es amigo personal del doctor H., de Austin, pero es un tipo humano radicalmente distinto. Algo mayor en edad, reposado, con buen sentido del humor y aire algo descuidado. Con su pelo largo entrecano, hay algo de bohemia en él que le da un aspecto más humano, menos duro y ejecutivo que H., en el que, a veces, la pasión por la acción domina excesivamente el trabajo. El doctor S. ha formado escuela y tiene dos magníficos colaboradores inmediatos en las personas de Miss A. y de Mr. B. Este último, recién llegado de España donde, según me dice, fue muy bien atendido por el personal del Archivo Histórico Nacional, especialmente por su Director. Prepara trabajos muy importantes sobre el tema de la Inquisición en España y parece que su publicación exigirá la revisión de todo lo publicado en inglés sobre este tema, incluso la obra de Lea que fue escrita con una idea preconcebida, buscando en los documentos confirmaciones a sus ideas previas, pero que una imparcial revisión de la totalidad de los documentos disponibles obliga a revisar fundamentalmente. He aquí, pues, un capítulo de nuestra Leyenda Negra que iniciará una revisión y precisamente gracias a una colaboración bien entendida entre los Archivos españoles y un investigador de una Universidad norteamericana.

Precisamente el tema de esta necesaria y bien establecida colaboración ha sido el fundamental de la larga conversación que he tenido esta mañana con el doctor S., quien me ha llevado a almorzar al restaurante donde suele hacerlo su mujer, que trabaja como profesora, con el deseo de presentarme a ella; pero precisamente hoy no ha ido. Detalle curioso éste de la vida aquí en que marido y mujer no saben exactamente cada uno dónde almorzará el otro en un día laborable cualquiera. La comida en general, pero muy especialmente el almuerzo, es aquí un acto rapidísimo que se hace en puro cumplimiento de la necesidad de sustentar el organismo con determinada dosis de proteínas,

vitaminas... con el objeto de seguir trabajando a continuación, no buscando en el acto el menor placer gastronómico. Se come puramente para vivir, al revés de otros pueblos que dan la impresión de vivir puramente para comer.

Domingo, 22 de mayo.—Los Angeles California

El tren atraviesa inmensas llanuras desérticas, mientras se toma el desayuno. A través de los cristales del wagon-restaurant, se nota el ambiente exterior —pesado y cálido— y, después del desayuno, se agradece mucho una larga estancia en el wagon-lobbie, cuyo aire acondicionado proporciona una agradable temperatura. Después, se ve, a través de las ventanas, el prodigio —del orden casi del milagro— de inmensos arenales a los que, a fuerza de riego se les saca la producción de hierba para pasto del ganado de los ranchos, que se suceden sin parar, lo mismo que las pequeñas ciudades, esas ciudades americanas, como de feria, con sus pintorescas estaciones-servicio. Vagones viejos de tren utilizados como oficinas. Remolques empleados en cantidad como vivienda. Por todas partes aflora ese *nomadismo* que está en la sangre de América.

11,55 a. m. Llegada a la estación de Los Angeles en la que me espera Mr. S.

Rápido baño en el hotel y almuerzo en casa de Mr. S. con él, su mujer, su hermano —un buen arquitecto de New York— y la mujer de este último. La casa de los S., proyectada por su hermano el arquitecto, es realmente una maravilla, que muestra el grado de *confort* de la vida americana media. Es un gran chalet de una sola planta, muy extendido, situado en el centro de una apreciable extensión de terreno, que contiene, además, huerto de árboles frutales —al señor S. le gusta comer la fruta directamente tomada del árbol— pista de tennis, piscina, baño de vapor, estudio de trabajo del dueño... etc., además de unos preciosos *greens*, con hierba supercuidada. Todo el barrio residencial en que está enclavado está constituido por chalets similares, teniendo como vecino inmediato al de la artista de cine Susanne Hayward. El interior es igualmente moderno, cómodo y muy confortable. La mesa moderna, en forma de doble riñón, que no permite una colocación simétrica, sino asimétrica, de los comensales —eliminando de antemano toda preocupación de puestos y categorías en la colocación— es como un símbolo de muchas cosas muy importantes y arraigadas en la vida norteamericana, y facilita la disposición «informal» a la que los hombres ayudan quitándose la chaqueta para defenderse de un calor, en verdad fuerte y pegajoso. Sirven a la mesa dos negras —negras como el betún—, embutidas en blanquísimos uniformes de tela de nylon o dacron y la comida, muy buena por cierto, es servida también con esa «informalidad» americana, en lo que se refiere a la mezcolanza de platos y gustos diferentes. Como siempre, los *icecreams* americanos francamente buenos y el *coffee*, francamente aguado.

Casi inmediatamente después de almorzar, muy en las primeras horas de la tarde, a una hora en que en la mayoría de las casas en Madrid se estaría almorzando, empiezan a llegar los primeros invitados al «cocktail's party».

El servicio es reforzado por un *barman*, también negro. Entre los invitados figuran profesores de la Universidad de California, en sus *campus* de Los Angeles; el Cónsul de España en esta ciudad, escritores de guiones para películas, de Hollywood, *businesmen* con sus puros, enérgicamente mordidos, y un rabino con cara talmúdica y una mujer gorda y simpática. Los invitados que han llegado muy temprano, se marchan también temprano. No se está aquí mucho tiempo en los *cocktails*. Como siempre, lo importante es cambiar, moverse. Todo lo que queda y permanece corre el riesgo de caer bajo el dominio lingüístico y la prisión filosófica de la palabra —tremenda palabra— *obsolete*, anticuado.

Por la noche comemos, ya en familia casi, los dos matrimonios hermanos, más un tercer matrimonio amigo, todos invitados por Mr. S., unas excelentes truchas en un restaurante agradable y muy de moda, pues ha sido alabado públicamente y por escrito, por Louela Parson. En el jardín del restaurante, una serie de laguitos y canalitos artificiales, ligados por unos puentecitos, casi de jardín «japonés», donde se pueden pescar truchas. Después de comer, largo paseo en coche —el magnífico «Lincoln» descapotable de Mr. S.— a lo más importante de la ciudad: *campus* universitario, zona residencial de Beverly Hills... etc.

Lunes, 23 de mayo.—Santa Bárbara, California

7 a. m. Salida hotel para estación. Ya a esta hora impresionante riada de automóviles en alineaciones de a cuatro en cada dirección. En Los Angeles —la ciudad que posee más automóviles del mundo— es donde mejor puede apreciarse esta nueva civilización mecanizada del automóvil que son los Estados Unidos. La misma ciudad, que es monstruosamente deforme medida con módulos europeos, es, sin embargo, la ciudad más lógica del mundo si se parte, como unidad de evaluación, no del hombre aislado, sino el hombre-automóvil norteamericano, que es una de las características que tipifican este país. Admitido este supuesto previo, no pueden considerarse como datos la mera capacidad física del hombre dinámico, de velocidad o de radio de acción, en sus posibilidades de traslación. Tampoco el hombre estático ocupa solo el espacio de su persona, de su casa o de su oficina, sino ese espacio, más el espacio necesario para aparcar su automóvil. He aquí, pues, cómo surge uno de los más acuciantes y más típicos problemas norteamericanos, el del aparcamiento o *parking*. En ciudades inmensas, pero todavía concebidas con mentalidad europea, como Nueva York —ciudades más bien *verticales*—, el problema parece, por el momento, insoluble. De aquí que, en el interior de Nueva York debe irse a pie o en Metro si quiere llegarse a los sitios a tiempo. De ahí, también, que cuando una ciudad puede montarse a la inversa, partiendo de las necesidades del hombre-automóvil americano, ese moderno centauro, mitad automóvil, mitad hombre, nada mitológico, sin embargo, sino estrictamente real, producto típico de una época, histórico, por tanto, surge una ciudad como Los Angeles, prototipo tal vez de una ciudad norteamericana *horizontal*. Un problema secundario importante, uno de los muchos que se originan es el de la formación de una permanente capa de niebla, producto, entre otras cosas, de los escapes de tantos motores de explosión, que oprime más que corona, a la inmensa ciudad, produciéndola una permanente jaqueca.

Acompañado del General B., Presidente local de la Hispanic Society, visita a la Misión de Santa Bárbara, donde nos esperaba y acompaña el franciscano Phater O'B., que es una extraordinaria persona, muy inteligente y cordial. El joven Phater O'B., ha trabajado con el ya anciano La Mur, el conocido historiador de Fray Junípero Serra y su época. Vistos con extraordinario detenimiento todos los detalles de la Misión y de modo especial capilla, biblioteca y archivo, donde tienen, conservada cuidadosamente, copia del expediente de canonización de Fray Junípero Serra y muchos documentos, datos y microfotografías de interés para la historia de California en general y más particularmente del periodo hispánico y de las Misiones. Resulta extraordinaria y profundamente emocionante la contemplación de los restos, muy bien conservados unos y restaurados otros, del gran sistema de vida, trabajo y oración que era una Misión: la capilla, las celdas, los «oficios», los restos del acueducto para irrigación de estas tierras, montando las bases de un cultivo perfecto del campo, que hoy se sigue con medios técnicos modernos, pero sin fundamentales cambios en su concepción funcional.

Visita al soberbio edificio del *County*, hecho en un estilo «español», que si no es en realidad excesivamente puro, es, sin embargo, muy de agradecer a los ciudadanos de Santa Bárbara por su buena intención y el deseo de no dejar morir el pasado español, que se recuerda aquí a cada momento. En el gran salón de sesiones, una ambiciosa pintura mural cubre totalmente sus paredes, contándonos la historia de Santa Bárbara. En ella puede leerse textualmente, como explicación de unas escenas, pintadas a gran tamaño:

«1542 fifty years after Columbus Juan Rodríguez Cabrillo lands at Las Canoas with the Flag of Spain.»

1786. Fray Presidente Fermín de Lasuer builts the Xth. Mision at Sta. Bárbara after the dead of Fray Junípero Serra at Carmen.»

Y al final del mural, este optimista remate, en español: «Salud y Pesetas. Gracias a Dios.»

Visita al City Hall y visto la Encomienda de Carlos III a la ciudad. Visita al Major (Alcalde).

Almuerzo con el General B. en una especie de patio andaluz, al aire libre. Tomado el *abalone*, marisco clásico de la costa californiana. Tarde, fotografía con el Mayor y un bailarín que marcha a España para documentarse en danzas españolas con vistas a los festivales que anualmente se celebran en Santa Bárbara, titulados «Old Spanish days», cuyo nombre basta para darnos idea de su significado. Recorrido delicioso, rincones españoles que sobre-

viven, amorosamente cuidados, y *adobes* de antiguas familias. Largo recorrido en coche por los alrededores de la ciudad, que es realmente muy hermosa, abierta, simpática y española.

Viernes, 27 de mayo.—San Francisco, California

9 a. m. Salida para Standford University, donde estoy citado con el profesor H., Director de la Sección de Estudios Hispánicos, director de la Radio «La Universidad del Aire» y representante del Departamento de Estado.

Casi toda la mañana y parte de la tarde, invertida en la grabación de seis conferencias para la Universidad del Aire, estación de radio destinada a Hispanoamérica, con más de un millón de auditores.

Almorzado en el restaurante de la Universidad con los Profesores H. y E., este último Jefe de la Sección de Lenguas de la misma. E. es un mexicano de gran finura intelectual, pero sumamente concentrado, introverso, hasta parecer falto de vitalidad. Estudió en España y conoce de su época de estudios a varios buenos bibliotecarios españoles. Conoce, también, muchas cosas de la España de la época juvenil de sus estudios, y, parece que su panorama de nuestro país se quedó parado en aquella hora. Su concepción política canaliza su afecto hacia aquella misma España, hoy también con un paisaje suspendido en el tiempo sobre nuestra interna realidad nacional.

Tarde. Visita a la Biblioteca de la Universidad y a la Biblioteca Hoover. La primera no tiene especial significación, dentro desde luego del general funcionamiento excelente de las bibliotecas aquí.

En la segunda se dan dos características que requieren especial mención. Primero, su naturaleza, ya que se trata de una biblioteca especial e independiente dentro de su conexión con el sistema bibliotecario general de la Universidad. Es sabido que los Presidentes de los Estados Unidos tienen derecho, reconocido por Ley federal de la Nación, de llevarse consigo todos los papeles —oficiales y privados— de la época de su mandato presidencial. Esta ley, concebida y cumplida para evitar que un Presidente saliente pudiera ser objeto de ataques por enemigos políticos, basados en una interpretación parcial de su propia documentación, ha originado la pérdida de considerables e importantes documentos para la historia de este país. Con el objeto de evitarlo. es ahora tradición el establecimiento de una fundación presidencial para la constitución de una biblioteca o museo donde se conserven museal y archivísticamente los papeles y recuerdos del Presidente cuyo nombre lleva, más unas colecciones de libros especializados en un tema concreto. Tal es la Hoover Library, fundada en honor del ex Presidente Hoover, distinguido Profesor que fue de esta Universidad y hoy miembro del *Board of trustees* o Patronato de la misma. Lo que constituye la Biblioteca propiamente dicha, son fondos especializados, por especial deseo de Hoover, en el tema «Revolución, guerra, paz» (ver papeles Stanford), y el Museo tiene dos secciones: una, pequeña, destinada a Mrs. Hoover, y en realidad tal vez excesivamente doméstica, para todo lo que no sea una historia muy personal e íntima, y otra, dedicada al ex Presidente, en la que él tiene su mesa de despacho y trabajo cuando viene a pasar temporadas a Standford. Guarda estos papeles con un sentimiento y una pasión extraordinarios una señorita ya mayor, muy fumadora, que, con aspecto algo estrafalario y voz carraspeante cuenta las excelencias del museo y de la persona en cuyo honor se fundara, exigiendo con su actitud una atención casi religiosa de los visitantes. Creo que se trata de una antigua secretaria del propio Hoover, que ha ocasionado alguna dificultad a la Universidad de Standford al llevar a la prensa algunas de sus ideas personales, no siempre oportunas. Llama agradablemente la atención, entre los libros y recuerdos la bella edición de la traducción al inglés del *Arte Metálica*, realizada por Hoover.

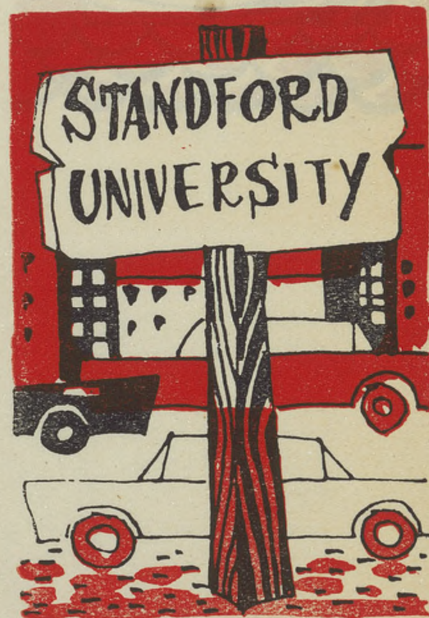
La otra particularidad es la *torre-depósito* de la biblioteca. No debiera serlo, en principio, puesto que estas torres-depósito son características de bibliotecas americanas y, más aún, de bibliotecas de universidades. Así tenía que ser pues son ellas, en cierta medida, resumen, compendio y expresión de dos grupos de ideas. Uno de ellos concierne al propio orgullo universitario. La Universidad ocupa un lugar preeminente en la vida americana, y, con razón, pues ella ha contribuido y sigue contribuyendo en primera fila, a la grandeza de este país, al formar a sus hombres más cualificados y al preocuparse constantemente por todos aquellos problemas prácticos, de aplicación inmediata, de las teorías científicas a las realidades sociales, económicas, industriales, comerciales y de todo género de la vida. Por ello, el profesor universitario, si bien no es uno de los *jobs* mejor pagados de este país —si bien lo está en forma que permite una dedicación total, y despreocupada de atenciones materiales inmediatas, a la tarea científica y pedagógica— es, en cambio, uno de los que confiere mayor cualificación social, cosa muy importante aquí, donde corren paralelos una democrática igualdad política con una tremenda discriminación social —que hace de la palabra *exclusivo* (el club más exclusivo, la sociedad más exclusiva...) algo enteramente *made in USA*—. Don Eugenio D'Ors nos habló de ciertas constantes históricas encarnadas en determinadas realidades arquitectónicas (la idea monárquica y la cúpula por vía de ejemplo). Pues bien, yo me atrevería a decir que estas torres de las bibliotecas centrales —las *main libraries*— del sistema bibliotecario norteamericano representan, en un sentido d'orsiano, valores históricoculturales equivalentes a los que, en su momento, representaron en Europa los campanarios y las cúpulas de las catedrales.

En este sentido, ninguna tal vez tan representativa como la de la Universidad de Texas, en Austin. La propia Universidad ocupa un lugar casi central y dominante sobre la ciudad entera y el centro de la Universidad está ocupado por su biblioteca, coronada por su soberbia —nunca mejor empleada la palabra— torre, que domina la ciudad entera, incluso la cúpula del Capitolio, sede del Gobernador del Estado y que, como se sabe, es en Texas, una pulgada más alta que la del Capitolio de la Capital federal, Washington.

La Standford University es otro tipo de universidad. Producto de una inicial donación del Rancho de Palo Alto, e instalada en él, posee el más extenso *campus* universitario del mundo y ha posido permitirse el inmenso lujo de mantener un tupido telón verde, de frondoso arbolado, entre las vecinas y quietas agrupaciones residenciales y las instalaciones universitarias que, lo mismo que las residencias de profesores y alumnos, están diseminadas y como un poco perdidas en el inmenso y delicioso bosque. La parte central corresponde más bien a la inmensa capilla —con numerosos mosaicos hechos por manos italianas— y copias de arcadas románicas, que confieren a toda la edificación un cierto aire religioso, expresión a la vez del espíritu profundamente religioso de la esposa del donante y de permanente memorial funerario del hijo único —muerto prematuramente en Italia— de un matrimonio rico, que hizo, en su recuerdo, la donación.

Sin embargo, merece aquí destacarse la torre-depósito de la Biblioteca Hoover, por constituir una especie de réplica en cemento de la torre de la catedral nueva de Salamanca, en España.

Si aquí la torre no tiene esa orgullosa función de ser el símbolo de la elevación universitaria, cumple perfectamente su misión, igual en todas, de ser el gran depósito de la biblioteca. Estas se construyeron en la época en que entre los arquitectos y los técnicos en biblioteconomía prevalecía la teoría de la mayor economía de la *circulación vertical*, y como aquí, en América, las teorías no se quedan en tales, sino que se traducen en realidades, todos los depósitos principales de las grandes bibliotecas de la época están situados en construcciones con evidente predominio de la verticalidad, como siguen construyéndose en otros países, así en la Biblioteca Nacional Martí, de Cuba, cuando ya aquí, en los Estados Unidos, son muchos más los detractores que los partidarios de este sistema de depósitos. Son legión los bibliotecarios a quienes ha oido quejarse de que una leve interrupción en los montacargas y en los ascensores deja paralizada la vida de la biblioteca entera.



Domingo, 29 de mayo.—San Francisco, California

Misa en la iglesia católica de Chinatown, fundada por el primer Obispo de San Francisco, español, que se llamaba Alemany y era de Cataluña. Muy bella y grande iglesia y la misa, como siempre aquí, una compacta y emotiva reunión de creyentes. Después, atravesamos el Golden Gate, para gozar la contemplación de San Francisco desde la otra ribera. El aspecto es sencillamente impresionante, por su equilibrada combinación de grandiosidad y belleza.



Esta otra ribera, salvo en una parte de instalaciones militares, que se atraviesa rápidamente, está formada por una agrupación urbana residencial que tiene fama de ser muy bohemia, algo así como un pequeño Montmartre o Greenwich Willage. Desde la terraza del único restaurante que la tiene, almorzamos contemplando un espectáculo de una belleza que a la vez tiene algo de la impresionante majestad urbana de Nueva York en su Skyline y de la profunda y tierna humanidad de los lagos italianos, en la parte de las pequeñas calas donde amarran los balandros, que hoy, aprovechando el día festivo y el buen viento, se han lanzado a poblar de puntos blancos la inmensidad azul de la bahía.

De vuelta, paramos un momento frente a la estatua del constructor del puente Golden Gate, el de mayor luz del mundo. Es una estatua en bronce, demasiado chata y sin gracia, sobre un muy pequeño pedestal, lo que le da como el aire pesado y poco gracioso de tantas estatuas bolcheviques de Lenin. En la placa puede leerse:

Joseph B. Straus
Chief Engineer Golden's Gate Bridge

Se nota que el verdadero monumento no es éste, sino el puente mismo, un monumento racional de catenaria de ecuaciones diferenciales a la intrepidez, a la tenacidad, a la inteligencia y al trabajo del hombre. Al lado del monumento a Straus una sección del cable principal *—main cable—* y la inscripción:

Golden Gate Bridge
World's longest span
4.200 feet
Contains 27.253 wires
Length of wire 80.000 ms.
Wigth 3.000 lbs. per lin. ft.
Weigth of cable 23.250 Tons.

Y los niños juegan montándose en los lomos del *main cable*, como si fueran la montura de un caballo. Se piensa inevitablemente en el Acueducto de Segovia y luego en la tradición medieval, que liga la construcción de los puentes al diablo y, a veces, al amor. Siempre faltaba una piedra o una hora para terminar la obra a tiempo. Siempre la intervención del diablo conseguía finalizar el trabajo. Siempre un alma como pago por la labor diabólica. ¿Qué habrá exigido, cuál habrá sido el pago exigido por el diablo para el Golden Gate?

Noche. Visito «El Toreador», muy elegante y bien puesto *bar español*, con retratos de «Manolete», Belmonte..., carteles de toros, una gran cabeza de toro, deliciosos cuadros antiguos y grabados antiguos de Tauromaquia. Realmente muy bien puesto. Es la obra de un antiguo cónsul americano en España, gran aficionado a los toros y autor de una novela sobre ambiente taurino, con el mismo nombre de este bar. Después visito *night club* mexicano, con españolada, en un ambiente de suciedad y grosería. ¿Será éste el pago por el Golden Gate?

Lunes, 30 de mayo.—San Francisco, California

Visita a la Biblioteca de la Universidad de Berkeley, almorzando en el Club Universitario con la plana mayor de los bibliotecarios del sistema bibliotecario de la Universidad, presididos por el *librarian* Mr. G. y con asistencia del Profesor A., que se ocupa de temas de historia relacionados con España. Todo el día invertido en esta visita. Biblioteca especializada en temas históricos españoles y americanos... Ver papeles de Berkeley y recordar en esta Universidad la belleza de su *campus* y la general adecuación en él de los edificios a la naturaleza y, en los edificios mismos, un ponderado equilibrio entre funcionalismo y sentido estético de líneas clásicas, que hace de este conjunto universitario algo grandioso y muy grato a la vista, sobre todo después de haber visto el *pastiche* gótico-románico-bizantino de Standford. También aquí la visita resulta mejor, pues, afortunadamente, no existe un profesor H. que quiera monopolizar, y se puede hablar muy libremente con todos, máxime al no existir en ellos una deliberada opinión contraria a España, aunque, realmente, el Seminario de Español es de una pobreza que da pena. Creo que si España no recupera estos Seminarios en las principales universidades norteamericanas es inútil esperar cualquier cambio de opinión de los elementos dirigentes de los Estados Unidos de América con respecto a nuestro país. Es necesario darse cuenta, de una vez por todas, que en las universidades americanas tenemos mal ambiente. Y que de estas universidades salen las cabezas rectoras del país. Si, de verdad, creemos que este inmenso país (los Estados Unidos de América) tiene algún peso decisivo en los acontecimientos del mundo moderno, y que algo es posible hacer en común con él, lo primero que España necesita es conquistarlo, en los múltiples aspectos en que esto es necesario y posible: tratando de vender productos españoles aquí previos serios estudios de mercado, tratando de que, periódicamente y en forma simpática, se hable de todo lo agradable de nuestro país, que no es poco, colocando profesores españoles de gran calidad en las Universidades americanas, recuperando la dirección de los Seminarios de Español, colocando más inmigrantes españoles, conseguida la derogación de los actuales e injustos cupos..., etc. La tarea es inmensa, pues todo está por hacer; pero sin dejar de valorar todas sus dificultades, estoy convencido de que los resultados pagarían muchas veces el esfuerzo. No deben olvidarse tampoco los núcleos de hispanismo científico en Universidades con buenos fondos españoles. (Harward, Austin...) y de hispanismo popular en regiones de abolengo español (Florida, New México, California...).

Visita al señor J. Periam Danton, Director de la Escuela de Biblioteconomía de la Universidad y autor de *La formación profesional del bibliotecario*, publicada por la UNESCO.

Martes, 1 de junio.—San Francisco, California

Visita al Mayor de San Francisco, Mr. George Chistofer, acompañados del Cónsul de España, del «Capitán» y del Jefe de la Oficina de Turismo española. El edificio del Ayuntamiento de San Francisco ocupa enteramente uno de los lados de la Gran Plaza destinada a edificios oficiales de la Administración de la ciudad, del Estado y federal. La suntuosa escalera del Ayuntamiento corresponde, en el interior, a la bella cúpula exterior, que descubre sus pretensiones de Capitolio. El Alcalde es un hombre fornido, de edad mediana, que llegó de Grecia a los nueve años y que hizo fortuna personal con el negocio de granjas. Ha emprendido —como De Lesseps-Morrison en Nueva Orleans— una limpieza de los garitos y de las diferentes formas de prostitución que infectaban la ciudad, que todavía tiene en sus *burlesque* una lacra difícil de extirpar. Naturalmente, el Alcalde es muy combatido en esos turbios medios por su decidido empeño de limpieza moral de la ciudad y parece que no toma todo lo seriamente que debiera el problema de su seguridad personal (siempre amenazada, también, como la de Lesseps-Morrison en Nueva Orleans). La entrevista ha sido breve y muy cordial. Le he entregado el pergamino, que me fue enviado desde Petra, por el Presidente de la Sociedad, nombrándole miembro de la Sociedad de Amigos de Fray Junípero Serra y él me ha entregado la llave de la ciudad en homenaje personal. La llave es inmensa y no muy bonita; pero es el máximo honor que concede la ciudad. Otra igual fue concedida al Presidente Gronchi de Italia y con este motivo la prensa local llamó la atención del Alcalde sobre la conveniencia de cuidar mejor este regalo, adecuando su expresión formal a su alta significación.

En el Club Náutico —desde el cual se ve una bellísima perspectiva de la bahía—, almuerzo ofrecido por los Serra Club, de California, y el Serra Club, de San Francisco, con asistencia de numerosos miembros y los Presidentes de ambos. Cada uno de los Serra Club admite un número limitado de *businesman* católicos. Son, pues, selectos y exclusivos. Por tanto, enormemente importantes. Cabe hacer mucho con ellos.

Noche. Invitado a comer con Mr. y Mrs. F. en *The Glad Hand*, un muy pintoresco restaurante de la otra orilla de la bahía (pasado el Golden Gate), donde se sirven unas langostas muy buenas por unas camareras muy estrafalariamente vestidas. El local tiene ambiente. Parece algo de la Côte d'Azur o de la Riviera. Del matrimonio F., el marido se dedica a importaciones y la mujer trabaja en el Standford Research Institute en cuestiones de economía. Espera un niño y está asustada en forma que nunca alcanza a disimular. Desde luego no es para menos, pues aquí, sin servicio, en matrimonios jóvenes, sin tampoco demasiado dinero, el papel de la madre es enormemente

sacrificado. Después de la comida, a *Santro's*, un extraño museo en que se dan cita las cosas más raras y dispares —antiguos coches, cosas de enanos, una Sagrada Cena escenificada..., etc.— y un *skating* inmenso, donde gente joven patina al son de músicas adecuadas. Es una extraña mezcla de cosas, un entrechoque de mundos, mitad genial mitad demencial, escenificado —creo— por un antiguo director de circo, que, muy propiamente, pudo poner en grandes letras a la entrada:

«If you haven't seen Sutro's, You haven't seen San Francisco», pues este «parque museo» —llamémosle así— resume en su desordenada variedad algo de la desordenada variedad de San Francisco, Oriente y Occidente, Europa, América y Asia, a la vez, en un paisaje de ensueño.

Sábado, 28 de mayo.—Monterrey, California

Con S. —y en su coche—, el «Capitán» y S. C., excursión a Monterrey, para visitar en su rancho a Miss Antonia F. y M. de A., último miembro de una antigua familia española, que vive en California, sin solución de continuidad, desde que pasaron por aquí los hombres de la Conquista. Invertimos toda la mañana en el viaje de ida, por una amplia carretera que tarda mucho en poder desprenderse de aglomeraciones urbanas suburbiales de San Francisco, instalaciones de la Navy —enormes hangares para dirigibles, campos de aviación, etc.—, para entrar en una inmensa y fértil llanura en la que los ranchos se suceden a uno y otro lado de la carretera. Finalmente, después de subir unas pequeñas elevaciones, el terreno se hace un poco más solitario hasta encontrar el camino que conduce al Rancho San Antonio. La puerta se abre automáticamente a nuestra presencia, accionada desde la casa de campo, y tras subir pequeña y leve cuesta nos encontramos frente a la puerta principal y en ella la castellana, en la figura ya un poco arrugada, pero vigorosa aún de la que creo nonagenaria Antonia. La casa es muy hermosa, llena de recuerdos y de escudos familiares, pues Antonia no vive, ni sueña, ni piensa, ni habla, sino para su genealogía y su heráldica..., y también un poco para hablar de los impuestos —*taxes*— y de la desconsideración del Gobierno norteamericano, que obra enteramente como si pretendiera ignorar que California es del Rey de España y se atreve a llenar este país con pobres gentes inmigrantes de México y Puerto Rico, a los que hay que hacer escuelas... que salen del bolsillo de los pocos españoles que quedan como dueños naturales.

Comemos unas albóndigas, pues parece que desde hace unos años Miss Antonia ha establecido una estrecha afinidad entre la hispanidad y las albóndigas, de tal manera que cuando quiere honrar «a la española» a su mesa de comida, confecciona un plato de albóndigas, ella misma, pues no se fía de que sus criadas, que no son españolas, sepan interpretar bien su fórmula española para hacer albóndigas. La verdad es que las albóndigas están bien y que la comida resulta muy agradable.

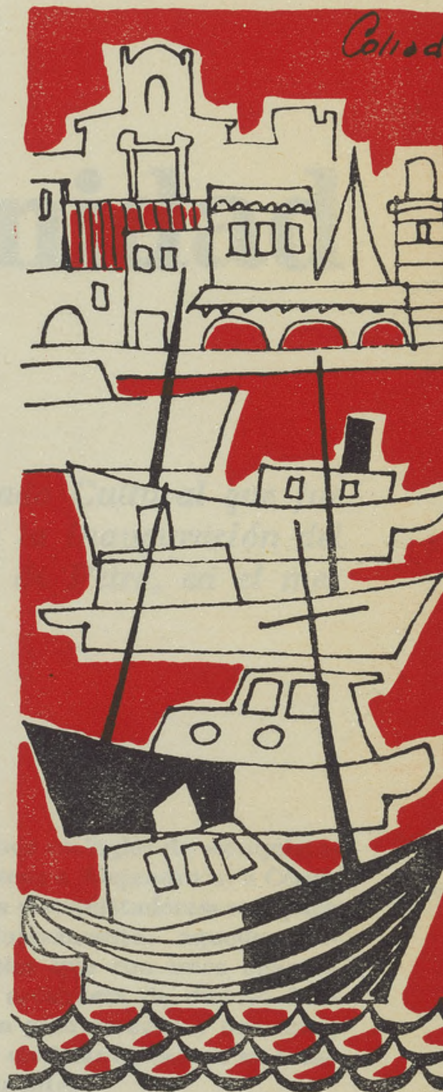
Por la tarde, visitamos Carmel y la Misión de San Carlos Borromeo. La playa, como la ciudad de Carmel, es una maravilla. Desde un precioso hotel —el «Del Monte Lodge»—, el panorama que se abarca parece como un Formentor más grandioso y abierto. Con la ventaja paisajística, además, de las capas de hierba verde, sucediendo a las extensiones de pinos hasta las rocas, que el mar blanquea de espuma. El puerto pesquero es de una gran belleza, con esos barquitos pesqueros que parecen pequeños yates, los «Monterrey boat». La bahía, inmensa, y la iglesia de la Misión, emocionadamente evocadora.

La Misión de San Carlos de Borromeo es, de las que he visto, la más franciscanamente sencilla, con la emoción, además, de ofrecer la lápida sepulcral sobre la tumba de Fray Junípero Serra. Esta misión, que estaba muy abandonada, se conserva hoy gracias al entusiasmo de un arquitecto de origen irlandés (ver papeles Carmel), que ha constituído un pequeño museo y la biblioteca con los libros que quedan de la auténtica. Todo verdadero y auténtico, nos transmite la profunda emoción de una obra realizada, a la vez, con amor trascendido de divinidad y con profundo sentido práctico. Con los pies muy firmemente asentados en la tierra, una tierra a la que la previsión «payesa» de Junípero Serra no podía jamás disociar de su función nutricia primaria.

Tengo la impresión de que me va a resultar sumamente difícil poner orden al tropel de ideas que me invaden y se entrechocan mientras estoy sentado, gozando de una auténtica «paz conventual» —hecha de mil elementos sutiles, difícilmente definibles—, frente al campanario hispano-morisco de San Carlos de Borromeo, en Carmel. Empecemos aislando de las demás una de estas ideas, la última enunciada: el hecho, portentoso, de encontrarme frente a una reliquia, suave y bella, de esa conjunción arquitectónica de culturas que es lo hispano-morisco. Los misioneros españoles en California tuvieron que crearlo todo desde sus principios, orígenes y fundamentos. No encontraron aquí restos de grandes civilizaciones, como la *azteca*, *maya* o *incaica*, sino un mundo como recién salido de las manos del Creador y unas agrupaciones humanas en plena edad de piedra, compuestas de seres que vivían en la ignorancia de la rueda, la agricultura y la escritura, que devoraban raíces y no conocían dominio o vecindad amistosa sobre los animales, excepción hecha del perro, ese viejo camarada asociado del hombre. En lo que es hoy el Suroeste americano algunas tribus especialmente avanzadas, como los *navajos*, hacían cestas de fibras y ramas, usadas con fines domésticos para recogida de alimentos y aun la cerámica estaba muy poco extendida. Tuvieron que ser los españoles, con las ovejas importadas de España los que adiestraran a los indígenas en el uso de la lana y en la confección de mantas.

En cuanto a urbanismo, sólo algunos grupos indígenas poseían una cultura más avanzada y vivían en poblados permanentes. Por eso se les designó y conoce todavía como *indios Pueblos*. Si los españoles hubieran estado poseídos por el demonio de la superioridad racial o cultural y hubieran emprendido una colonización «a la moderna» es muy probable que hoy no quedara ningún recuerdo de estas épocas, o, a lo sumo, algunas piezas en algún Museo Antropológico de Madrid. Pero, gracias a Dios, nuestros antepasados —cuya nómina de defectos nos ha sido tantas veces recordada, *oportune et importune*— tuvieron, entre sus grandes virtudes, la conciencia de su alta misión espiritual. El gran historiador Silvio Zabala ya salió al paso, en sus *Ensayos sobre la colonización española en América*, a la errónea tesis de que la gran aventura americana de España había constituído algo así como una especie de preimperialismo mundial moderno, al estilo de los fenómenos posteriores de Imperialismo colonialista. Ni tan siquiera un Sepúlveda, el más llamémosle «imperialista» de la legión de tratadistas que, por encargo de la Corona, se afanaron en estudiar las razones teológicas y las implicaciones políticas y económicas de la Conquista, olvida jamás la razón fundamental de elevación del indígena a formas superiores de vida y convivencia humana, como determinante de la presencia de España en América. Este sentido último es el que informa la totalidad de los actos de los dos fundamentales estamentos, el religioso y el militar, en la Conquista y Colonización, dando a todos sus actos humanos la trayectoria bien definida de una «política de misión».

Es la diferencia entre «culturación y transculturación», tan bellamente expresada por el mexicano Fuentes Mares en un libro sobre México y España hace tiempo leído y cuyo nombre no recuerdo con exactitud, aunque sí las líneas generales de su tesis que, aquí y ahora, en el jardín de la Misión juniperiana de San Carlos Borromeo, en el Carmelo, adquieren una extraordinaria luminosidad. Fue, sin duda, como producto de ese fenómeno de «transculturación» el que los españoles de Nuevo México (que incluía todo el actual Estado de este nombre de la Unión Americana, más Arizona y parte de Texas, Colorado y Utah), a diferencia de las «colonias» inglesas de la costa atlántica, supieran realizar una síntesis, una integración superior, de técnicas y formas de expresión indígenas y españolas. El *adobe*, material indígena básico de construcción, constituido por una mezcla de yeso y arcilla bajo la acción endurecedora del Sol, fue perfeccionado, agregando paja a la mezcla y por una cocción de ésta, a la que se daba la forma de bloques portátiles, estableciendo con ello un remoto antecedente de la construcción de viviendas con material prefabricado, hoy tan en boga en la moderna técnica americana de construcción urbana, así como el estilo arquitectónico *ranchero* de tanta y tan general aceptación en Estados Unidos. El *patio* es otra introducción española, así como la *plaza*, objeto de creciente interés urbanístico. También en todo ese vasto y complejo mundo en torno al caballo, monturas, espuelas, etc., es impresionante la aportación española, y donde nos quedaríamos verdaderamente admirados y sorprendidos sería en el dominio lingüístico, donde queda —en Nuevo México, Texas...— un depósito inmenso de palabras, que si bien se han ido luego muchas veces adaptando a cada nueva circunstancia —en ese proceso vivo en que todo idioma consiste— conservan vigente la totalidad, o reconocible gran parte, de su originario significado español. Creo que está por hacer, y habrá inmensas sorpresas cuando se haga, el estudio a fondo de la aportación española a la Cultura norteamericana.



Al revés que en Nuevo México, los colonizadores españoles de California no pudieron disponer de una agrupación indígena de cultura más avanzada, como los *pueblos*, ni un vivero de artistas indígenas que, fundiendo viejos temas originarios de milenario simbolismo con las formas de la imaginería renacentista española, darían esas obras maestras de los *santeros* que hoy admiramos. Todo hubo de ser traído del exterior y de ahí que, no sin que siempre esa facilidad de asimilación de los indígenas dejara de dar su fruto, sean los temas y las formas españolas —por vía doble, directamente unas e indirectamente otras tras los procesos de «transculturación» con las culturas mexicanas— las que aquí, en California, imperen. Es por eso, que en esta tarde apacible de hoy puede realizarse el prodigio de que esté yo contemplando una joya de la arquitectura hispano-morisca, como este campanario de la Misión de San Carlos Borromeo, en Carmel.

Pero lo que, realmente emociona y obliga a meditar es la limpia pero pobrísima celda en que murió Fray Junípero.

III

Llegamos con esto al final de mi intervención. De todo cuanto he recordado, destaca siempre, por su extraordinaria grandeza, la figura de Fray Junípero, el frailecito de Petra que, enfermizo, pequeñito, pretuberculoso casi y con una tremenda úlcera en un pie, realizó las más prodigiosas y tremendas andaduras, y, por un puro prodigio de su voluntad al servicio de su fe, se convirtió en una de las más gigantescas figuras de la Historia. No sin gran pena debo dejar para mejor ocasión el incidir más en aspectos peculiares de la personalidad de Junípero Serra, dejando adelantado ahora que el que más me tienta, por parecerme la clave diferencial de su carácter es precisamente el de ser un *payés mallorquín*. El depósito inmenso de prudencia, de humildad y de buen sentido práctico que es capaz de contener un payés es algo que queda claro en la lección que es la vida de Junípero Serra, y esto es, precisamente, lo que hace que su tipo de santidad sea distinto al que considero característico de *lo español* —una santidad de contemplación y arrebatos místicos—. Por el contrario, es la de Fray Junípero una santidad suave y humilde —como de andar por casa, sin darle importancia— y tremendamente eficiente (en el sentido puramente humano y terrenal de esta palabra). Ni aun en Santa Teresa de Jesús, con la que puede tener contactos, encontramos la vida paralela de Fray Junípero. Su gran biógrafo, el Padre Palou, nos advierte al final de su obra, en su «Advertencia al curioso lector y última protesta», que presume que los lectores «echaran de menos el don de la contemplación del Siervo de Dios, revelaciones, profecías, milagros y todo aquel aparato de las gracias, *gratias datas*, que hacen admirable y ruidosa la santidad de algún Siervo de Dios». «Pero tengo muy presente —añade— que todas estas gracias, aunque son muy admirables y apreciables, no constituyen la santidad esencial que se vincula a la gracia santificante.»

Fray Junípero, hombre de santidad esencial, humilde hasta el extremo de no vivir una santidad *ruidosa*, como dice admirablemente Palou, es para mí la expresión de algo muy de esta tierra. Los idiomas poseen también características que no son intercambiables. Creo que la palabra *juicio* o, ya adjetivada, la expresión castellana *buen juicio* no es capaz de expresar todo el contenido de nuestra palabra *seny*, y por eso me es indispensable recurrir a ella para caracterizar a nuestro «amigo» Miguel José Serra Ferrer, en religión Fray Junípero Serra. Si, efectivamente es Junípero Serra una de las manifestaciones históricas más sublimes —como que está aureolada de santidad— del famoso *seny* catalán, y es a través de esa atadura del *seny* como su personalidad liga con la del Rey Prudente de la Corona de Aragón, Jaime II, tan admirablemente biografiado por don Jesús E. Martínez Ferrando hasta en aquel episodio de la juventud del Monarca que con tanta finura literaria como precisión de detalle histórico nos cuenta su biógrafo.

No acabaríamos nunca si quisiéramos enumerar las esencias que pudiéramos llamar de *lo mallorquín* contenidas en el carácter de Fray Junípero, prototipo, por mallorquín y por payés, de ese admirable *seny* catalán. Si profundizáramos en su retardado medievalismo (creo sinceramente que Serra era mucho más gótico-románico que renacentista-barroco, pese a la época en que vivió) estoy seguro que nos encontraríamos con importantes huellas del pensamiento y del método pedagógico de Ramón Llull. Pero no temáis que me atreva a cometer semejante osadía aquí, en la patria del Doctor iluminado, donde tan doctamente se mantiene al día la antorcha de los estudios lulianos y en que mi admirado amigo don Juan Pons ha escrito esa bella *Introducció a la edición del «Llibre de Evart e Aloma e de Blanquerna»*. Sólo quiero recordar que el colosal hijo de Petra, Fray Junípero Serra, que, como uno de los creadores de los modernos Estados Unidos de Norteamérica duerme un sueño de inmortalidad en el Capitolio de Washington, es también, sin duda alguna, uno de los exponentes máximos de la *mallorquinidad*, de las más puras esencias del ser mallorquín y que, si la impresión personal que saqué en su celda mortuoria era correcta y no ha sido luego modificada, Mallorca está en deuda con su hijo más ilustre. Por ello, considerando que ninguna persona —individual o jurídica— está más capacitada que esta Asociación de Amigos de Fray Junípero Serra y conociendo las condiciones de tenacidad y eficacia, realmente juniperianas, de su Presidente, personificando en él a todos los asociados, constituye un honor para mí terminar este acto, elevando al Presidente de la Asociación de Amigos de Fray Junípero Serra, de Petra, Mallorca, la propuesta de colocar en la celda mortuoria de Fray Junípero, en la Misión de San Carlos Borromeo, del Carmel, California, una lápida que exprese el reconocimiento, el afecto y el recuerdo permanente de Mallorca al más humildemente pequeño y al más históricamente grandioso de sus hijos.

F. S. O.



JACOB CANTER

Un símbolo para la humanidad

(Discurso pronunciado por Mr. Jacob Canter, Agregado Cultural que fue de la Embajada de los Estados Unidos en Madrid, en la inauguración del «Museo y Centro de Estudios Fray Junípero Serra», de Petra, en el mes de julio de 1959).

Me encuentro entre ustedes en representación del señor Embajador de los Estados Unidos, y antes que nada deseo transmitirles de parte del Embajador su profundo sentimiento por haberle sido imposible venir a participar en este acto por encontrarse ausente, cumpliendo sus deberes como capitán de navío de la Armada de los Estados Unidos. El señor Embajador me ha encargado que les traiga su saludo y sus felicitaciones, y que les exprese su esperanza de poder venir en una fecha próxima para admirar la obra cuya inauguración venimos a celebrar y que se debe a los esfuerzos, al celo, a la devoción, de los hombres y mujeres que forman la Asociación de Amigos de Fray Junípero Serra.

Yo quisiera ser capaz de explicarles a ustedes la extraña e íntima emoción que supone para un norteamericano el venir a esta isla afortunada: el encontrarse, merced a una coyuntura favorable, en la vecindad de Petra, cuna de Miguel José Serra, más conocido por el nombre de Junípero, que adoptó al profesar en la Orden franciscana. Y siento también singular placer porque mi visita se debe al acto que en honor de Fray Junípero se celebra aquí, en Petra, y al cual me asocio con todo fervor y cariño.

Sería más que ocioso que tratara yo de decir algo nuevo en Mallorca acerca de Fray Junípero, o glosar ante sus paisanos lo que hizo aquel hombre, peregrino en las dos acepciones del vocablo: peregrino por insólito; peregrino por viajero incansable en tierras extrañas. Prefiero, por prudencia, hablarles a ustedes durante unos minutos acerca de lo que Fray Junípero es para muchos millones de norteamericanos; acerca de Fray Junípero visto desde Norteamérica y, particularmente, desde California.

Una cosa es leer acerca de aquel gran hombre humilde, y de sus notabilísimos colaboradores (Juan Crespí, Fermín Lasuén, Francisco Palou, que fueron también compañeros cuyos en las aulas del Monasterio de Palma, y dos de los cuales reposan para siempre junto a él en la Misión de San Carlos Borromeo); una cosa es leer acerca de su obra fabulosa, cimentada en la fe y en la voluntad de su propósito, de su bondad, y otra es ver los efectos de su labor cuando viajando por la carretera que aún conserva el castizo nombre español de «Camino Real», en California, desgranamos las cuentas de piedra y de fe de aquel rosario de veintiuna misiones que allí dejaron Fray Junípero y sus franciscanos.

Hace falta imaginación, al rodar por esa moderna carretera, para darse cuenta de las condiciones en que recorrió aquellos parajes un frailuco mallorquín que buscaba llevar la civilización a la Alta California. Una vez que hemos reconstruido el paisaje de antaño, nos parece singularmente idóneo que Omer Englebert llamara a Fray Junípero, en su biografía *El último Conquistador*. En efecto. Fray Junípero compartía plenamente las más egregias y asombrosas facultades que han dado al idioma inglés la palabra «conquistador». Cuando hablamos en inglés de «conquistadores» no aludimos a Alejandro ni a César, ni a Aníbal. Los «conquistadores» son, para nosotros, exclusivamente, aquellos increíbles españoles que con unos cuantos caballos, unos arcabuces de dudoso funcionamiento, un gran corazón y una cruz, conquistaron y civilizaron casi en su totalidad dos continentes.

Para los norteamericanos, Fray Junípero fue un «conquistador» de cuerpo entero, y una de las cosas que conquistó para siempre fue el corazón de los norteamericanos.

Cuando José de Gálvez recibió el real mandato de establecer puestos militares en San Diego y otros lugares que estaban desguarnecidos a la sazón, eligió para colaborar con él, en la difícil empresa, a un extraño ayudante: un fraile de cincuenta y cinco años, que andaba renqueando a causa de una pierna ulcerada, que jamás sanó. El fraile enfermo aceptó el encargo con tranquilidad porque tenía dentro de sí fuerzas que no pueden expresarse en medidas humanas, y se puso en camino desde Loreto, dirigiéndose a San Diego. ¡Nada más que unos 1.300 kilómetros!...

Hoy podemos seguir fácilmente en automóvil la ruta de Fray Junípero atravesando con frecuencia campiñas ricas en vegetación productiva. Fray Junípero no tenía ni automóvil ni carretera. ¡Tenía... una mula! Y sobre ella cabalgó durante tres meses, con su pierna enferma, hasta que como buen conquistador, llegó a San Diego.

La California de entonces era una California desértica, ardiente, escondida todavía su prodigiosa feracidad bajo la corteza reseca de sus tierras sedientas, separada del fértil valle mexicano por arenales tremendos, abundante en serranías, cuyo adusto espinazo lleva el nombre hispánico de Sierra Morena. Era entonces aquello un infierno, escasamente poblado por indios salvajes. Para entenderse con ellos era necesario conocer hasta ciento treinta lenguas distintas. ¡Era una ruta plenamente digna de un conquistador!...

Cuando recorremos hoy aquel territorio privilegiado, los nombres de sus pueblos y ciudades nos hablan a coro de la gigantesca labor civilizadora que allí realizaron los españoles: San Francisco (nacido de una humilde misión), Los Angeles, Sacramento, Santa Mónica, Santa María, San Diego... Todos, o con nombres de santos o de significado religioso.

no solamente la religión, inmejorable cimiento cultural, sino también el arte ganadero, la carpintería, los viñedos y los olivares de España, sus naranjales, sus sistemas de regadío, que, ampliados, convertirían poco a poco a California en un exuberante vergel. Y también exportaron a California otros artículos egregios que no figuran en ningún arancel aduanero, ni en ninguna estadística comercial o financiera: la espiritualidad de España y su tradicional hospitalidad. Aquellos frailes tenían siempre abiertas para los visitantes las puertas de sus despensas. Si hoy California produce los mejores vinos de los Estados Unidos, los californianos no olvidan que fueron los frailes españoles los que iniciaron la industria; pero más a gala tienen su extraordinaria hospitalidad, cuya tradición se remonta a la de las misiones de Fray Junípero Serra.

Y con no menos amor conservan en California otros recuerdos del fraile mallorquín. La mayoría de las misiones tienen hoy una iglesia abierta al culto. Sus campanas son las originales fundidas en España, las mismas que sirvieron a Fray Junípero y a sus compañeros franciscanos. Cuando repican llamando a misa, hablan con su voz de bronce de la fe, de la voluntad, del amor de Fray Junípero Serra, mallorquín y español y padre de la civilización en California.

Fray Junípero representa en Norteamérica las más excelsas virtudes de España, y, como tal, es venerado y querido en todos los Estados Unidos. Es digno de recordarse que cuando se decidió establecer en el Capitolio de Washington una Galería de la Fama, en la que cada Estado estaría representado por sus dos hijos más preclaros, California votó que uno de los personajes que la representara fuera Fray Junípero Serra.

Y allí está el fraile, con su hábito de franciscano, entre estadistas, filántropos, poetas, inventores y otros hombres ilustres, representando a California, pero irremediablemente también a España y a lo que España ha significado y significa en el mundo; evangelización y cultura, o sea espiritualidad.

Cuando los niños norteamericanos que visitan el Capitolio nacional preguntan ante la estatua de Fray Junípero quién es aquel fraile, pudiéramos contestarles:

«Realmente no es un fraile. Es un símbolo, el símbolo de lo que España es para las Américas. Esta estatua representa la voluntad, la reciedumbre, la grandeza de corazón, la civilización milenaria, la espiritualidad de España. Tiene muchos nombres: San Ignacio de Loyola, Calderón, Raimundo Lulio, Miguel Servet, Zurbarán, Juan Sebastián Elcano, Gonzalo de Córdoba, Velázquez, Fray Luis de León, los hermanos Pinzón, Isabel de Castilla, San Juan de la Cruz, Pedro de Valdivia, Fray Luis de Granada, Cervantes, Lope de Vega, Quevedo, Santa Teresa de Jesús...

Y también Fray Junípero Serra.



Tres meses duró aquella tremenda cabalgada del fraile cojo. Tres meses por vericuetos llenos de peligro, soportando toda clase de privaciones. No parece aventurado suponer que Fary Junípero estaría harto necesitado de descanso al cabo de aquellos noventa días de fatigas y peligros. Y su descanso consistió en comenzar a trabajar, y a las dos semanas de rendir viaje estableció su primera misión: San Diego de Alcalá. Cuando murió, nueve años más tarde, dejó establecidas nueve misiones. Sus hermanos de religión aumentaron el número hasta veintiuno.

Cada una de aquellas misiones fue una rica fuente de civilización, un núcleo de cultura y de espiritualidad.

Aquellos frailes mallorquines y de otras regiones españolas llevaron a California

Pocos hombres podrían simbolizar más admirablemente los lazos espirituales que unen a España y a los Estados Unidos que el insigne fraile. Y, por ello, reitero la devoción con que me asocio al acto que aquí hemos venido a celebrar.

Porque pocos monumentos podrían servir mejor como demostración de esa unidad espiritual que este Museo y Centro de Estudios Fray Junípero Serra.

J. C.